EL ACUERDO DE LAS ROOMMATES



Ava Wilde

EL ACUERDO DE LAS ROOMMATES

AVA WILDE

Copyright © 2025 by Ava Wilde

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Translation by: J. Rivera

ÍNDICE

1. Riley
2. Grace
3. Riley
4. Grace
5. Riley
6. Riley
7. Grace
8. Riley
9. Grace
10. Riley
11. Grace
12. Grace
13. Grace
14. Riley
15. Grace
16. Riley
17. Grace
18. Grace
19. Grace
20. Riley
21. Grace
22. Riley
23. Grace
24. Grace
25. Grace
26. Riley
27. Grace
28. Riley
29. Grace
30. Riley
31. Riley
32. Grace

Acerca del Autor

1

RILEY

Algo pequeño y pegajoso me cayó en la cara.

Entreabrí un ojo y me encontré a Penny, mi sobrina, mirándome con la concentración de una pequeña científica que observa un bicho particularmente interesante.

—Tía Riley, ahora tienes el pelo morado —anunció, y me dio una palmada en la mejilla con su mano pegajosa y una fuerza innecesaria—. Me gustaba más el azul.

—Gracias por tu opinión, experta —mascullé, y noté un peso sobre los pies. Noodle, el galgo rescatado de mi hermana, había decidido que mis dedos eran un desayuno excelente—. Oye, ya, patas de espagueti.

Penny soltó una risita y pegó su cara a la mía. Su aliento era una potente mezcla de Froot Loops y mañana.

—Dice mami que ya te levantes. Usó su voz de feliz-enojada.

—¿Su qué?

—Cuando sonríe, pero pone los ojos así. —Abrió los ojos de par en par, imitando a la perfección la mirada pasivo-agresiva patentada de mi hermana.

Genial.

Quité a Penny de mi pecho con suavidad y me senté en el sofá cama que había sido mi hogar durante las últimas tres semanas. Tres semanas que, al parecer, habían llevado la hospitalidad de mi hermana a su límite.

Me arrastré hasta la cocina, con Noodle pisándome los talones como si fuera mi propia sombra de ansiedad. En el refrigerador había un alegre bloc de notas magnético con la pulcra caligrafía de mi hermana:

¡Riley! Hay café recién hecho. ¡Nos encanta tenerte aquí! Pero Penny necesita recuperar su cuarto de juegos pronto, y la mamá de Mike viene de visita el próximo fin de semana. ¿Platicamos de tus planes cuando vuelva a casa? Besos, Jess.

Traducción: ponte las pilas y lárgate de una vez.

No podía culparla. Su departamento de dos recámaras ya era pequeño para una familia de tres y un perro. Sumar a una artista bisexual deprimida con cero noción de los límites no estaba mejorando precisamente su calidad de vida.

—Primero el café, luego la crisis existencial —le dije a Noodle, que ladeó la cabeza como si comprendiera la gravedad de mi situación.

Me serví una taza de la cafetera que Jess había dejado y abrí mi laptop en la barra de la cocina. El único consuelo era que mi hermana hacía el café lo suficientemente fuerte como para disolver cucharas.

Lo primero era lo primero: revisar si Boundless Comics por fin me había pagado las seis páginas dobles que había entregado hacía tres semanas. Entré a mi correo en busca de notificaciones de pago.

Nada.

Cambié a la aplicación del banco e hice una mueca al ver el saldo: $4,532.78 pesos. No me alcanzaba ni para el depósito de seguridad, mucho menos para el primer y último mes de renta de cualquier cosa que no estuviera literalmente en llamas.

—Mierda —susurré, y miré con culpa a Penny, que ahora estaba organizando a sus peluches en lo que parecía ser un consejo de guerra en la sala.

Le envié el tercer correo a mi contacto en Boundless:

Hola, Derek: Solo para dar seguimiento (de nuevo) al pago de las páginas de Moonshot que entregué el día 7. Mis condiciones de pago son a 15 días, y ya pasaron… (contando con los dedos) muchos más de 15 días. Avísame cuándo puedo esperar el pago. Gracias, Riley.

Borré lo de «contando con los dedos», pero luego lo volví a poner. Quizá un poco de autocrítica me haría parecer menos desesperada. Le di a «enviar» y al instante me arrepentí de toda mi existencia.

Mi celular vibró con un mensaje de mi madre:

Tu cuarto está listo para cuando lo necesites, corazón. Guardé todas esas cosas de arcoíris para que no te sientas presionada. ¡Te quiero!

Gruñí y dejé caer la cabeza sobre la barra. Volver a casa de mi madre sería la máxima prueba de mi fracaso. La última vez que me quedé con ella, me había organizado una cita a ciegas con el hijo de su higienista dental. Cuando le recordé que era bisexual con una fuerte preferencia por las mujeres, me dio una palmadita en la mano y dijo: «Claro que sí, mi vida, pero Jake es un hombre muy seguro de su masculinidad».

Penny apareció a mi lado.

—Tía Riley, ¿estás muerta?

—Solo por dentro, Pen-Pen.

—¿Me dibujas un dragón que se esté comiendo el coche de papá?

—Por supuesto. —La senté en mi regazo y tomé una crayola de la mesa, agradecida por la distracción. Mientras dibujaba un dragón extremadamente detallado que devoraba los preciados palos de golf de mi cuñado, abrí el navegador de mi celular con la mano que tenía libre y busqué en Mercado Libre.

—Demasiado caro… cuchitril… solo parejas… no se aceptan mascotas (ni la alegría, al parecer)… —murmuré mientras revisaba los anuncios.

—¿Qué es un cuchitril? —preguntó Penny, observando cómo el dragón tomaba forma.

—Un lugar muy feo para vivir —respondí, añadiendo llamas que salían de la bolsa de palos.

Mi celular vibró de nuevo. Un correo de Derek, de Boundless:

Riley: Perdón por la demora. Desafortunadamente, el proyecto Moonshot se ha suspendido indefinidamente y no utilizaremos las páginas. Según nuestro contrato, no estamos obligados a pagar por

el trabajo no utilizado. Te tendremos en cuenta para futuros proyectos. Saludos, Derek.

La crayola se partió en mi mano.

—Tía Riley dijo una grosería —le anunció Penny a Noodle, que tuvo la decencia de parecer compasivo.

Tenía exactamente un día para encontrar un nuevo lugar donde vivir, sin dinero para un depósito y, al parecer, sin ningún recurso profesional para que me pagaran por tres semanas de trabajo. La alternativa era volver con mi madre, que todavía se refería a mis exnovias como «tu fase» y a mi carrera como «ese pasatiempo de dibujar».

Miré a Penny, que ahora coloreaba la panza del dragón con una concentración impresionante.

—Pen-Pen, ¿qué harías si necesitaras encontrar una nueva casa muy rápido?

Consideró la pregunta con la seriedad que merecía.

—Buscaría un castillo de princesa. O viviría en un árbol con las ardillas.

—Excelentes opciones —asentí—. ¿Alguna sugerencia un poco más realista?

Penny se encogió de hombros.

—¿Pedir ayuda?

Me quedé mirándola. De la boca de los niños sale la verdad, o algo por el estilo.

Tomé mi celular de nuevo y abrí mi lista de contactos. Tenía que haber alguien en esta ciudad a quien no le importara tener una roomie un poco caótica, con una estabilidad económica cuestionable y la tendencia a trabajar a las tres de la mañana.

Alguien que no fuera mi madre.

Vacié el resto de mi *cold brew* en un termo y volví a la búsqueda de departamento. Mi hermana me había dejado una nota pegada en el

refri con un imán en forma de rebanada de pizza: «¡Nos encanta tenerte aquí! Pero, en serio, ¿cómo va la búsqueda de depa? ❤️».

Traducción: Por favor, lárgate. Ahora sí, en serio.

No podía culparla. ¿Tres semanas conmigo desparramada en su sala, mis materiales de arte multiplicándose como tribbles y mis ataques de inspiración nocturnos despertando a la bebé dos veces? Yo también me habría corrido.

Revisé más anuncios de internet, cada uno peor que el anterior.

«Cuatro *roomies*, un baño, servicios no incluidos, no se permiten visitas que se queden a dormir, hogar vegano, indispensable que te gusten los hurones». Paso.

«Acogedor departamento con jardín». Traducción: un sótano con un tragaluz y problemas de moho garantizados.

«Espacio de convivencia comunal para artistas». Ya había vivido en una «comuna de artistas». Significaba seis personas compartiendo una bodega remodelada sin calefacción y un baño que requería negociaciones con el destapacaños.

Estaba a punto de rendirme cuando lo vi. El unicornio. El sueño imposible.

«Moderno depa en Lincoln Park. Recámara y baño privados. Cocina y sala compartidas. $850 dólares al mes. Mujer profesionista busca lo mismo. Se busca *roomie* limpia, tranquila y respetuosa».

¿Ochocientos cincuenta dólares? ¿En Lincoln Park? ¿Con baño privado? Tenía que haber un truco. A lo mejor la *roomie* era líder de una secta. O coleccionaba dientes humanos. O peor: alguien mañanero que hacía CrossFit.

Hice clic en las fotos y casi se me cae el teléfono. Ventanas de piso a techo. Muebles modernos y elegantes. Una cocina con espacio de verdad en la barra y lo que parecían electrodomésticos de verdad, no las porquerías tamaño minibar a las que estaba acostumbrada. En la foto de la recámara se veía una cama *queen size* con sábanas blancas impecables y —*cálmate, corazón*— libreros empotrados.

Este lugar estaba tan fuera de mi liga que ni siquiera jugaba el mismo deporte.

Pero estaba desesperada, en la quiebra y enfrentándome a la posibilidad de que mi mamá reorganizara mis «decisiones de vida» junto con mis muebles. No tenía nada que perder, salvo mi dignidad, que ya pendía de un hilo.

Escribí un mensaje antes de que pudiera pensarlo demasiado:

¡Hola! Soy Riley (27 años), ilustradora freelance, y me interesa tu cuarto. ¿Eres una asesina en serie o solo una virgo con problemas de límites personales? Porque este lugar parece demasiado bueno para ser verdad. Soy limpia… más o menos, con un empleo-ish y prometo no poner Taylor Swift a todo volumen después de la medianoche. Disponible para mudarme de inmediato (o sea, mañana). Referencias disponibles si las pides (por favor no las pidas).

Dudé antes de enviarlo. ¿Demasiado raro? ¿Poco profesional? Pero bueno, si mi personalidad le molestaba ahora, de todos modos no sobreviviríamos como *roomies*.

Le di a «enviar».

Entonces noté algo espantoso. En mi estado de privación de sueño y exceso de cafeína, de alguna manera había adjuntado una imagen al correo. No mi portafolio. No una identificación.

No, había enviado un estúpido meme de una rana que guardé ayer: una rana de caricatura en traje de sastre, sudando a mares, con el texto: «Yo, fingiendo que tengo mi vida bajo control para poder rentar un depa que no me alcanza».

—¡No, no, no!

Intenté cancelar el envío frenéticamente, pero ya era demasiado tarde. El daño estaba hecho. Acababa de arruinar con un meme la única opción decente de vivienda que había encontrado.

Me tiré dramáticamente en el sofá, casi aplastando uno de los unicornios de peluche de Penny.

—Noodle —le dije al perro de mi hermana, que me miraba con la cabeza ladeada—, he arruinado todo. Otra vez. Voy a tener que volver a casa de mi mamá, y me va a organizar citas con hombres cada vez más heterosexuales hasta que ceda y me case con un contador llamado Brad al que le guste acampar y no entienda por qué necesito tantos lápices de colores.

Noodle me lamió la cara en señal de apoyo.

Mi teléfono sonó. Seguramente era Derek con otra excusa sobre mi pago. O mi madre con más ánimos pasivo-agresivos.

Miré la pantalla y me senté de golpe.

Era una respuesta a mi mensaje.

Riley:

Tu mensaje fue… inesperado. No soy ni una asesina en serie ni virgo (Capricornio, por si te interesa). La renta es baja porque viajo mucho por trabajo y prefiero tener a alguien de confianza en casa en lugar de dejarla vacía. El meme de la rana fue revelador. Si de verdad te interesa el cuarto, tengo un espacio de treinta minutos hoy a las 5 p. m. para una entrevista. La dirección está abajo. Por favor, sé puntual.

—Grace

Lo leí tres veces. Grace. Se llamaba Grace. No me había rechazado al instante. Incluso había mencionado el meme sin usarlo explícitamente en mi contra.

Tenía una entrevista. A las cinco de la tarde. Hoy.

Me miré: unos pants viejos con una mancha sospechosa (con suerte, de café), una camiseta deslavada que decía «ART HARDER» y calcetines disparejos. Mi pelo estaba en algo que generosamente podría llamarse chongo, pero que en realidad parecía un nido de pájaros después de un huracán.

Tenía exactamente cuatro horas para transformarme en alguien que mereciera vivir en ese departamento. Alguien que tuviera su vida bajo control. Alguien que pudiera convencer a esta tal Grace de que yo era «de confianza» y no solo un desastre con buenas intenciones.

—¡Penny! —grité—. ¡Necesito que una niña de cuatro años me dé consejos de moda!

Estaba frita. Pero también tenía una oportunidad. Una oportunidad real de conseguir un lugar con paredes, una puerta y sin una niña pequeña usando mi cara de trampolín.

—Estoy dentro —susurré para mí misma, ya planeando qué atuendo me haría ver más como alguien confiable para el espacio de Grace—. Absolutamente dentro.

2

GRACE

Revisé el reloj por tercera vez en cinco minutos. 5:17 p. m. Mi posible compañera de piso llevaba oficialmente diecisiete minutos de retraso.

Inaceptable.

El agua mineral de mi vaso se había quedado sin gas, igual que mis esperanzas para esta entrevista. Había despejado mi agenda, preparado un cuestionario para *roomies* e incluso había puesto una pequeña charola de quesos y galletas saladas que seguramente se iba a desperdiciar.

Debí suponerlo. No tendría que haberle contestado a alguien que me mandó un meme de una rana en su solicitud de información. Pero el departamento se sentía demasiado vacío últimamente y mi asesor financiero me había sugerido rentar el cuarto de huéspedes mientras yo viajaba por trabajo. «Aprovechamiento de activos», lo había llamado.

Mi celular vibró con la notificación de un correo de mi editora. Otro recordatorio de la fecha de entrega del siguiente capítulo candente de Scarlet Aster. Si mis lectoras supieran que su novelista romántica favorita no era capaz ni de programar una simple entrevista para encontrar una *roomie*.

El timbre sonó —por fin—, seguido de inmediato por tres golpes rápidos en la puerta.

Me alisé la blusa, enderecé los hombros y abrí con una compostura ensayada.

—¡Hola! ¡Perdón, perdón por llegar tarde! Es que se descompuso el camión y luego intenté venir corriendo, pero me tropecé con un tipo que traía una guitarra en la esquina y su estuche salió volando y había monedas por todos lados y tuve que ayudarlo a recogerlas porque, pues, ya sabes, el karma y…

La mujer que tenía enfrente era un huracán en forma de persona. El cabello con mechones de un vibrante color turquesa se le escapaba de lo que alguna vez pudo haber sido un chongo bien hecho, traía una blusa de botones arrugada, fajada a medias en unos jeans y… ¿eso era…?, sí, un pequeño agujero en las mallas. En una mano apretaba un portafolio y en la otra lo que parecía ser una ofrenda de paz: una bolsa de panadería ligeramente aplastada.

Ella era Riley Quinn. Mi posible *roomie*.

Que Dios me agarre confesada.

—Llegas tarde —dije, sin moverme del umbral.

—Lo sé. De ahí la disculpa atropellada y… —me tendió la bolsa—, croissants de emergencia. Son de chocolate. A todo el mundo le gusta el chocolate, ¿no? A menos que seas alérgica. O vegana. O le hagas el feo a los carbohidratos. ¿Le haces el feo a los carbohidratos? Tienes toda la pinta de que sí.

Acepté la bolsa con dos dedos.

—No le hago el feo a los carbohidratos. Le hago el feo a la impuntualidad.

—Justo. —Dio un saltito, asomándose para ver el interior del departamento—. Entonces… ¿puedo pasar? ¿O mejor me voy resignando a vivir en el sótano de mi mamá con su colección de ángeles de porcelana que parece que me observan mientras duermo?

A pesar de mí misma, me hice a un lado.

—Tienes quince minutos.

Riley entró y se quedó helada de inmediato. La observé mientras recorría mi espacio con la mirada: los muebles minimalistas, los libreros organizados, la cocina impecable. Sus ojos se abrían como platos con cada nuevo detalle.

—No mames —susurró, y al instante se tapó la boca—. Perdón. El lenguaje. Es que… ¿de verdad vives aquí o esto es una fachada para lavar dinero? Porque parece el sueño febril de un programa de remodelaciones.

—Vivo aquí —contesté, muy tiesa—. Y prefiero un espacio limpio y organizado.

—Limpio y organizado es una cosa. Esto es como… ¿planchaste los cojines? ¿Siquiera se puede hacer eso? —Se acercó a mi sillón, estirando la mano como para tocar los cojines perfectamente acomodados.

La intercepté, guiándola hacia la mesa del comedor donde la esperaban mis materiales para la entrevista.

—Por favor, toma asiento.

Se sentó, dejando caer su portafolio con un golpe seco que me hizo respingar.

—Entonces, Grace, ¿verdad? Soy Riley. Pero eso ya lo sabes. Por mi correo. Y el meme de la rana. Que, por cierto, todavía muero de pena por eso.

—Sí, bueno. —Me senté frente a ella y coloqué mi vaso de agua mineral sin gas justo sobre un portavasos—. Tengo algunas preguntas sobre tus hábitos, tu horario y tu compatibilidad como compañera de piso.

—Dispara. Soy un libro abierto. Un libro un tanto caótico, posiblemente manchado de café, pero abierto al fin y al cabo.

Traté de que mi expresión no cambiara, pero algo se me debió de escapar porque se rio.

—Era broma. Te prometo que en la vida real no derramo café en los libros. En materiales de arte, sí. En documentos importantes, de vez en cuando. Pero los libros son sagrados.

—Ya veo. —Bajé la vista hacia mi cuestionario—. ¿Fumas?

—Nop.

—¿Mascotas?

—Ahorita no, aunque tengo un fuerte apego emocional con Noodle, el perro de mi hermana.

—¿Pareja que podría quedarse a dormir?

—¡Ja! No. Solterísima. Desastrosamente soltera, dirían algunos.

Marqué las casillas metódicamente.

—¿Horario de trabajo regular?

—Soy ilustradora *freelance*, así que… ¿cómo defines «regular»? Tengo un trabajo de medio tiempo como barista tres mañanas a la semana. El resto es por proyecto. A veces trabajo a las tres de la mañana. A veces no trabajo por días. El proceso creativo es misterioso y caprichoso.

Me tembló un párpado.

—Entiendo. ¿Y qué hay de las visitas? ¿Recibes gente seguido?

—¿Cómo defines «recibir gente»? Digo, soy divertidísima, así que técnicamente entretengo a donde quiera que voy.

Dejé la pluma sobre la mesa.

—Señorita Quinn…

—Riley, por favor. Señorita Quinn me hace sonar como una institutriz victoriana muy estricta.

—Riley. Valoro la precisión en la comunicación. Cuando pregunto por recibir gente, me refiero a la frecuencia con la que podrías tener visitas en nuestro espacio compartido.

—Ah, claro, perdón. No muy seguido. Mi hermana de vez en cuando, quizá. Últimamente no soy precisamente el alma de la fiesta.

Asentí y continué con mis preguntas. Respondió a cada una con una extraña mezcla de humor autocrítico y una sorprendente consideración. Era… no era lo que me esperaba.

Cuando nos acercábamos al final de mi lista, de repente se animó.

—¡Ah! Pregunta importante: ¿tendría permiso para colgar algo de mi arte? Tengo una pieza enmarcada de *Bob's Burgers* que hice y es como mi orgullo y mi alegría.

—¿*Bob's*… *Burgers*? —repetí, y las palabras se sintieron ajenas en mi boca.

—Sí, ya sabes, ¿la caricatura? ¿La de la familia que tiene una hamburguesería? Es divertidísima y súper tierna y… —Se interrumpió, estudiándome la cara—. No tienes ni idea de lo que estoy hablando, ¿verdad?

Sentí que el párpado me volvía a temblar.

—No suelo ver caricaturas.

—Claro que no —murmuró, y luego sonrió—. Entonces… ¿eso es un no para la pared de la sala?

Me aclaré la garganta y ajusté el cuestionario.

—Creo que tengo suficiente información sobre tu estilo de vida. Hablemos de finanzas.

—La palabra con F menos sexi que existe —bromeó Riley, y al instante apretó los labios—. Perdón. Tomo el dinero en serio. Te lo prometo.

Le dirigí una mirada mesurada.

—La renta es de ochocientos cincuenta dólares al mes, servicios incluidos. Se requiere el depósito del primer y el último mes.

—Entendido. Entra en mi presupuesto. Apenas, pero entra.

—¿Y cuál es exactamente tu situación de ingresos? —pregunté, con la pluma suspendida sobre la página—. Dado lo… impredecible del trabajo *freelance*.

La sonrisa de Riley titubeó un poco.

—Buena pregunta. Hago ilustraciones de forma regular para dos revistas independientes, además de mi trabajo de barista. No es sueldo de Wall Street, pero es bastante estable.

Desvió la mirada, escaneando la sala. Vi cómo sus ojos se posaron en mi librero, viajando por los lomos de los libros hasta que…

Se quedó quieta, inclinando ligeramente la cabeza.

—¿Hay algún problema? —pregunté.

—No, perdón, es que… —Señaló la pequeña cita enmarcada en mi estante de en medio—. Esa es de un libro de Scarlet Aster.

Se me heló la sangre.

—«No necesitaba que la rescataran. Necesitaba que alguien le recordara que podía rescatarse a sí misma» —recitó Riley, y una sonrisa genuina reemplazó la nerviosa—. De *Medianoche en Manhattan*. Uno de mis favoritos.

Dejé la pluma sobre la mesa con cuidado, asegurándome de que no me temblaran los dedos. Nadie había reconocido nunca esa cita en mi casa. A la mayoría de mis colegas no los pescarían ni muertos

leyendo novelas románticas, y mucho menos memorizando frases de ellas.

—¿Conoces su trabajo? —logré decir, manteniendo la voz neutra.

—¡Dios mío, sí! He leído todo lo que ha escrito. —Los ojos de Riley se iluminaron con un entusiasmo que se sentía aterradoramente genuino—. Sus personajes son tan reales, ¿sabes? No son esas personas perfectas que ves en la mayoría de las novelas románticas. Son un desastre, son complicadas y… —Se detuvo, avergonzada—. Perdón. Me emociono cuando se trata de libros que me encantan.

Asentí con rigidez, sin saber cómo responder. Toda mi carrera como Scarlet Aster dependía de un secretismo absoluto. Mi bufete de abogados nunca me tomaría en serio si supieran que me pasaba las noches escribiendo escenas candentes sobre mujeres que se enamoraban.

—Es una… frase motivacional —dije finalmente—. No sabía que era de una novela.

Riley enarcó una ceja y pude ver que no me creía. Un compás de silencio se extendió entre nosotras, cargado de preguntas no formuladas.

—Claro —dijo, dejando el tema por la paz, afortunadamente—. Bueno, las finanzas. De hecho, acabo de terminar una comisión grande para la portada de una novela gráfica. Podría pagar tres meses por adelantado si eso ayuda a mi caso.

Parpadeé.

—¿Tres meses?

—Sí. —Rebuscó en su bolso y sacó un cheque ligeramente arrugado—. Mira. Justo me pagaron ayer. Prefiero usarlo para asegurar un techo que gastármelo en, no sé, cosas responsables como mi fondo para el retiro.

Examiné el cheque. Era legítimo y por una suma considerable. Tres meses de renta garantizada serían de gran ayuda, sobre todo con mi próxima gira del libro, que tendría que disfrazar de viaje de negocios.

¿Pero de verdad podía vivir con alguien que acababa de tropezar peligrosamente cerca de mi secreto mejor guardado?

Riley estaba sentada frente a mí, con su cabello de mechones turquesa y su energía nerviosa, esperando mi veredicto. Había algo casi dolorosamente sincero en ella, a pesar de las bromas y la autocrítica. Y la realidad era que necesitaba una *roomie* antes de mi próximo viaje.

—El cuarto es pequeño —dije finalmente—. Y tengo reglas estrictas sobre el uso de la cocina.

Sus ojos se abrieron como platos.

—Espera, ¿estás diciendo que sí?

—Estoy diciendo que lo consideraré, a la espera de una revisión de tu historial crediticio y…

—¡Gracias! —Dio un brinquito en su asiento—. Te juro que no te vas a arrepentir. De hecho, soy muy limpia para ser una persona creativa. Mi hermana no estaría de acuerdo, pero ella cree que si no ordenas tus especias alfabéticamente, eres básicamente una bárbara.

Sentí una extraña punzada en la comisura de los labios. *¿Estuve a punto de sonreír?*

—Yo sí ordeno mis especias alfabéticamente.

La risa de Riley estalló, genuina y desinhibida.

—Claro que sí. Vamos a ser como la extraña pareja, ¿no?

La referencia me pasó completamente de noche, pero asentí de todos modos.

—Habrá un contrato por escrito. Con reglas y expectativas claramente definidas.

—No esperaría menos. —Se inclinó hacia adelante, de repente seria—. Mira, sé que no soy exactamente lo que tenías en mente para una *roomie*. Pero de verdad necesito este lugar, y te prometo que respetaré tu espacio y tu… privacidad.

La forma en que enfatizó la última palabra me hizo preguntarme si sospechaba más de lo que dejaba ver sobre Scarlet Aster. Pero su expresión seguía siendo abierta, sin un ápice de manipulación.

—Tres meses por adelantado —dije, tomando mi decisión—. Y el contrato incluirá una cláusula sobre la terminación anticipada si las cosas no funcionan.

Riley sonrió de oreja a oreja y extendió la mano sobre la mesa.

—Trato hecho.

Le tomé la mano y noté los callos en sus dedos y la pequeña mancha de tinta cerca de su pulgar. Su apretón era firme y cálido.

—Trato hecho —repetí, mientras ya me preguntaba si acababa de cometer un terrible error.

3

RILEY

—¿Que hiciste qué? —la voz de Ellie chilló desde el celular mientras yo me alejaba a toda prisa por la banqueta del edificio de Grace.

—¡Conseguí departamento! —lancé un puño al aire y por poco le pego a un tipo que paseaba a su corgi.

«Perdón», le dije sin hablar antes de volver a mi llamada.

—Un departamento precioso en Lincoln Park con pisos de madera, balcón y un baño donde no tengo que compartir el lavabo con cepillos de dientes de dinosaurio.

—Con una completa desconocida de internet. —El tono de mi hermana tenía esa nota de juicio tan típica de las hermanas mayores.

—No es una asesina serial, te lo prometo. Es abogada.

—Ah, claro, porque los abogados *nunca* son psicópatas.

Me reí mientras esquivaba un charco.

—Es solo que… es muy intensa. O sea, imagínate que una falda de tubo cobra vida propia y luego se obsesiona con las etiquetadoras.

—¿Y vas a vivir con esa persona? ¿Tú? ¿La misma que una vez dejó una pizza a medio comer debajo de su cama por tanto tiempo que desarrolló su propio ecosistema?

—¡Eso fue en la universidad! Ya evolucioné. —Hice una pausa en un paso de peatones—. Además, le voy a pagar tres meses por

adelantado, así que, aunque me odie, no le queda de otra más que aguantarme hasta julio.

Ellie suspiró, y el sonido del caos maternal que la rodeaba resonó al otro lado de la línea.

—Solo prométeme que me vas a mandar por mensaje su nombre completo y su dirección. ¿Y quizá una foto? Para fines de identificación, cuando encuentren tu cuerpo.

—Qué hermana tan solidaria. Te mando todo en cuanto llegue a tu casa. ¡Tengo que empacar!

Después de colgar, no pude evitar sonreír. Un departamento increíble. Con una mujer queer muy interesante. Que, casualmente, tenía una cita enmarcada de mi autora de romance favorita, exhibida en un lugar privilegiado de su sala.

Ese detalle no dejaba de darme vueltas en la cabeza. Era obvio que a Grace la había tomado por sorpresa que yo la reconociera. La forma en que su postura se había puesto rígida, cómo había cambiado de tema… fue raro.

De vuelta en casa de Ellie, empecé a aventar mis cosas regadas en mi maleta de lona mientras abría la laptop. Una búsqueda rápida en Google de «Grace Albright abogada Chicago» me arrojó su perfil en el bufete Carson, Wheeler & Associates. Derecho corporativo. Una trayectoria académica impresionante. Una foto de LinkedIn que parecía hecha por un especialista en retratar gente que jamás ha conocido la alegría.

Nada fuera de lo común.

Pero esa cita. No era cualquier frase de una novela de Scarlet Aster; era de una escena crucial, una que las fans de su trabajo reconocerían de inmediato. Y Grace había intentado disimular, como si fuera una frase motivacional cualquiera.

Abrí una nueva pestaña y tecleé: «identidad real de la autora Scarlet Aster».

Aparecieron páginas y páginas de especulaciones. Scarlet Aster era famosa por su celosa privacidad. No había apariciones públicas, ni fotos, ni siquiera una biografía real en el sitio de su editorial. Solo una línea que decía que vivía «en algún lugar del medio oeste con

su colección de máquinas de escribir antiguas y un gato con mucho carácter».

Hice clic en un hilo de Reddit donde las fans intercambiaban teorías:

«Seguro es académica. Las referencias en sus libros son demasiado específicas».

«Para nada, escribe demasiado sobre la cultura corporativa. Apuesto a que trabaja en una oficina».

«Oigan, ¿y si en realidad es un hombre? Como un caso tipo Nicolas Sparks, pero gay».

Resoplé. Luego me detuve, recordando los impecables libreros de Grace. No había ni una sola novela romántica a la vista; puros libros de derecho, ficción literaria y lo que parecían ser las obras completas de Jane Austen.

Mi celular vibró con un mensaje de un número desconocido:

Soy Grace Albright. Por favor, envíame tus referencias e información de contacto de emergencia antes de mañana. También, ya redacté el contrato de compañeras de piso. Tendremos que revisarlo antes de que te mudes.

Guardé el número y dudé un momento antes de responder:

¡Claro! Pregunta rápida: ¿tienes gato? Olvidé mencionar a mi niño, Milo.

La respuesta llegó casi al instante:

Sí. Se llama Darcy. No le gusta la gente, pero se llevará bien con Milo. Siempre y cuando Milo se sepa comportar.

Sonreí. Un gato llamado Darcy. Jane Austen en los libreros. Y en el tercer libro de Scarlet Aster, la protagonista tenía un gato llamado Fitzwilliam.

¿Coincidencia?

Volví a la laptop, investigando más a fondo. Scarlet Aster había publicado su primer libro hacía cinco años. Según el LinkedIn de Grace, eso había sido justo después de que terminó la carrera de Derecho.

Su ritmo de publicación era constante: un libro al año, siempre lanzado en octubre. Revisé de nuevo la página de su bufete, que amablemente listaba sus victorias en casos importantes.

Interesante… parecía que su carga de trabajo disminuía cada verano, justo la época en que una escritora podría estar terminando las últimas correcciones para un lanzamiento de otoño.

—Madre santa… —susurré para mis adentros.

Era posible que mi nueva compañera de piso fuera mi autora favorita.

Cerré la laptop de golpe, sintiendo de pronto que estaba violando su privacidad. Si Grace era Scarlet Aster, era evidente que hacía hasta lo imposible por mantenerlo en secreto. Y ahí estaba yo, a punto de mudarme con ella, después de haber reconocido esa cita.

Con razón se había visto aterrada.

Me dejé caer de espaldas en el sofá cama de Ellie, con la mirada perdida en el techo. ¿Qué se suponía que hiciera con esta información? ¿Confrontarla? ¿Fingir que no sospechaba nada? ¿Pedirle que me firmara mis copias de sus libros?

Mi celular vibró de nuevo.

La mudanza es mañana a las 2 p.m. No llegues tarde.

Le contesté con un emoji de pulgar arriba y luego añadí:

¡Ya quiero que sea mañana! Te prometo que no colgaré mis cuadros de Bob's Burgers en la sala. ¿Quizá en el pasillo? ;)

Aparecieron tres puntos, desaparecieron y volvieron a aparecer:

Mañana discutiremos qué arte es aceptable para las paredes. Buenas noches, Riley.

Abracé el celular contra mi pecho, sonriendo como una tonta. Fuera o no Scarlet Aster, vivir con Grace iba a ser interesante. Y si mis sospechas eran ciertas…

Bueno, de ahí saldría tremenda historia.

4

GRACE

Cerré la laptop con más fuerza de la necesaria.

¿En qué estaba pensando?

La chava había reconocido una frase de uno de mis libros. Eso no significaba que supiera que yo era Scarlet Aster. Muchísima gente lee novelas románticas.

Pero la había reconocido de inmediato. No solo el libro, sino la frase exacta.

Caminé de un lado a otro por la sala mientras Darcy me observaba con su típico aire de superioridad desde lo alto del librero. El contrato para la nueva *roomie* estaba a medio terminar sobre mi escritorio, pero en ese momento era imposible concentrarme. En vez de eso, volví a abrir la laptop e hice lo que cualquier persona sensata haría antes de permitir que una desconocida se mudara a su casa.

La googleé.

«Riley Quinn artista Chicago» arrojó varios resultados. Una página web profesional (sorprendentemente bien diseñada), una cuenta de Instagram y enlaces a varios colectivos de arte de la ciudad. Hice clic primero en su página web.

La página de inicio mostraba un autorretrato: Riley con el pelo azul brillante (distinto del morado que traía ahora), sentada con las piernas cruzadas frente a un caballete, un pincel entre los dientes y una sonrisa retadora dirigida directamente al espectador. El pie de

foto decía: «Hago arte que te hace sentir algo. A veces, ese algo es confusión».

Revisé su portafolio. Ilustraciones estilo cómic con colores vibrantes y líneas nítidas. Diseños de personajes para lo que parecía ser un videojuego independiente. Una serie de retratos titulada «Chicago Queer», que presentaba a dueños de negocios locales LGBTQ+.

Su trabajo era bueno. Muy bueno, de hecho. No es que yo fuera crítica de arte, pero había algo vivo en su estilo, una vitalidad que me hacía querer seguir mirando.

Me pasé a su Instagram. Su publicación más reciente era de hacía tres días: un boceto de la sala de su hermana, con todo y juguetes regados por doquier y un sofá cama con las sábanas revueltas. El pie de foto: «Día 23 de nómada de sofás. Creo que mi espalda ya se desvió para siempre. #artistaenlacalle #caridaddemihermana #seradultoesdifícil».

Seguí bajando. Fotos de su arte, sí, pero también: Riley en la playa con sus amigas, Riley en lo que parecía ser un show drag, Riley cocinando algo que claramente había salido mal, a juzgar por el humo que se veía al fondo.

Su vida parecía caótica pero plena. Todo lo contrario a la mía.

Hice clic en un video. Riley estaba transmitiendo en vivo mientras dibujaba, hablando con la gente que la veía.

—No, no estoy aceptando encargos ahorita. Ya sé, ya sé, debería. Pero tengo este proyecto enorme que estoy intentando terminar y… ah, esperen, ¿esa es Jade en el chat? ¡Hola, amiga! Sí, sigo sin casa. Pero puede que hoy haya encontrado un lugar. Un depa super nice con una *roomie* que parece que jamás en su vida ha comido carbohidratos.

Sentí que se me calentaban las mejillas. ¿Estaba hablando de mí?

—Es como… imaginen que el catálogo de J.Crew y una biblioteca de derecho tuvieran una hija. Pero el lugar es increíble y creo que la encanté. O la asusté lo suficiente para que me dijera que sí. Como sea, ¡chance y mañana ya tenga una cama de verdad!

Debería haberme ofendido, pero me descubrí sonriendo. ¿El catálogo de J.Crew y una biblioteca de derecho? No era una

descripción del todo imprecisa.

Volví a su portafolio y examiné una serie titulada «Amor Moderno». Las ilustraciones retrataban a varias parejas en momentos íntimos y cotidianos: dos mujeres cocinando juntas, con las caderas rozándose mientras estaban de pie frente a la estufa; una pareja mayor bailando lentamente en su sala; dos hombres en la banca de un parque, uno dormido sobre el hombro del otro.

Me recordaron a escenas que yo misma había escrito; no los grandes momentos dramáticos, sino los más íntimos. Esos que revelan cómo es el amor en realidad.

Entré en la sección «Sobre mí» y leí su biografía:

Riley Quinn hace arte sobre las cosas que importan: el amor, la identidad y el sándwich de desayuno perfecto. Nacida y criada en Chicago, estudió en la Escuela del Instituto de Arte antes de darse cuenta de que odiaba que le dijeran qué dibujar. Ahora trabaja como freelance, da clases de arte comunitarias y de vez en cuando se acuerda de regar sus plantas. Su obra ha aparecido en varias galerías y publicaciones locales. Vive con su colección de tazas de café desparejadas y en el sofá de quien se deje.

Había algo entrañable en su humor autocrítico. Algo genuino.

Navegué a una página llamada «Encargos» y me encontré con precios que parecían absurdamente bajos para la calidad de su trabajo. Con razón tenía problemas de dinero. Estaba cobrando menos de la mitad de lo que debía.

Mi celular vibró con un mensaje: su respuesta sobre Darcy. Luego otro con un chiste sobre su arte de *Bob's Burgers*. Me descubrí sonriendo otra vez mientras tecleaba una respuesta, intentando mantener un mínimo de formalidad a pesar de haber pasado los últimos cuarenta y cinco minutos espiándola en internet.

Cuando dejé el celular, Darcy se había bajado del librero para acurrucarse en mi regazo, una rara muestra de afecto.

—¿Tú qué crees? —le pregunté—. ¿Es una idea terrible?

Ronroneó y amasó mi muslo con sus garras.

—Tienes razón. Seguramente lo es. Pero de todos modos voy a hacerlo.

Regresé a la laptop y abrí el documento que contenía mi novela a medio terminar. El cursor parpadeaba, acusador. Llevaba días sin escribir, atorada en una escena donde mis protagonistas por fin admitían sus sentimientos.

Quizá tener a alguien más en el departamento me haría bien. Un cambio de ritmo. Energía nueva.

O quizá sería un desastre. Riley Quinn parecía la personificación del caos, mientras que yo había construido toda mi vida en torno al control y la predictibilidad.

Pero al cerrar su página y volver a mi manuscrito, las palabras comenzaron a fluir de nuevo, con más facilidad que en las últimas semanas. Mi protagonista por fin encontraba el valor para ser vulnerable. Para arriesgarse.

A veces, pensé, las historias más interesantes comienzan con una mala decisión.

5

RILEY

Llegué a la reunión final —la de decidir si esto iba a funcionar y firmar el contrato— con una bolsa de pan dulce y dos cafés. Estaba ahí cinco minutos antes de la hora, todo un récord para mí.

Todo el esfuerzo que le estaba metiendo a este depa tenía que valer la pena.

—Llegaste justo a tiempo —dijo Grace, abriéndome la puerta mientras yo hacía malabares para no tirar los brazos cargados de azúcar y cafeína.

—Cinco minutos antes, de hecho. ¿Pero quién lleva la cuenta? —le guiñé un ojo y dejé todo sobre la mesa del comedor.

Grace desapareció en lo que supuse era su recámara, dejándome sola en la sala impecable. Aproveché para echar un ojo…, digo, para *observar* con más cuidado mi posible nuevo hogar.

Todo estaba en su lugar. Los libros en los libreros estaban acomodados por altura y luego por color. Los cojines decorativos parecían no haber sido… bueno, usados jamás. Hasta la fruta del frutero se veía sospechosamente perfecta, como si fuera de plástico.

Descubrí un pequeño portarretratos escondido detrás de un florero. Una Grace más joven posaba junto a una pareja mayor, seguramente sus padres, todos con la misma sonrisa reservada. Ni un solo pelo fuera de lugar, incluso en lo que parecía ser una foto casual.

—Ten —dijo Grace, regresando con lo que parecía una pequeña novela en las manos—. El acuerdo de convivencia.

Parpadeé al ver el documento que me entregó. Estaba tibio, recién impreso.

—¿Tú escribiste esto?

—Actualicé la plantilla —dijo, como si tener una plantilla para *roomies* lista para usarse fuera lo más normal del mundo.

Le di una hojeada a los folios. Había encabezados de sección, viñetas y, no es broma, notas al pie de página con terminología legal.

—Esto es… muy completo.

—Prefiero que las expectativas queden claras desde el principio.

No pude contenerme. Empecé a leer en voz alta con mi mejor voz de tráiler de película:

—Cláusula 3B: Horario de silencio después de las 10 p. m., sin excepciones. —La miré—. ¿O qué? ¿Te conviertes en calabaza?

Su expresión no cambió.

—No, pero me convierto en una persona que recibe llamadas de queja de la administración del edificio.

No estaba segura de si bromeaba. Su rostro no delataba nada.

—Espera, esto no puede ser en serio —dije, señalando una viñeta—. ¿Nada de velas ni incienso?

—Riesgo de incendio.

—¿Pero qué hay del ambiente? ¿De la vibra? ¿Del dulce aroma a sándalo para disfrazar la angustia existencial?

Enarcó una ceja perfecta.

—Prefiero mi angustia existencial al descubierto, gracias.

Seguí leyendo por encima.

—¿Invitados a pasar la noche no más de dos veces al mes? ¿Y si me enamoro perdidamente?

—Planifícalo bien —dijo, cruzándose de brazos—. Y, hablando de eso, la cláusula 7A establece claramente…

—… «no se permiten enredos románticos o sexuales entre las roomies» —leí, soltando un bufido—. Créeme, eso no será ningún problema.

Algo cruzó por el rostro de Grace, ¿alivio?, ¿se sintió ofendida? Desapareció antes de que pudiera identificarlo.

—Bien —dijo—. He descubierto que mezclar la convivencia con las relaciones personales solo trae complicaciones.

—Suena a que lo dices por experiencia.

Ignoró mi comentario.

—El acuerdo también cubre la rotación de tareas, los gastos compartidos y las expectativas de privacidad.

Llegué a una sección titulada «Áreas Comunes» y fruncí el ceño.

—Oye, aquí dice que no puedo «crear arte» en la sala. ¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que la pintura va en los estudios, no en mi piso de madera.

—¡Pero trabajo desde casa! A veces necesito espacio para extenderme.

La mandíbula de Grace se tensó.

—Para eso está tu recámara.

—¿La recámara que acabas de describir como «pequeña»?

—Compacta —corrigió—. Eficiente.

Nos sostuvimos la mirada, en un duelo silencioso. Necesitaba este departamento con urgencia, pero ¿de verdad podría vivir con alguien que tenía más reglas que la directora de mi primaria?

Grace suspiró, la primera grieta en su perfecta compostura.

—Mira, necesito una *roomie* que respete los límites. Trabajo muchas horas, valoro el orden y no tolero… el desorden.

La forma en que pronunció «desorden» hizo que sonara a que se refería a desechos nucleares.

—Y yo necesito un lugar para vivir donde mi sobrina no use mi cara de trampolín a las seis de la mañana —repliqué—. No soy la persona más ordenada por naturaleza, pero tampoco soy un desastre. Puedo adaptarme.

—¿En serio puedes? —Su curiosidad parecía genuina.

—Una vez salí con una chica que era alérgica al gluten, a los lácteos y al compromiso. Aprendí a hornear galletas veganas y a aceptar la ambigüedad en una relación. Soy muy adaptable.

La comisura de sus labios se crispó. Casi una sonrisa.

Progreso.

—De acuerdo —dijo tras un instante—. Podemos modificar la cláusula 5C para permitir «trabajo creativo» en la sala, siempre y cuando todas las superficies estén protegidas y se dejen en su estado original al terminar.

Sonreí de oreja a oreja.

—¿Ves? Un acuerdo. Ya somos prácticamente almas gemelas de *roomies*.

—Tampoco te emociones. —Me entregó una pluma—. Pon tus iniciales en cada hoja y firma al final.

Mientras garabateaba mi firma, no pude evitar preguntarme en qué diablos me estaba metiendo. Era evidente que Grace nunca había conocido una regla que no le encantara, mientras que yo me había pasado la mayor parte de la vida tratando los reglamentos como si fueran meras sugerencias.

Pero el departamento era precioso, la renta era pagable y, a pesar de su fachada de reina de hielo, había algo intrigante en Grace Albright.

—Bienvenida a casa, supongo —dijo, tomando el acuerdo firmado.

—Gracias. —Miré a mi alrededor, a mi nuevo e imposiblemente perfecto hogar—. Te lo advierto: es un hecho que voy a romper por lo menos tres de estas reglas en la primera semana.

—Y es un hecho que yo aplicaré las multas especificadas en el Apéndice B.

Nos sonreímos, sin que ninguna de las dos parpadeara.

Que empiece el juego.

Al día siguiente, llegué con la primera tanda de mis cosas. Le había pedido prestada la camioneta a mi hermana, que ahora parecía como si una tienda de artículos de arte hubiera explotado adentro.

—¿Segura que no necesitas ayuda? —preguntó Grace desde el umbral de la puerta, con la vista clavada en la precaria torre de

cajas que yo intentaba equilibrar.

—¡Nop! ¡Yo puedo sola! —mentí, justo cuando sentí que la caja de hasta arriba empezaba a resbalar—. Solo necesito…

La caja se desplomó y desparramó un montón de pinceles sobre su impecable tapete de bienvenida.

A Grace le tembló un párpado.

—Ya veo.

—¡Perdón! Son los nervios del primer día —me apresuré a recoger los pinceles, metiéndolos de nuevo en la caja—. No te preocupes, toda la pintura está bien cerrada.

—¿Toda la pintura? —Su voz subió media octava.

Decidí no mencionar los quince tubos de acrílico, el estuche de acuarelas ni la pintura corporal de efectos especiales del Halloween pasado.

—La mayoría —corregí.

Tres viajes después, había logrado meter casi todo lo esencial. Grace se había refugiado en su oficina con el pretexto de una emergencia del trabajo, pero yo sospechaba que simplemente no soportaba ver el desastre.

Empecé por mi recámara: colgué una serie de luces en el techo y desenrollé mi colección de pósteres de bandas *vintage*. Mi puf gigante —una monstruosidad naranja y espantosa que había rescatado de un contenedor de basura y parchado con mucho amor — ocupaba casi una cuarta parte del espacio disponible.

Cuando terminé, di un paso atrás para admirar mi obra. La habitación se parecía a mí: colorida, caótica, llena de vida. Era el opuesto exacto del resto del departamento, que parecía un museo donde no te permitían tocar nada.

Me aventuré a la sala con mi siguiente objeto controversial: mi lámpara de lava. Era enorme, de color morado y verde, y me había acompañado a través de tres departamentos y dos rupturas amorosas. La coloqué sobre la elegante mesa auxiliar, donde desentonaba por completo junto a la pila de revistas de arquitectura que Grace tenía acomodada con esmero.

—¿Qué… —escuché una voz a mi espalda— es eso?

Me di la vuelta y encontré a Grace mirando la lámpara como si esta hubiera insultado personalmente a sus ancestros.

—¡Es una lámpara de lava! ¿A poco no está increíble? La conseguí en una venta de garage en la universidad.

—Es… —Parecía buscar una palabra que no violara sus propias reglas de cortesía—. Muy morada.

—Siento que amarra todo el look de la sala, ¿no crees?

Ella miró de forma deliberada su sala minimalista en tonos grises y blancos, y luego de vuelta a la lámpara.

—Ciertamente, es toda una declaración.

Sonreí de oreja a oreja.

—Una declaración que dice: «Riley ya vive aquí».

—Ya veo —dijo, y acomodó uno de los cojines decorativos, que se había movido unos cinco centímetros de su lugar designado—. ¿Falta… mucho más?

—¡Solo unas cuantas cositas! Mis materiales de arte, algunos libros, mis plantitas… ah, y Kristen.

—¿Kristen?

—Ya verás.

Corrí de vuelta a la camioneta para recoger mi última y más preciada posesión: mi figura de cartón de Kristen Stewart de tamaño real. La había ganado en un concurso de radio hacía tres años y desde entonces había sido mi fiel compañera.

Dejé a Kristen recargada en el pasillo mientras iba por la última caja. Cuando volví, escuché un grito ahogado seguido de un golpe sordo.

Grace estaba congelada junto a la entrada, con una mano sobre el corazón y la mirada fija en Kristen.

—¡Dios mío! —suspiró—. Creí que se había metido alguien.

No pude evitarlo; me solté a reír a carcajadas.

—¡Perdón! Debí advertirte. Ella es Kristen. Es mi celebridad de apoyo emocional.

El rostro de Grace pasó por la sorpresa, la molestia y algo que podría haber sido diversión, antes de volver a la molestia.

—¿Por qué tienes una figura de cartón de Kristen Stewart?

—¿Y por qué tú no tienes una figura de cartón de Kristen Stewart? —repliqué—. Ella me cuida. Juzga mis decisiones con su característica indiferencia.

—No puede quedarse en el pasillo.

—Está bien, puede vivir en mi cuarto. Pero sale para ocasiones especiales.

Grace se pellizcó el puente de la nariz.

—¿Y qué se considera una ocasión especial?

—Los martes. Los días festivos. Cuando Mercurio está retrógrado.

Me miró fijamente durante un largo momento y luego murmuró por lo bajo:

—Por esto vivo sola.

No era para que yo las oyera, pero sus palabras me cayeron con un peso inesperado. Por primera vez desde que llegué, me pregunté si había cometido un error. Quizá este arreglo estaba condenado al fracaso desde el principio. Grace valoraba claramente el orden y la tranquilidad, mientras que yo llevaba el caos y el color a dondequiera que iba.

Miré a mi alrededor el impecable departamento, ahora salpicado con mis pertenencias: la lámpara de lava brillando con aire desafiante, mi cobija de retazos cubriendo su sofá de diseñador, Kristen observando en silencio desde el pasillo. Yo era una invasora en el mundo perfecto de Grace.

—Mira —dije, de pronto muy seria—. Sé que soy todo un caso. Si ya lo estás pensando mejor…

—No —me interrumpió, para mi sorpresa—. Un trato es un trato. Firmé el acuerdo.

—Sí, pero los tratos se pueden romper. Si esto no va a funcionar…

—Va a funcionar —dijo con firmeza, aunque sus ojos delataban su incertidumbre—. Solo necesitamos… tiempo para acoplarnos.

Asentí, aliviada pero todavía inquieta.

—Puedo guardar la mayoría de mis cosas en mi cuarto. Y Kristen puede quedarse en el clóset.

—Qué irónico —dijo Grace con sequedad, y yo me reí, tomada por sorpresa por su broma.

Por un breve instante, nos sonreímos la una a la otra: una tregua frágil.

Pero entonces vio la caja con mis materiales de arte que acababa de meter, con los tubos de pintura desbordándose, y su sonrisa se desvaneció.

—Eso va directo a tu cuarto —dijo, señalando la caja como si contuviera residuos radioactivos.

—A la orden, jefa —dije con un saludo militar, recogiendo la caja y a Kristen. Mientras me dirigía por el pasillo, escuché a Grace suspirar profundamente a mi espalda.

Esto iba a ser más complicado de lo que las dos habíamos imaginado.

6

RILEY

ESTABA a medio camino de descargar mi tercera caja cuando me rugieron las tripas tan fuerte que asustaron al gato de Grace, Darcy, que me había estado observando con profunda desconfianza desde que llegué.

—¿Eso fue tu estómago o metiste un osito de contrabando? —preguntó Grace desde el umbral de mi nuevo cuarto.

—No he comido nada desde el desayuno —admití—. Mudarse quema calorías.

—Has movido exactamente cuatro cajas y te has quejado durante tres horas.

—Quejarse también quema calorías. —Me dejé caer dramáticamente sobre mi cama destendida—. Me muero de hambre.

Grace consultó su reloj —un reloj de verdad, no el celular, *porque obvio*— y suspiró.

—Supongo que ya es hora de cenar.

—Vi un lugar de comida tailandesa en la esquina. ¿Quieres que pidamos algo para llevar y lo compartimos?

Dudó, como si compartir una cena pudiera violar alguna cláusula de su contrato de *roomies*.

—Eso sería… aceptable.

—Genial. Yo pido. —Tomé mi celular y abrí la app de comida—. ¿Qué te gusta?

—Pad thai. Sin cacahuates. Picante medio.

—Aburrido, pero respetable. —Tecleé nuestro pedido—. Yo voy a pedir *drunken noodles*. Bien picosos.

—Tenías que ser tú.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. —Alisó una arruga invisible de su blusa—. Solo que tus elecciones de comida van con… todo lo demás en ti.

—¿Caótica y deliciosa?

La comisura de sus labios se torció.

—Iba a decir excesiva y desorganizada.

—Lo tomo.

Mientras esperábamos la comida, seguí desempacando. Grace desapareció en la cocina y escuché el rítmico sonido de un cuchillo contra una tabla de cortar, señal inequívoca de alguna conducta de adulto responsable. Cuando sonó el timbre veinte minutos después, corrí a abrir, casi chocando con Grace en el pasillo.

—¡Perdón! —La esquivé—. ¡La comida!

Le pagué al repartidor y llevé nuestro botín a la cocina, donde descubrí que Grace había puesto la mesa. O sea, la había puesto de verdad, con manteles individuales, servilletas de tela y vasos para agua.

—¿Esperamos a la reina o qué? —pregunté, dejando caer las bolsas de comida.

—Algunas de nosotras no fuimos criadas por lobos.

—Los lobos no piden comida por app. —Empecé a abrir los recipientes mientras Grace terminaba de preparar lo que parecía ser la ensalada más aburrida del mundo—. ¿Y eso para qué? Tenemos comida de verdad.

—Esto *es* comida de verdad. Con nutrientes.

—¡Mis fideos tienen nutrientes! Por ahí deben de tener, tipo, una zanahoria o algo.

Nos sentamos una frente a la otra en su impecable comedor. Me lancé de inmediato sobre mis fideos mientras Grace servía con cuidado una porción de pad thai en su plato y luego añadía una cantidad precisa de ensalada.

—Entonces —dijo tras un momento de silencio incómodo—, ¿a qué te dedicas exactamente? En el día a día, quiero decir.

—Soy ilustradora freelance. —Enrosqué los fideos en mis palillos —. Sobre todo hago cómics y diseño de personajes. A veces guiones gráficos.

—Eso suena… inestable.

—Puede serlo. De ahí que anduviera durmiendo en sofás ajenos. Pero cuando va bien, va muy bien. El año pasado hice el arte conceptual para un videojuego independiente que ganó algunos premios.

—Interesante. —Le dio un pequeño bocado a su pad thai—. ¿Qué tipo de cómics?

—Cosas queer, más que nada. Historias sobre chavas como nosotras que encuentran el amor. A veces con espadas y dragones, porque todo es mejor con espadas y dragones.

Algo en la expresión de Grace cambió; una suavidad apenas perceptible alrededor de sus ojos.

—¿Tú también escribes las historias?

—Sí. Aunque soy mejor dibujando. Las palabras son difíciles.

—No siempre —dijo en voz baja, y luego añadió rápidamente—: O sea, a algunas personas se les dan de forma natural.

Recordé la cita enmarcada de Scarlet Aster y su reacción cuando la reconocí.

—¿Y tú? El derecho corporativo suena intenso.

—Lo es. —Enderezó su ya de por sí recta postura—. Pero disfruto la estructura. Su claridad.

—Suena a que te aplasta el alma.

Enarcó las cejas.

—¿Perdona?

—Lo siento, sonó fatal. Solo quise decir… todas esas reglas, la política de oficina, usar ropa incómoda todos los días.

—Algunas preferimos tener un ingreso estable y seguro médico.

—Buen punto. —Levanté mi vaso de agua en señal de concesión —. Aunque sí tengo seguro. Gracias, Obama.

—Qué progresista de tu parte usar la Ley de Cuidado de Salud Asequible mientras criticas el empleo tradicional.

—Qué burguesa de tu parte asumir que todo el mundo prospera en un ambiente corporativo.

Nos lanzamos una mirada fulminante a través de la mesa, con el aire repentinamente cargado de tensión. Entonces, para mi sorpresa, los labios de Grace se curvaron en lo que podría haber sido una sonrisa.

—No eres lo que esperaba —dijo.

—¿Eso es bueno o malo?

—Todavía no lo decido.

Después de cenar, me ofrecí a limpiar, como ofrenda de paz por nuestra disputa profesional. Grace aceptó a regañadientes y luego desapareció en su habitación. Metí los platos al lavavajillas, pero cuando abrí la alacena para guardar los vasos limpios, me di cuenta de que había cometido un error táctico.

Todo —*literalmente todo*— estaba organizado con precisión militar. Vasos por tipo, platos por tamaño, tazas ordenadas por color. Me quedé helada, con un vaso en la mano, con un miedo repentino de alterar el sistema.

—Puedes dejarlo en la barra —dijo Grace a mis espaldas, haciéndome saltar—. Yo lo guardo.

—No, no, yo puedo. —Coloqué el vaso junto a sus hermanos idénticos—. Buen sistema de organización.

—Es eficiente.

—Vaya que lo es. —Abrí el refrigerador para guardar los fideos sobrantes y descubrí un nivel de orden similar—. Wow. ¿Esto lo organizó el ejército?

—No, simplemente me gusta organizar para relajarme —murmuró Grace, sonando casi avergonzada.

—Eso es… impresionante y un poco aterrador. —Vi una pequeña sección que parecía designada para mi uso—. ¿Este es mi entrepaño?

—Sí. Por favor, mantén tus cosas contenidas en esa área.

Asentí, luego saqué siete botellas de salsa picante de mi bolsa y las alineé en mi entrepaño.

—¿Siete salsas picantes? —Grace parecía mortificada—. ¿Son necesarias?

—Totalmente. Todas tienen propósitos diferentes. Esta es para los huevos, esta para los tacos, esta es para cuando quiero sentir

algo…

—¿Sentir algo?

—Sí, ya sabes. Cuando la vida se siente vacía y sin sentido, a veces necesitas quemarte las papilas gustativas para acordarte de que estás viva.

Se me quedó viendo como si hubiera empezado a hablarle en arameo.

—Me voy a dormir.

—¡Dulces sueños! ¡Que no te muerda la angustia existencial!

Desapareció por el pasillo y yo terminé de limpiar. A pesar de nuestras discusiones, me sentía extrañamente llena de energía. Había algo curiosamente divertido en picarle los botones a Grace, en ver cómo su compostura perfecta se agrietaba un poquito.

Más tarde esa noche, no podía dormir. La cama nueva, los sonidos desconocidos del departamento, la ansiedad persistente de empezar de cero… todo mantenía mi cerebro dando vueltas. Cerca de la medianoche, escuché un suave golpeteo del otro lado de la pared.

Rítmico. Constante.

Un tecleo.

Pegué la oreja al muro, extrañamente reconfortada por el sonido. ¿Estaría trabajando? ¿O estaría escribiendo, convirtiéndose en Scarlet Aster en las horas de silencio, cuando nadie la veía?

El tecleo se detuvo, y luego comenzó de nuevo con una nueva intensidad. Sonreí en la oscuridad, imaginándome a Grace encorvada sobre su laptop, su perfección diurna suavizada por la creatividad nocturna.

Quizá había más en mi estirada *roomie* que tazas ordenadas por color y especias en orden alfabético. Quizá, debajo de todas esas reglas y horarios, había alguien que entendía lo que significaba crear algo de la nada; construir mundos con palabras o con dibujos.

El pensamiento fue extrañamente reconfortante mientras me quedaba dormida, con el suave golpeteo de las teclas como una extraña canción de cuna.

7

GRACE

Si de algo me enorgullecía, era de tener sistemas.

Los sistemas mantenían mi vida en orden, predecible y libre del caos que acechaba en los márgenes de cada día mal planeado. Mi especiero estaba organizado por orden alfabético. Mi clóset, por colores. Mi refrigerador, por fecha de caducidad.

Y ahora había un burrito de una desconocida sobre mi barra.

—¿Qué —pregunté, con la vista clavada en esa monstruosidad envuelta en papel aluminio— es eso?

Riley levantó la vista de su celular. Estaba desparramada en mi —*nuestro*— sofá con sus calcetines disparejos apoyados en el reposabrazos.

—¡La cena! También te traje uno a ti.

—Yo preparé ensalada. —Señalé el tazón de verduras perfectamente acomodadas que había hecho veinte minutos antes—. Con vinagreta casera.

—Genial, más burrito para mí. —Desenvolvió su comida, que parecía del tamaño de un bebé—. ¿Segura? Es de ese lugar de la Clark. El que tiene las series de luces y el mesero que parece Pedro Pascal si chambeara en una *skate shop*.

—Estoy bien, gracias. —Me senté en el comedor con mi ensalada, decidida a mantener una pizca de rutina. Riley, por supuesto, se quedó en el sofá.

Durante tres gloriosos minutos, comimos en silencio. Entonces abrí el refrigerador para sacar agua.

—¿Qué —dije, con la voz peligrosamente baja— pasó aquí adentro?

El estante de hasta arriba —mi estante de hasta arriba cuidadosamente acomodado— ahora contenía siete botellas diferentes de salsa picante, organizadas en lo que parecía ser un arcoíris.

—Ah, sí —dijo Riley con la boca llena de burrito—. Organicé mi colección. No te preocupes, bajé tus cosas al estante de abajo.

—Mis cosas estaban organizadas por fecha de caducidad.

—Eso es… increíblemente deprimente. —Se acercó al refrigerador y se estiró para alcanzar la botella de color azul eléctrico, pasando por mi lado. El aroma de su champú, algo frutal y demasiado dulce, me envolvió—. ¿Quién organiza la comida por la fecha en que se va a morir?

—La gente que no quiere desperdiciar comida ni contagiarse de salmonela.

—Afloja un poco, Albright. —Le echó salsa a su burrito—. A veces, las mejores experiencias surgen de tomar riesgos.

—Lo recordaré cuando estés en urgencias con una intoxicación alimentaria.

Sonrió de lado.

—Pero vendrías a visitarme, ¿verdad? ¿Me traerías flores y me leerías novelas románticas?

—Te mandaría una tarjeta.

Riley soltó una carcajada y, muy a mi pesar, sentí que la comisura de mi boca se curvaba hacia arriba.

De vuelta en la mesa, intenté concentrarme en mi ensalada, pero la presencia de Riley era como un mosquito persistente: imposible de ignorar.

—Y bueno —dijo, dejándose caer en la silla frente a mí—, ¿cómo es la vida de abogada corporativa? ¿Muchos discursos dramáticos en el tribunal? ¿Cerrar portafolios de golpe? ¿Decir «¡objeción!» mientras señalas dramáticamente?

—Así no funciona el derecho corporativo.

—Qué decepcionante. —Le dio otra mordida enorme a su burrito.

Bebí un sorbo de agua, viendo cómo Riley demolía su comida con una eficiencia alarmante.

Mi departamento —*nuestro* departamento— había estado impecable apenas veinticuatro horas antes. Ahora había unos tenis salpicados de pintura junto a la puerta, una taza de café a medio vaciar en el librero y lo que parecía ser un cuaderno de dibujo encajado entre los cojines del sofá.

—Oye —empecé, tratando de sonar casual, pero con un resultado más bien forzado—, sobre tus materiales de arte…

—¿Qué pasa con ellos? —Riley levantó la vista, con una manchita de salsa en la comisura de los labios.

—Noté que te has instalado… por todas partes.

—Sí, es que la inspiración llega de repente. No se puede limitar a un solo espacio, ¿sabes?

Yo no sabía. Jamás había tenido una «inspiración» que no pudiera agendar en mi calendario con un horario adecuado.

—Estaba pensando que podríamos establecer ciertos… límites. —Tomé otro sorbo cuidadoso de agua—. Para los espacios compartidos.

Riley se limpió la boca con una servilleta.

—¿Cómo cuáles?

—Como mantener tus pinceles fuera de mi cristalería.

Levantó las cejas.

—¿Qué?

Me puse de pie y caminé hacia la cocina, haciéndole un gesto para que me siguiera. Señalé mi colección de copas de vino, específicamente la que ahora contenía tres pinceles remojándose en agua turbia.

—Mierda —dijo Riley, haciendo una mueca—. Lo siento, fue mi culpa.

—Son Riedel. —Como me miró sin entender, añadí—: Son caras.

—Te compraré unas nuevas si se arruinaron.

—Ese no es el punto. —Me pellizqué el puente de la nariz—. El punto es que necesitamos límites claros sobre dónde… sucede tu arte.

Riley sacó con cuidado los pinceles de mi copa y los metió en un frasco de vidrio que sacó de su bolsa de tela.

—Anoche estaba en mi elemento y necesitaba algo para ponerlos. Pensaba quitarlos antes de que los vieras.

—Eso no me tranquiliza.

—Mira, lo entiendo. Te gusta tener tus cosas de cierta manera. Tendré más cuidado.

Quería creerle, pero la evidencia de su caos estaba, literalmente, por todas partes. Un tubo de pintura amarilla en el alféizar de la ventana. Un boceto pegado en el refrigerador. Una paleta con manchas secas de colores sobre mi antes inmaculada mesa de centro.

—Creo que necesitamos un plan más concreto —dije, tratando de mantener la voz firme—. Áreas designadas para tus materiales. Quizá un sistema de almacenamiento.

Riley se recargó en la barra, estudiándome.

—De verdad te estás paniqueando por esto, ¿verdad?

—No me estoy paniqueando. —*Claro que me estaba paniqueando*.— Estoy estableciendo parámetros.

—Grace, te está temblando el ojo.

Me llevé los dedos al párpado.

—A veces me pasa.

—Cuando estás estresada.

—Cuando me estoy… adaptando. —Respiré hondo—. Mira, estoy acostumbrada a vivir sola. Me gusta saber dónde está todo. Me gustan las superficies limpias, las barras vacías y…

—…y yo soy básicamente tu peor pesadilla —terminó Riley, con una sonrisita jugando en sus labios.

—No eres mi peor pesadilla. —*Mi peor pesadilla implicaba hablar en público desnuda*.— Solo eres… diferente.

Riley asintió, de pronto seria.

—Ok, vamos a resolverlo. ¿Qué te parece si guardo mis cosas de arte en mi cuarto, excepto cuando esté trabajando con ellas? Y prometo limpiar todo en cuanto termine.

—Eso ayudaría mucho. —Sentí que el nudo en mi pecho se aflojaba un poco.

—Y quizá podríamos designar un lugar en la sala donde pueda dejar un proyecto a medias. Solo un lugar.

Lo consideré.

—¿El escritorio junto a la ventana? Le da buena luz.

—Perfecto. —Riley sonrió de oreja a oreja—. ¿Ves? Un acuerdo. Ya nos estamos convirtiendo en unas *roomies* fantásticas.

Yo no iría tan lejos, pero era un comienzo.

—Y prometo no volver a poner mis pinceles en tus copas finas —añadió—. Aunque la verdad se ven muy artísticas ahí. Como una naturaleza muerta esperando a ser pintada.

—Por favor, no pintes mis copas de vino.

—No prometo nada. —Me guiñó un ojo y, de nuevo, a pesar de todo, sentí esa extraña punzada en la comisura de mis labios.

Riley recogió la envoltura de su burrito y la servilleta.

—También voy a limpiar mi desastre de la cena. Ni una migaja, palabra de Scout.

—¿De verdad fuiste Scout?

—¡Para nada! Me corrieron por vender dulces de contrabando en las juntas. —Tiró la basura en el bote—. Pero el principio se mantiene.

Mientras se movía por la cocina, recogiendo materiales de arte regados por ahí que ni siquiera había notado, sentí que parte de la tensión abandonaba mis hombros.

Tal vez esto podría funcionar.

Tal vez solo necesitábamos límites claros.

—Por cierto —dijo Riley, deteniéndose en la entrada del pasillo—, ¿qué onda con el Post-it en mi vibrador? «No es un artículo de uso común». No, bueno, eso espero.

La cara se me puso roja al instante.

—Estaba organizando el cajón del baño y…

—¿Tocaste mi vibrador?

—¡Con guantes! —balbuceé—. ¡Estaba poniendo las cosas en su lugar!

Riley estalló en una carcajada.

—Tu cara ahora mismo no tiene precio. ¡No estoy enojada! Solo me sorprende que la Señorita Corporativa reconozca un juguete

sexual.

—Soy abogada, no monja.

—Pues no lo parece con esas blusas cerradas hasta el cuello. —Se recargó en el marco de la puerta, todavía sonriendo—. No te apures, mantendré mis juguetes de placer a salvo de tu furia organizadora.

—Te lo agradecería.

Desapareció por el pasillo, aún riéndose, y me dejó de pie en la cocina, atrapada entre la irritación y algo que se sentía peligrosamente cercano a la diversión.

Vivir con Riley Quinn iba a ser… toda una adaptación.

8

RILEY

APENAS ME HABÍA ACOMODADO en mi puf con mi cuaderno de dibujo cuando el departamento se sumió en la oscuridad. A la negrura repentina le siguió el estruendo de un trueno tan fuerte que pareció partir el cielo en dos.

—¡Mierda! —busqué a tientas el celular y encendí la linterna—. ¿Grace? ¿Estás bien?

No hubo respuesta.

Dirigí el haz de luz hacia la puerta de su recámara.

Cerrada.

Otro relámpago iluminó la sala por una fracción de segundo, seguido por el murmullo grave de un trueno. La tormenta se había estado formando toda la tarde: nubes oscuras acumulándose, el aire pesado con esa sensación eléctrica que me erizaba los vellos de los brazos. Ahora estaba justo sobre nosotras, y la lluvia golpeaba las ventanas como si fueran pequeños puños.

Avancé por el pasillo, mis calcetines deslizándose sobre el piso de madera.

—¿Grace? —toqué suavemente—. ¿Sigues viva ahí adentro?

La puerta se entreabrió. Grace apareció ahí, con la linterna del celular apuntando al suelo, su rostro fantasmal en la penumbra.

—Se fue la luz —dijo, como si anunciara una muerte.

—Sí, ya me di cuenta. La quitó la tormenta.

Frunció el ceño.

—Estaba a la mitad de algo importante.

—A ver, déjame adivinar: ¿organizando tus calcetines por color?

—Terminando un contrato del trabajo —suspiró—. Tengo velas en alguna parte. En el clóset del pasillo, en el kit de emergencia.

Se me iluminó la cara.

—¡Yo también tengo velas! Un montón. Espera.

Regresé a mi cuarto a toda prisa y me zambullí en las cajas sin desempacar que se apilaban contra una pared. Llevaba casi una semana viviendo aquí, pero desempacar se sentía como un compromiso demasiado grande. ¿Y si Grace me corría? ¿Y si no podía pagar la renta el mes que entra? *¿Y si…?*

—¡Las encontré! —salí victoriosa con un montón de velas de varios tamaños, colores y estados de uso. Las había coleccionado a lo largo de los años: regalos, compras impulsivas, restos de relaciones pasadas. Cada una guardaba un recuerdo.

Las coloqué en cada superficie disponible de la sala —la mesita de centro, los libreros, las repisas de las ventanas— y las fui encendiendo una por una. El departamento se llenó lentamente de un brillo cálido y parpadeante, y de una mezcla de aromas a vainilla, sándalo y algo vagamente cítrico.

Cuando Grace salió de su cuarto, se detuvo en seco.

—¿Qué. Estás. Haciendo?

—Creando ambiente —encendí la última vela, una morada y gorda que olía a lavanda—. ¡Tarán!

—Eso es… —hizo un ruido ahogado—. Son por lo menos quince velas encendidas. En mi departamento.

—Nuestro departamento —la corregí—. Y no son solo llamas. Es iluminación ambiental.

—¡Son un peligro de incendio! —avanzó hacia la vela más cercana, como si fuera a apagarla de un soplido.

—¡Espera! —levanté las manos—. Por favor, no. Mira, voy a tener muchísimo cuidado. Las vigilaré como un halcón. Riley, la experta en seguridad contra incendios, para servirte.

Enarcó una ceja.

—Bueno, la verdad es que no es mi apodo. ¡Pero podría serlo! Dame una oportunidad.

Grace miró alrededor, observando la suave luz dorada que danzaba en las paredes, y luego me miró a mí. Algo en su expresión cambió.

—Está bien. Pero si algo se incendia, primero te aviento por la ventana y luego llamo al 911.

—Va —sonreí, victoriosa—. Ahora ven, siéntate. Preparé un lugar acogedor.

Había acomodado los cojines del sillón y mi puf en el suelo, frente a la mesita de centro. Mi cuaderno de dibujo estaba abierto, con los lápices esparcidos cerca.

Grace dudó, pero luego se sentó con cuidado sobre un cojín, cruzando las piernas. Llevaba puestos unos pants de yoga y una playera holgada de la facultad de derecho de Northwestern. Era lo más casual que le había visto puesto. Traía el pelo suelto, cayéndole en ondas suaves más allá de los hombros.

—¿En qué estabas trabajando? —preguntó, señalando mi cuaderno.

—Ah —lo cerré—. Nada, solo garabateando.

—¿Puedo ver?

Dudé. Mis dibujos eran algo personal. Sobre todo estos. Pero algo en la luz de las velas y la tormenta que rugía afuera me hizo sentir valiente.

—Claro —abrí el cuaderno de nuevo y se lo deslicé—. No están terminados.

Grace se inclinó para estudiar la página. Había estado dibujando diseños de personajes para un nuevo cómic: dos mujeres, una alta y seria, la otra bajita y de pelo alborotado.

—¿Somos… nosotras?

Me sonrojé.

—Algo así. O sea, la inspiración son nosotras. Para un cómic en el que estoy trabajando.

—¿De qué trata? —su voz era suave, curiosa.

—De dos *roomies*. Una es superestirada y la otra es un desastre. Se vuelven locas la una a la otra, pero al final… —me detuve—. Pues ya sabes. Los opuestos se atraen y todo eso.

Grace trazó el contorno del personaje más alto con la yema del dedo.

—La dibujaste hermosa.

—Es que es hermosa —dije sin pensar.

Nuestras miradas se encontraron a través del espacio iluminado por las velas, y una corriente eléctrica pasó entre nosotras.

Un trueno retumbó afuera, haciéndonos saltar a las dos. El momento se rompió.

—Debería ver si hay información sobre el apagón —dijo Grace, tomando su celular.

—Es solo una tormenta de verano. Seguro la luz vuelve pronto —cerré mi cuaderno—. Mientras tanto, podríamos jugar a algo.

—¿A qué tipo de juego?

—No sé. ¿Veinte preguntas? ¿Verdad o reto? ¿A la botella? —moví las cejas sugestivamente con la última opción.

Grace puso los ojos en blanco, pero alcancé a ver la ligera curva de sus labios.

—No voy a jugar a la botella contigo.

—Tú te lo pierdes. Me han dicho que beso muy bien.

—Estoy segura de que a tu ego no le hace falta que lo inflen más —se recargó en el sillón—. Veinte preguntas *podría* ser aceptable.

—No, qué aburrido —negué con la cabeza, cambiando de opinión —. Necesitamos algo divertido para estrenar nuestro primer apagón.

—Tengo vino —anunció Grace de repente, poniéndose de pie—. Esto parece una situación que amerita vino.

Observé su silueta moverse hacia la cocina, iluminada por la linterna de su celular.

—Grace Albright, ¿estás sugiriendo que nos pongamos medio alegres juntas durante un apagón? ¡Qué escandalosa!

—Estoy sugiriendo que le saquemos el mejor provecho a una situación inconveniente —regresó con una botella de tinto sin abrir y dos copas—. Además, hay que tomárselo antes de que se eche a perder.

—El vino no se echa a perder tan rápido.

—Este sí —me entregó la botella para que la abriera mientras ella ponía las copas—. Es una cosecha especial que… se deteriora

rápidamente una vez que la compras.

Solté una risita.

—Solo quieres echarte unos tragos, abogada. Acéptalo.

Grace volvió a sentarse en su cojín, esta vez más cerca de mí.

—Está bien. El contrato en el que estaba trabajando era una pesadilla, y ahora estoy atrapada en la oscuridad con una mujer que tiene más velas que una catedral medieval.

—Esa es la actitud —nos serví a cada una una copa generosa—. Por los apagones y los lazos inesperados entre compañeras de depa.

Chocamos las copas, y observé a Grace por encima del borde mientras daba su primer sorbo. Cerró los ojos un instante, relajando los hombros.

—¿Verdad o reto? —pregunté.

—¿Qué?

—Necesitamos entretenimiento. ¿Verdad o reto?

Suspiró.

—Definitivamente no.

—Ándale. ¿Qué más vamos a hacer? ¿Sentarnos en silencio a escuchar la lluvia?

—Eso suena perfectamente encantador.

—Verdad. O. Reto —le piqué la rodilla con cada palabra.

—Bien. Verdad —dio otro sorbo a su vino.

Me toqué la barbilla.

—¿Alguna vez has infringido la ley?

—¿Esa es tu pregunta? Qué aburrida.

—Contéstala de todos modos.

—Una vez me pusieron una multa de estacionamiento. La impugné y gané.

Puse los ojos en blanco.

—Claro que sí. Te toca.

—¿Verdad o reto?

—Reto —sonreí—. Siempre reto.

Grace se quedó pensando un momento, girando el vino en su copa.

—Te reto a… reorganizar el clóset de blancos para meter las toallas de manos nuevas que compré.

—¡Eso no es un reto! ¡Eso es delegar tareas!

—Bueno. Te reto a que te tomes un shot de salsa picante.

Se me abrieron los ojos como platos.

—Eres malvada.

—Tú querías jugar.

Resoplé y fui a la cocina. Regresé con mi botella de salsa habanera.

—Contémplenme —declaré con dramatismo antes de echarme un trago directo de la botella.

El ardor fue inmediato. Jadeé, con los ojos llorosos, y agarré mi vino para pasármela.

—No mames —resollé—. Estás tratando de matarme.

Grace parecía genuinamente divertida, sus labios curvados en una rara sonrisa.

—Sobreviviste.

—Apenas —me limpié la boca—. ¿Verdad o reto?

—Verdad.

—Cobarde. Bueno —me incliné hacia adelante—. ¿Te considerarías escritora?

—Creo que todo el mundo es escritor a su manera —respondió Grace, tomando un sorbo rápidamente.

—¡Esa no es una respuesta para nada! —me quejé, levantando las manos—. Me toca otra pregunta, claro que sí. A ver, a ver… ¿qué tal esta?: ¿alguna vez has escrito un libro?

Grace suspiró profundamente y se recargó en su cojín, claramente sopesando cómo salirse de esta.

—Sí, lo he hecho.

—¿Y podría encontrar ese libro en la sección de romance de la librería?

Su sonrisa se desvaneció.

—Eso es personal. Además, nunca dije que estuviera publicado.

—Ese es el chiste del juego, y creo que acabas de hacerlo —respondí rápido, esperando no haberme pasado de la raya al sacar a relucir mis sospechas sobre Scarlet Aster.

Grace se quedó mirando su copa de vino tanto tiempo que pensé que no respondería.

—Porque —dijo finalmente—, soy buena para imaginar el amor, pero pésima para vivirlo.

La honestidad me tomó por sorpresa.

—Eso es… muy triste.

—Es pragmático. Puedo crear relaciones perfectas sin el desastre de las reales —se encogió de hombros—. Te toca. ¿Verdad o reto?

—Verdad.

—¿Por qué estás aquí en realidad? En mi departamento, quiero decir.

Tracé el borde de mi copa con el dedo.

—¿Porque soy pésima con el presupuesto y tenías un cuarto libre?

—La verdadera razón.

Suspiré.

—Estoy estancada. Creativa, financiera y emocionalmente… simplemente estancada. Todos los demás avanzan, y yo sigo dibujando los mismos cómics que en la universidad, sigo saliendo con las personas equivocadas, sigo… —hice un gesto vago—. Este lugar se sintió como un nuevo comienzo. Una forma de fingir que tengo mi vida en orden hasta que, con suerte, de verdad la tenga.

Grace asintió lentamente.

—Entiendo eso más de lo que crees.

Nos quedamos en silencio un momento, con las velas parpadeando a nuestro alrededor y la lluvia aún azotando las ventanas.

—¿Verdad o reto? —pregunté.

—Reto —dijo, sorprendiéndome.

Una idea maliciosa se formó en mi mente.

—Te reto a que leas un pasaje de algo que hayas escrito. En voz alta. Para mí.

Los ojos de Grace se abrieron de par en par.

—Definitivamente no.

—Son las reglas. Escogiste reto.

—No tengo ninguno de mis libros aquí.

Sonreí.

—Mentirosa. Hay como un millón de portadas de novelas románticas supercursis en tu librero. Una de esas *tiene* que ser tuya.

Las mejillas de Grace se sonrojaron.

—¿Anduviste revisando mi librero?

—¡Buscaba algo para leer! Ándale, un parrafito.

Se terminó el vino de un trago y se levantó con un suspiro.

—Está bien.

La observé mientras se dirigía al librero, la luz de su celular escaneando los lomos hasta que encontró lo que buscaba. Regresó con un libro de pasta dura, tapando a propósito cualquier marca que pudiera identificarlo, como si aún pudiera ocultar su seudónimo.

La dejaría fingir que mantenía su secreto por ahora. Era un poco tierno verla tratar de ser tan sigilosa.

—Un párrafo —advirtió, abriendo el libro en una página con la esquina doblada.

—El más cachondo —repliqué.

—Para nada. Yo escojo.

Se aclaró la garganta y yo me incliné hacia adelante, ansiosa. Cuando empezó a leer, su voz cambió. Se volvió más profunda, más suave, como miel oscura.

«Emma sabía que debía apartarse, mantener la cuidada distancia que había construido durante años para proteger su corazón. Pero mientras los dedos de Claire recorrían la línea de su clavícula, algo antiguo y voraz se desplegó en su interior. "He deseado esto desde el momento en que te vi", susurró Claire, con su aliento cálido contra el cuello de Emma. "Dime que me detenga y lo haré". Emma respondió atrayendo a Claire hacia ella, sus cuerpos encajando como si hubieran sido diseñados para ser las dos mitades de un mismo todo. "Ni se te ocurra detenerte", dijo, mientras sus últimas barreras se desmoronaban bajo el tacto de Claire».

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotras. La voz de Grace se había suavizado mientras leía, casi como si se hubiera olvidado de que yo estaba allí. Cuando levantó la vista del libro, nuestras miradas se encontraron.

Sentí la boca seca.

—Eso es… muy bueno.

—Gracias —su voz aún conservaba ese tono bajo e íntimo de la lectura.

—Tú eres muy buena.

Estábamos sentadas más cerca, aunque no recordaba que ninguna de las dos se hubiera movido. La luz de las velas proyectaba sombras en su rostro, resaltando sus pómulos, la curva de sus labios. Algo parpadeó en sus ojos.

¿Vulnerabilidad? ¿Deseo? No sabría decirlo.

—Tienes… —alargué la mano, mis dedos flotando cerca de su cara—. Algo en la mejilla.

Era mentira. No había nada allí más que una piel perfecta, pero necesitaba una excusa para tocarla. Mis yemas rozaron su pómulo, ligeras como una pluma. No se apartó.

El tiempo pareció ralentizarse. La tormenta, el apagón, el juego… todo se desvaneció excepto los ojos de Grace sobre los míos, sus labios ligeramente entreabiertos, la electricidad donde mi piel tocaba la suya.

Me incliné hacia ella.

Ella también lo hizo, de forma casi imperceptible.

Y entonces las luces se encendieron con toda su intensidad.

Nos separamos de un salto, como si hubiéramos recibido una descarga eléctrica. El brillo repentino fue cegador después de la íntima oscuridad de las velas.

—Volvió la luz —dijo Grace innecesariamente, parpadeando con rapidez.

—Sí —me pasé una mano por el pelo, con el corazón desbocado —. Qué oportuno.

Nos quedamos mirando en un silencio incómodo, ambas fingiendo que nada acababa de pasar.

—Entonces… —dije finalmente—. ¿A dormir?

Grace asintió, recogiendo ya su copa de vino.

—Sí. Es tarde. Tengo una junta temprano.

—Cierto. Junta temprano. Cosas importantes de abogada.

—Exacto —se levantó, alisándose la playera—. Buenas noches, Riley.

—Buenas noches, Grace.

Desapareció en su cuarto tan rápido que casi esperaba ver una nube de polvo con la silueta de Grace, como en las caricaturas. Me quedé allí sentada entre las velas, tratando de procesar lo que acababa de pasar… o casi pasar.

¿Me había imaginado ese momento? ¿La forma en que me miró, en que se inclinó hacia mí?

Apagué las velas una por una, dejando solo una pequeña con aroma a vainilla encendida. Me la llevé a mi recámara y la puse en mi buró mientras me metía en la cama.

El sueño no iba a llegar pronto. En lugar de eso, tomé mi cuaderno de dibujo y abrí en una página en blanco. El lápiz se movió casi por voluntad propia, trazando la curva de una mandíbula, la caída del cabello, la elegante línea de un cuello.

No fue hasta que la vela casi se consumió que me di cuenta de que había dibujado a Grace. Su silueta a la luz de las velas, la cabeza ligeramente inclinada, los labios entreabiertos como si estuviera a punto de hablar. *O de ser besada.*

Cerré el cuaderno de golpe y soplé la vela, sumiendo mi cuarto en la oscuridad.

Esto estaba mal. Muy mal.

Me estaba enamorando de mi *roomie*.

9

GRACE

No podía dormir.

Tres horas dando vueltas en la cama, y en lo único que podía pensar era en ese momento con Riley. La luz de las velas. El vino. Cómo sus dedos me habían rozado la mejilla. Cómo me había inclinado hacia ella.

Yo nunca me inclinaba hacia nadie. Nunca perdía el control.

A las 5:47 a. m., me di por vencida y me arrastré fuera de la cama. Más valía empezar de una vez con el escrito del caso Westbrook.

Caminé de puntitas por el departamento, cuidando de no despertar a Riley. Su puerta estaba cerrada y por debajo se filtraba una delgada línea de luz. ¿Sería que ella también seguía despierta? Seguramente dibujando. Parecía que se la pasaba haciendo eso a todas horas.

Llegué a la cocina y me detuve en seco.

—Pero qué demonios…

El espacio de la barra junto al refrigerador se había transformado de la noche a la mañana. Donde antes había mármol limpio y vacío, ahora se alzaba lo que solo podía describirse como un santuario a la cafeína. Una cafetera de expreso reluciente dominaba el centro, rodeada de bolsas de granos de café con nombres como «Locura de Medianoche» y «Combustible de Cohete». Tazas que no combinaban entre sí colgaban de unos ganchos: una con forma de gato, otra con

groserías en colores brillantes y una tercera que parecía ser una bañera en miniatura.

Un letrero de madera coronaba la escena: «NO ME HABLES HASTA QUE ESTA TAZA ESTÉ VACÍA».

Debería haber estado furiosa. Esto era una violación directa de nuestro contrato de compañeras de piso. Sección 2, párrafo 3: «Todos los cambios en las áreas comunes deben ser aprobados por ambas partes».

Pero, en lugar de eso, me sentí atraída por la máquina. Era evidente que era cara, un modelo profesional con múltiples funciones y un espumador de leche. Deslicé un dedo por su superficie cromada.

Y vaya que me encantaba el buen café.

Mi rutina habitual consistía en café instantáneo con leche de almendras. Eficiente. Práctica. Carente de toda alegría.

Volví a mirar la puerta cerrada de Riley.

No se va a enterar.

Cinco minutos después, observaba cómo el expreso oscuro goteaba en una taza que decía «Las Mañanas Son Para Café y Contemplación». Añadí un chorrito de leche y luego, por puro impulso, decidí probar el espumador.

Cuando terminé, parecía algo sacado de una publicación de Instagram. Tomé un sorbo y casi gemí de placer. Estaba perfecto. Intenso, suave, con el punto justo de amargor.

Me recargué en la barra, saboreando cada sorbo mientras veía el amanecer colarse por la ventana de la cocina. La ciudad apenas despertaba, las luces parpadeaban en los edificios de enfrente. Por una vez, no estaba corriendo hacia mi laptop, ni repasando mentalmente mis argumentos o revisando jurisprudencia.

Solo estaba… existiendo. Con un café realmente bueno.

Cuando terminé, enjuagué bien la taza y la metí en el lavavajillas, acomodándola de tal forma que no se viera en cuanto se abriera la puerta. Como si escondiera la evidencia.

Estaba siendo ridícula. Este era mi departamento. Podía usar la cafetera si quería.

Pero había algo en guardar este pequeño placer para mí que se sentía importante. Como si admitir que me gustaba algo que Riley había traído a nuestro espacio significara admitir también otras cosas.

Cosas como que me había quedado despierta hasta tarde pensando en las yemas de sus dedos sobre mi mejilla. Cómo su risa —escandalosa y libre— había empezado a sonarme a música. Cómo a veces me sorprendía a mí misma observándola dibujar, fascinada por la intensa concentración en su rostro, tan distinta a su caos habitual.

Sacudí la cabeza para disipar esos pensamientos peligrosos y me refugié en mi oficina.

A trabajar.

El trabajo me salvaría de lo que fuera que era esto.

Dos horas más tarde, oí a Riley salir de su cuarto a trompicones. Me tensé, esperando a que se diera cuenta de lo del lavavajillas, a que irrumpiera en mi oficina con un triunfante «¡Ajá!».

Pero en su lugar, se escuchó el siseo de la cafetera, un tarareo desafinado y luego unos suaves golpes en mi puerta.

—Pasa —dije, sin levantar la vista de la laptop.

—Buenos días, Licenciada —la voz de Riley todavía sonaba ronca por el sueño. Me preparé un café y te traje uno.

Levanté la vista, sorprendida. Estaba de pie en el umbral, con el pelo hecho un desastre, una camiseta holgada manchada de pintura y dos tazas en las manos.

—Yo…, gracias.

Dejó una sobre mi escritorio —la misma taza que yo había usado — y sonrió de oreja a oreja.

—Me imaginé que ya estarías trabajando. Eres como un robot de la productividad.

—Algunas tenemos trabajos de verdad con fechas de entrega — dije, pero sin pizca de malicia.

—Uf. Touché. —Se recargó en el marco de la puerta, sorbiendo de su propia taza: la de la bañera—. ¿Te gusta la nueva estación de café?

Dudé un instante y luego asentí.

—Prepara un expreso decente.

—Viniendo de Grace Albright, eso es un gran halago. —Su sonrisa se ensanchó—. Noté que alguien ya la estrenó esta mañana.

Sentí que la cara se me encendía.

—No sé de qué hablas.

—Ajá. El espumador todavía estaba húmedo y hay restos de café en el triturador. —Se veía demasiado complacida consigo misma—. Tu secreto está a salvo conmigo.

—No hay ningún secreto —insistí—. Es mi cocina. Puedo usar los electrodomésticos si quiero.

—Claro que puedes. —Se despegó del marco de la puerta—. Sobre todo los que te hacen sonreír así.

—No estoy sonriendo.

—Ahora sí. —Me guiñó un ojo y desapareció por el pasillo, dejándome a solas con un café perfecto y la inquietante revelación de que tenía razón.

Estaba sonriendo. Y parecía que no podía parar.

10

RILEY

Dejé a Grace con sus cosas y me retiré a la sala con mi cuaderno de dibujo. Dos horas y varios garabatos después, seguía sin avanzar nada con mi último encargo. La página en blanco se burlaba de mí mientras tamborileaba el lápiz contra mis dientes.

—Concéntrate, Quinn —mascullé para mis adentros.

Me estiré, pensando que un cambio de aires podría ayudar. ¿Quizá la mesa de la cocina? Junté mis materiales y me dirigí hacia allá, pero me detuve en seco al ver un montón de papeles esparcidos sobre la superficie, que normalmente estaba impecable.

Grace debió de haber estado trabajando aquí antes. Pero ella nunca dejaba las cosas fuera de su lugar. Qué raro.

Estaba a punto de seguir de largo cuando un nombre me saltó a la vista: Scarlet Aster.

El corazón me dio un vuelco. La identidad secreta de Grace estaba ahí, sobre la mesa de la cocina: páginas reales de su próximo libro. Miré de reojo por el pasillo hacia la puerta de su estudio. Seguía cerrada.

No debería ver. De verdad que no debería.

Vi.

«Solo una ojeadita», me dije mientras dejaba mi cuaderno de dibujo y tomaba la primera hoja. El encabezado decía: «Capítulo quince - Borrador 3».

Vivian apoyó la frente en el cristal frío de la ventana, observando cómo las gotas de lluvia competían por bajar más rápido por el vidrio. Detrás de ella, la voz de Eliza era suave pero insistente.

—No podemos seguir con esto.

—Ya sé —susurró Vivian, pero no se dio la vuelta. No soportaría ver la resignación en los ojos de Eliza. Era más fácil observar la tormenta, contar los segundos entre el relámpago y el trueno, concentrarse en cualquier cosa que no fuera el dolor que se extendía por su pecho.

—Entonces, ¿por qué no luchas por nosotras? —preguntó Eliza—. ¿Por qué siempre te vas cuando las cosas se ponen serias?

Vivian cerró los ojos.

—Porque no sé cómo quedarme.

Me dejé caer en una silla, completamente absorta. Las palabras me atraparon; la emoción era tan cruda que me dolió el pecho. Pasé a la siguiente página, y luego a la otra.

—Dime qué quieres —dijo Eliza, acercándose un paso más—. Solo una vez, Vivian. Sé honesta.

A Vivian le temblaban las manos. Tenía las palabras atoradas en la garganta como si fueran trozos de vidrio. Si las decía, todo cambiaría. Si no lo hacía, perdería a Eliza para siempre.

—Yo quiero…

—¿Qué demonios estás haciendo?

Di un respingo y las hojas se desperdigaron por la mesa. Grace estaba de pie en el umbral de la puerta, con el rostro pálido de furia.

—Yo… lo siento —tartamudeé—. Es que estaban aquí, y yo…

—Eso es privado. —Su voz era puro hielo. Avanzó a grandes zancadas y me arrebató las páginas de las manos—. No tenías ningún derecho.

—Lo sé. Perdón. —Me puse de pie, inundada de culpa—. Pero, Grace, es muy bueno. O sea, de verdad muy bueno.

—Ese no es el punto. —Se apretó las hojas contra el pecho como si fueran un escudo—. Esto no está publicado. No está listo.

—¿Alguna vez lo está? —pregunté con suavidad—. ¿O solo te da miedo que la gente lo vea?

Entrecerró los ojos.

—No sabes de lo que estás hablando.

—¿Ah, no? —incliné la cabeza—. Tus personajes son iguales, ¿sabes? A todas les aterra pedir lo que quieren.

Se quedó helada.

—¿Perdón?

—Vivian en este capítulo. Josephine en *Mareas de medianoche*. Claire en *El arte de dejar ir*. Todas desean algo con desesperación, pero prefieren sufrir en silencio antes que arriesgarse al rechazo. —La miré a los ojos—. Es hermoso, pero me rompe el corazón cada vez que lo leo.

Grace me miró fijamente, con una expresión indescifrable. Por un momento, pensé que me iba a echar de su casa en ese mismo instante.

GRACE

Me le quedé viendo a Riley, aferrando las hojas de mi manuscrito con tanta fuerza que se arrugaron. El corazón me martilleaba contra las costillas mientras me invadía el horror de haber sido descubierta.

—Grace… —La voz de Riley era más suave ahora—. De verdad lo siento. No debí leerlo sin preguntar.

No podía hablar. Nadie, salvo mi hermana, sabía de la existencia de Scarlet Aster. Ni mis colegas del despacho, ni mis amigas, ni siquiera mi ex prometida. Mi escritura era el único lugar donde podía ser un desastre, donde podía explorar emociones que nunca me permitía sentir en la vida real.

Y ahora Riley —*la caótica Riley, la que no respetaba límites*— me había calado por completo.

«Todas desean algo desesperadamente, pero prefieren sufrir en silencio antes que arriesgarse al rechazo».

Sus palabras resonaron en mi cabeza, incómodamente certeras.

—Necesito que te vayas —logré decir al fin, con la voz tensa.

Riley parpadeó.

—¿Que me vaya del departamento?

—Solo… dame espacio. Por favor.

Ella asintió y tomó su cuaderno de bocetos.

—Por si sirve de algo, escribes hermoso. Me hizo sentir… vista.

Desapareció por el pasillo, dejándome a solas con mis hojas esparcidas y mis pensamientos a mil.

Me dejé caer en una silla, mortificada. Se suponía que Scarlet Aster era mi identidad secreta, mi escape de las rígidas restricciones de la vida de Grace Albright. Y ahora Riley lo sabía.

Peor aún, había leído mi trabajo sin terminar: las partes más crudas y vulnerables de mí que había plasmado en el papel. ¿Y lo peor de todo? Tenía razón sobre mis personajes.

Pasé el resto del día en mi estudio con la puerta bien cerrada, fingiendo trabajar en los informes del caso Harrison. Pero en lugar de eso, no dejaba de pensar en lo que Riley había dicho. Sobre Vivian. Sobre Josephine. Sobre Claire.

Sobre mí.

A las nueve de la noche, el departamento estaba en silencio. Fui a la cocina de puntillas para prepararme un té, aliviada de encontrarla vacía. Había un post-it amarillo pegado en el refrigerador.

Me quedo en casa de Kira esta noche. Espacio concedido, como solicitaste. —R

P.D. De verdad lo siento.

Me preparé el té y volví a mi estudio. Abrí mi laptop y el manuscrito apareció en la pantalla. El capítulo quince me devolvió la mirada; la escena que Riley había leído. La releí, intentando verla a través de sus ojos.

Vivian, temerosa de admitir lo que quería. Eliza, rogándole que fuera honesta. La tensión del deseo no expresado. Era buena escritura, pero era escritura segura. Había detenido la escena justo en el momento de vulnerabilidad, justo antes de que Vivian pudiera expresar sus anhelos.

Justo como siempre hacía yo.

Coloqué los dedos sobre el teclado y empecé a escribir.

—Quiero… —La voz de Vivian se quebró. Se apartó de la ventana para encarar por fin a Eliza—. Quiero dejar de huir. Quiero quedarme. Te quiero a ti, aunque me aterre.

Eliza se acercó, lo suficiente para que Vivian pudiera ver los destellos dorados en sus ojos, el ligero temblor de su labio inferior.

—Entonces quédate —susurró Eliza—. Elígeme a mí. Elígenos a nosotras.

Vivian extendió la mano y sus dedos rozaron la mejilla de Eliza.

—Te estoy eligiendo a ti —dijo—. Estoy eligiendo ser valiente.

Dejé de teclear, con el corazón desbocado. La escena se sentía distinta, cruda y honesta de una manera que mi escritura rara vez lograba. Había empujado a Vivian más allá de su miedo, más allá del punto en el que normalmente la dejaba retirarse.

Guardé el archivo y cerré la laptop, inquieta por lo mucho que ese pequeño cambio me había afectado. No solo estaba escribiendo el avance de Vivian, estaba escribiendo el mío.

A la mañana siguiente, me desperté temprano y fui a la cocina. El departamento seguía en silencio; Riley no había vuelto. Sentí una punzada de culpa por haberla corrido.

Me preparé un café en la ridícula máquina que ella había instalado, la que llamaba su «santuario del café». Era excesiva y ocupaba demasiado espacio en la barra, pero el café, debía admitirlo, era perfecto.

Mientras daba un sorbo en mi habitual taza blanca y minimalista, vi un paquete en la barra que no estaba ahí la noche anterior. Una pequeña bolsa de regalo con papel de seda asomándose.

Me acerqué con cautela. Tenía una nota pegada: *Ofrenda de paz. —Riley*

Dentro había una taza. Era negra con letras blancas que decían: «CONTROLADORA #1». Me la quedé viendo, sin saber si ofenderme o reírme.

Era inapropiado. Atrevido. Absolutamente correcto.

Para mi propia sorpresa, pasé mi café a la taza nueva. Cuando oí que se abría la puerta principal, la dejé rápidamente sobre la barra.

—¡Ah! Ya te levantaste. —Riley estaba de pie en el umbral, con aire inseguro—. Solo vine por ropa. Me puedo ir si todavía necesitas espacio.

—Está bien —dije, y mi voz sonó más rígida de lo que pretendía —. Tú también vives aquí.

Ella asintió, mirando la taza en la barra. Una pequeña sonrisa asomó en sus labios.

—Entonces… ¿estamos bien?

Suspiré.

—Tus comentarios fueron… útiles. Reescribí la escena.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿En serio? ¡Qué increíble! ¿Puedo leerla?

—Claro que no.

—Justo. —Se recargó en el marco de la puerta—. Por si sirve de algo, no le diré a nadie. Sobre Scarlet Aster. Tu secreto está a salvo conmigo.

Estudié su rostro, buscando alguna señal de falsedad. No encontré ninguna.

—Gracias —dije finalmente—. Y… gracias por la taza.

—La odias —sonrió ella con picardía.

—Es horrenda —admití, tomándola para darle un sorbo deliberado—. Cero profesional.

Riley soltó una carcajada y la tensión entre nosotras por fin se rompió.

—De nada, Albright.

Mientras se dirigía a su habitación, la llamé:

—¿Riley?

Se giró, con las cejas enarcadas.

—Tu cafetera no es del todo espantosa.

Su sonrisa podría haber iluminado el departamento entero.

12

GRACE

Necesitaba un bloc de notas nuevo.

Se suponía que solo sería eso: una visita rápida a la librería un sábado por la tarde para comprar cosas de la oficina. Riley había insistido en acompañarme, diciendo que necesitaba «inspiración creativa», pero en realidad solo quería echar un vistazo a la sección de novelas gráficas. Yo había aceptado porque… bueno, no estaba del todo segura de por qué. Quizá porque el departamento empezaba a sentirse extrañamente vacío cuando ella no estaba.

—Grace, mira esto. —Riley levantó un diario encuadernado en piel con un árbol grabado en la portada—. Lo suficientemente elegante para tus notas de abogada, pero con personalidad.

—Mis notas no necesitan personalidad —dije, examinando una pila de blocs de notas amarillos.

—Todo necesita personalidad. —Me quitó los blocs de la mano y los reemplazó con el diario—. Hasta tú tienes un poco, escondida debajo de todos esos sacos.

Estaba a punto de responder cuando la vi. A Lauren. Parada junto al expositor de los más vendidos, examinando la contraportada de un *thriller*. Se me revolvió el estómago.

—¿Qué pasa? —preguntó Riley, siguiendo mi mirada—. Tienes cara de haber visto un fantasma.

—Peor. A mi ex.

Riley abrió los ojos como platos.

—¿La ex prometida? Mierda, qué guapa es.

—Gracias por tu análisis —mascullé, dándome la vuelta—. Vamos a otra sección.

Demasiado tarde. Lauren levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos. El reconocimiento cruzó su rostro, seguido de esa sonrisa ensayada que yo conocía tan bien: cálida por fuera, calculadora por dentro.

—¿Grace? ¿Eres tú?

Forcé mi cara a adoptar una expresión remotamente amable.

—Lauren. Qué sorpresa.

Se deslizó hacia nosotras, perfecta como siempre con un suéter de cachemira color crema y unos jeans oscuros.

—Han pasado como… ¿dos años? Te ves… bien.

La ligera pausa antes del «bien» fue deliberada. Lauren nunca decía nada sin un propósito.

—Gracias. Tú también. —Me aferré al diario que Riley me había dado, deseando poder esconderme detrás de él.

—Sigo en Harper Collins —dijo, sin que le preguntara—. De hecho, acaban de ascenderme a editora sénior. Y estoy comprometida. —Mostró un anillo de diamantes que hacía que mi antiguo anillo de compromiso pareciera de fantasía—. Melissa fue por un café. Es arquitecta.

Tenía que ser arquitecta.

Asentí, buscando algo que decir que no sonara patético.

—Felicidades. Qué maravilla.

Lauren miró de reojo a Riley, que estaba parada a mi lado, visiblemente incómoda.

—¿Y tú eres…?

Antes de que pudiera presentarla como mi compañera de departamento, Riley pasó su brazo por el mío y se recostó en mi hombro.

—Riley Quinn. La novia de Grace. —Sonrió con picardía—. Ya casi cumplimos ocho meses, ¿verdad, amor?

Casi me atraganto. Riley me apretó el brazo a modo de advertencia.

—Sí —logré decir—. Casi ocho meses.

Lauren enarcó las cejas.

—¡Ah! No sabía que estabas saliendo con alguien.

La mano de Riley se deslizó hasta entrelazarse con la mía. Su palma estaba tibia y sus dedos encajaron entre los míos con una naturalidad sorprendente.

—Nos conocimos en la inauguración de una galería —dijo, soltando la mentira sin el menor esfuerzo—. Grace estaba fingiendo que entendía el expresionismo abstracto.

—No estaba fingiendo —protesté, entrando en el juego a mi pesar—. Solo dije que esa obra en particular parecía algo que mi sobrino podría pintar.

—Y yo le dije que su sobrino debía de ser un genio. —Riley me miró con un cariño tan convincente que se me cortó la respiración—. Luego la invité a tomar un café para educarla sobre arte contemporáneo.

La sonrisa de Lauren se tensó.

—Qué tierno. A Grace siempre le han gustado más los libros que el arte.

—Ah, y le siguen gustando —dijo Riley mientras su pulgar dibujaba pequeños círculos en mi mano—. Pero ahora está abierta a nuevas experiencias. ¿A que sí, amor?

La forma en que dijo «amor» hizo que se me calentara la cara.

—Sí. Muy… abierta.

La novia de Lauren, impecablemente vestida, apareció en ese momento con dos vasos de café.

—Perdón por la tardanza, la fila estaba… —Se interrumpió al vernos.

—Melissa, ella es Grace, una vieja amiga. Y su novia, Riley.

Amiga. No ex prometida. Típico de Lauren.

—Mucho gusto —dijo Melissa, entregándole su café a Lauren—. Aunque ya deberíamos irnos. Quedamos de cenar con tus papás.

Lauren asintió.

—Fue un gusto verte, Grace. Hacen una pareja tan *linda*.

El tono condescendiente en su voz hizo que me pusiera rígida. Antes de que pudiera responder, Riley me acercó más a ella y dijo:

—¡Gracias! Espero que tengas exactamente la boda que te mereces.

El café de Lauren se agitó, peligrosamente cerca del borde del vaso.

—Yo… de verdad deberíamos irnos. Qué gusto verte.

Se alejaron a toda prisa, mientras Lauren le susurraba algo a Melissa. En cuanto estuvieron lo suficientemente lejos para no oírnos, solté la mano de Riley.

—¿Es en serio? —siseé.

Riley soltó una carcajada.

—¡Su cara! Por Dios, valió totalmente la pena.

Intenté sostenerme en mi indignación, pero se me escapó una sonrisa.

—Eso fue… inapropiado.

—Eso fue brillante —corrigió, todavía con una sonrisa de oreja a oreja—. Y de nada, por cierto. Claramente estaba tratando de hacerte sentir menos.

Suspiré y por fin sentí que la tensión abandonaba mis hombros.

—Gracias. Por salvarme así. En serio.

—Cuando quieras, Albright. —Sus ojos se encontraron con los míos, llenos de una calidez que no supe cómo nombrar—. Y que conste que es una idiota por haberte dejado ir.

Bajé la mirada hacia el diario que todavía tenía en las manos, sin saber qué responder.

—Voy a comprarlo —dije finalmente.

—¿Ves? Sabía que tenías buen gusto por ahí escondido.

Salimos de la librería juntas, con el corazón todavía martillándome en el pecho. Riley caminaba a mi lado, dando saltitos y con una expresión demasiado satisfecha.

Negué con la cabeza, aún con la adrenalina vibrándome en el cuerpo.

—Necesito algo dulce. O alcohol. O las dos cosas.

—De lo dulce me encargo yo. —Riley señaló al otro lado de la calle, donde había una cafetería estilo retro con letreros de neón en los ventanales—. Preparan unas malteadas que te dan diabetes con solo verlas.

—Perfecto.

Cinco minutos después, nos deslizamos en uno de los gabinetes de vinipiel roja. Riley pidió algo llamado «El Fregadero», una monstruosidad que llevaba tres sabores de helado, crema batida y lo que parecía ser el inventario completo de una dulcería.

—¿Una cuchara o dos? —preguntó la mesera.

Antes de que pudiera contestar, Riley se me adelantó.

—Dos, por favor. Mi novia dice que no le gusta lo dulce, pero de todas formas siempre me roba la mitad.

La mesera sonrió y se fue. Le levanté una ceja a Riley.

—¿Novia?

—Hay que mantener las apariencias —dijo con un guiño—. Lauren podría entrar en cualquier momento.

—¿En una cafetería a varias cuadras de la librería?

Riley se encogió de hombros.

—Nunca se sabe. El radar de las ex prometidas nunca falla.

Me recargué en el respaldo del gabinete.

—¿Cómo supiste que era mi ex prometida? Nunca te lo dije.

—No hizo falta. —Riley jugueteó con su servilleta—. Por la forma en que la miraste después de su comentario del compromiso. Como si todavía tuviera el poder de lastimarte.

Algo en su tono me hizo levantar la vista. Su picardía habitual se había desvanecido, reemplazada por una expresión más suave.

—Bueno —dije en voz baja—, gracias. Por rescatarme.

La malteada llegó en un vaso altísimo con dos popotes de rayas que sobresalían de la crema batida. Riley la empujó hacia el centro de la mesa.

—Por las novias falsas —dijo, inclinándose para darle un sorbo.

Dudé un segundo y luego me incliné yo también. Nuestras frentes casi se tocaron mientras bebíamos de nuestros popotes. La malteada era absurdamente dulce, pero no me aparté.

—Y bien… —dijo Riley, limpiándose un bigote de crema batida—, ¿cuál es la historia con Lauren, la Reina de Hielo?

Debería haberme ofendido por su indiscreción, pero en vez de eso, me encontré respondiendo.

—Estuvimos juntas tres años. Comprometidas uno. Quería que fuera alguien que no soy.

—¿Que sería…?

—Más tierna. Más emocional. Menos… —hice un gesto vago hacia mí misma— yo.

Riley me estudió por encima de la malteada.

—Eso es una estupidez. Tú eres genial.

El simple cumplido me tomó por sorpresa.

—También quería que dejara de escribir. Dijo que era una distracción de mi verdadera carrera.

Los ojos de Riley se abrieron como platos.

—¿La tipa salió con Scarlet Aster y quería que dejara de escribir? Es como salir con Picasso y pedirle que le baje a las figuritas.

Me reí a mi pesar.

—Difícilmente soy Picasso.

—Tienes razón. Tus escenas de sexo son mucho mejores que las suyas.

Me atraganté con la malteada y se me metió crema batida por la nariz. Me ardió, haciéndome toser y reír al mismo tiempo. Riley me pasó una servilleta, sonriendo triunfal.

—¡Ahí está! Es lo más humana que te he visto desde que te conocí.

Me limpié la nariz, muerta de vergüenza.

—Se me está saliendo la malteada por la nariz. ¿Esa es tu definición de ser humana?

—Absolutamente. —Se inclinó hacia adelante, con un brillo en la mirada—. Siempre eres tan perfecta. Es agradable verte hecha un desastre.

Algo cambió entre nosotras entonces; pude sentir una sutil alteración en el aire. Su mirada se desvió a mis labios por un instante antes de volver a mis ojos.

—Deberíamos irnos a casa —dije, con la voz inesperadamente ronca.

El camino de regreso fue silencioso. Riley tarareaba las canciones de la radio, tamborileando los dedos en su muslo. Yo mantuve la vista en el camino, hiperconsciente de su presencia a mi lado.

Cuando nos estacionamos en nuestro lugar, ninguna de las dos se movió para salir. De repente, el coche se sentía pequeño, íntimo.

—Fue divertido —dijo Riley en voz baja—. Ser tu novia por un día.

Me giré para verla. La luz de un farol le dejaba media cara en la sombra, pero pude ver su sonrisa; no la de oreja a oreja de siempre, sino una más vacilante.

—Fue más fácil de lo que esperaba —admití.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Sí?

—Sí.

Nos quedamos así, suspendidas en el momento. Sentí que me inclinaba hacia ella, atraída por una fuerza invisible. Sus labios se entreabrieron y me pregunté a qué sabrían. *Seguro que a dulce por la malteada, y quizá un poco a salado por los pretzels que comió en el camino.*

Mi celular vibró con fuerza en el portavasos entre nosotras. Ambas dimos un respingo, rompiendo el hechizo.

—Debería… —hice un gesto vago hacia el edificio.

—Claro. Yo también.

Caminamos hasta el elevador en silencio, manteniendo con cuidado el espacio entre nosotras. Mientras las puertas se cerraban, Riley habló sin mirarme.

—Para que conste, creo que Lauren era una idiota.

Sonreí ante nuestro reflejo en las pulidas puertas del elevador.

—Eso ya lo habías dicho.

—Bueno, vale la pena repetirlo.

Cuando llegamos a nuestro piso, nos separamos hacia nuestros respectivos cuartos con un torpe «buenas noches». Cerré mi puerta y me recargué en ella, con el corazón desbocado.

Había pasado todo el día fingiendo que Riley era mi novia.

El problema era que no había estado fingiendo en absoluto.

13

GRACE

No era mi intención espiarla.

Todo empezó de forma bastante inocente. Tenía que preguntarle a Riley sobre el recibo de la luz, que había llegado con un saldo inesperadamente alto. Culpaba que estuviera cargando diez aparatos diferentes todo el tiempo y la serie de luces que había instalado en su recámara sin permiso.

Al acercarme a su puerta, oí su voz: animada, cálida… *y extrañamente profesional*.

—Para quienes se acaban de unir al *stream*, estoy trabajando en la página diecisiete de «Corazones tintados». Dejamos a Zoe y a Parker en medio de su primera conversación de verdad, y ahora Parker está a punto de enseñarle a Zoe su estudio.

Me quedé helada. Riley estaba transmitiendo en vivo. Sabía que había mencionado que hacía *streams* de arte de vez en cuando, pero nunca la había visto hacer uno. La curiosidad me venció y me recargué en la pared, junto a la puerta entreabierta, para escuchar.

—Alguien pregunta si Parker está basada en mí. Pues sí, obvio —se rio—. ¿La artista bisexual caótica con problemas de compromiso? ¿Quién más podría ser?

Oí el rasguño de su pluma sobre el papel, el ocasional clic de su tableta.

—¿Y Zoe? No, Zoe no está basada en nadie en específico. Es solo… ya sabes, ¿esa persona que parece tener todo bajo control

por fuera, pero que en secreto es un desastre? Me encantan esas personas. Son como regalos elegantemente envueltos con bombas de confeti adentro.

Algo en su descripción hizo que me moviera, incómoda.

—Como sea, estoy dibujando la parte en la que Parker le enseña a Zoe sus cuadros y Zoe se da cuenta de que varios de ellos están inspirados en ella. Es la primera vez que Zoe entiende que Parker la ha estado observando todo este tiempo. No de una forma rara, sino de esa manera en que simplemente no puedes evitar fijarte en alguien.

Me sorprendí a mí misma acercándome sigilosamente a la puerta, tratando de vislumbrar lo que dibujaba. La puerta rechinó un poco.

—Esperen, chat —dijo Riley—. Creo que mi *roomie* ya llegó.

Debí haberme alejado. En lugar de eso, abrí la puerta y entré.

—Perdón —dije—. Solo… iba pasando.

Riley estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, rodeada de un nido caótico de materiales de arte. Su laptop estaba apoyada en una pila de libros, en un ángulo que dejaba ver sus manos y la tableta de dibujo en su regazo. Llevaba el pelo recogido en un chongo despeinado y una camiseta salpicada de pintura que decía: «Dibújame como a una de tus chicas francesas».

—¡Hola, Grace! —sonrió, sin parecer ni remotamente avergonzada de que la hubiera cachado—. ¿Quieres unirte al *stream*? Chat, ella es mi *roomie*.

—No, yo… —empecé a retroceder, pero entonces vi su pantalla.

La imagen que estaba dibujando mostraba a dos mujeres en lo que parecía un estudio de arte. Una —claramente Parker— tenía el pelo alborotado y la ropa manchada de pintura. La otra llevaba una impecable camisa de botones y pantalones de vestir, con el pelo recogido en un perfecto chongo bajo.

Se parecía increíblemente a mí.

—Es… —me interrumpí.

Riley siguió mi mirada y tuvo la decencia de parecer un poco culpable.

—No eres exactamente tú. Solo… está inspirada en ciertos elementos.

Debería haberme enojado. Se sentía como una invasión a mi privacidad, usar mi imagen sin permiso. Pero otra cosa me llamó la atención: la forma en que el personaje de Parker miraba al de Zoe. Con una admiración tan desnuda. Como si estuviera memorizando cada detalle.

—Puedes ver si quieres —dijo Riley, señalando el espacio a su lado en la cama—. Estoy tratando de decidir cómo sigue esta escena. Parker está tratando de mostrarle a Zoe que la ve —*que la ve de verdad*—, pero a Zoe le aterra quedar expuesta.

Dudé un segundo y luego me senté con torpeza en el borde de su cama.

—¿Y cómo responde Zoe?

El rostro de Riley se iluminó.

—¡Justo en eso estoy atorada! En mi esquema, se pone a la defensiva y se va, pero eso se siente… no sé. ¿Demasiado predecible?

La observé dibujar, añadiendo detalles a la escena del estudio. Las paredes estaban cubiertas de cuadros, remolinos abstractos de color, pero con elementos reconocibles. El perfil de una mujer. Unas manos sosteniendo un libro. Una silueta junto a una ventana.

—¿Y si… —dije lentamente—, no se va de inmediato? ¿Y si está atónita, pero también… secretamente complacida de que alguien le haya estado prestando atención?

Riley ladeó la cabeza, considerándolo.

—¿Crees que le gustaría que la vieran? ¿Incluso las partes que intenta ocultar?

Nuestras miradas se encontraron y, por un momento, me olvidé de la transmisión, del dibujo, de todo, excepto de la pregunta que flotaba entre nosotras.

—Creo —dije con cuidado— que todo el mundo quiere que lo vean. Aunque sea aterrador.

La expresión de Riley se suavizó. Se giró de nuevo hacia su tableta y empezó a dibujar, añadiendo una nueva viñeta donde Zoe estaba más cerca de Parker, examinando uno de los cuadros.

—¿Qué diría? —preguntó Riley, sin levantar la vista.

Lo pensé.

—Tal vez algo como: «Hiciste que me viera… más valiente de lo que soy».

El lápiz de Riley se detuvo.

—Y Parker respondería: «Te dibujo como te veo».

Dibujó rápidamente los globos de diálogo y luego me miró con una sonrisa que me oprimió el pecho.

—Eso es perfecto —dijo en voz baja.

Me quedé viendo cómo trabajaba durante la siguiente hora, olvidándome por completo del recibo de la luz. El público de la transmisión parecía encantado con mi presencia, sobre todo cuando empecé a ofrecer sugerencias para los diálogos. Riley incorporaba mis ideas a la perfección, mirándome de vez en cuando con una expresión que no pude descifrar.

Cuando por fin terminó el *stream*, estiró los brazos por encima de la cabeza y se volteó hacia mí.

—Gracias por ayudarme. Ha sido la sesión más productiva que he tenido en semanas.

—Estuvo padre —admití—. Ver tu proceso.

Recogió sus plumas y las guardó en un estuche.

—Entonces, ¿no estás enojada? ¿Por lo de Zoe?

Debería estarlo. Pero no lo estaba.

—No —dije—. Pero me reservo el derecho de vetar cualquier escena en la que haga algo vergonzoso.

Riley se rio.

—Trato hecho. Aunque… —dudó un instante y luego me miró directamente a los ojos—. La cosa es, Grace, que no creo que pudieras hacer el ridículo ni aunque lo intentaras.

El cumplido me tomó por sorpresa, cálido e inesperado.

—Te sorprenderías —dije en voz baja.

Regresé a mi cuarto, pero fui incapaz de concentrarme en el informe que tenía que revisar. En cambio, mi mente no dejaba de volver a las viñetas que Riley había dibujado, a Parker y a Zoe, a la forma en que Parker miraba a Zoe con esa admiración tan abierta.

A la forma en que Riley a veces me miraba cuando creía que yo no me daba cuenta.

ESTABA en la cocina preparándome un té cuando Riley salió de su cuarto, cerca de la medianoche, abrazada a su tableta como si fuera un escudo.

—Oye —dijo, asomada en el umbral—. ¿Te puedo enseñar algo?

—¿Es otra reorganización de mi especiero? Porque todavía no me recupero del incidente de la clasificación por colores.

—Eso tenía todo el sentido del mundo y lo sabes. —Se acercó, jugueteando con el borde de la funda de su tableta—. Es… una viñeta que acabo de terminar. Para el cómic.

Asentí, curiosa por su nerviosismo.

—Claro.

Me entregó la tableta e inmediatamente se dio la vuelta para tomar una taza de la alacena, ocupándose con la tetera eléctrica.

Bajé la mirada a la pantalla y sentí que se me cortaba la respiración.

Era yo, sin lugar a dudas. No el personaje de Zoe, sino *yo*. Estaba sentada en nuestro balcón, con un libro abierto en el regazo, pero no estaba leyendo. En lugar de eso, miraba las luces de la ciudad con una sonrisa pequeña y personal. Tenía el pelo suelto sobre los hombros y me veía… feliz. En paz. La viñeta se titulaba simplemente «Grace».

Pero lo que me dejó sin aliento fue la forma en que había dibujado mis ojos. Eran suaves, sin barreras. Llenos de algo que se parecía sorprendentemente al amor.

Me quedé sin palabras.

—Es solo un boceto —dijo Riley deprisa, todavía de espaldas mientras servía el agua caliente en su taza—. Estaba probando unos pinceles nuevos y…

—Es hermoso —dije en voz baja.

Entonces se giró, buscando mi reacción en mi cara.

—¿Sí?

—Sí. —Le devolví la tableta, con cuidado de que nuestros dedos no se rozaran—. Tienes mucho talento, Riley.

Un rubor le subió por el cuello.

—Gracias. No suelo enseñarle mis bocetos personales a nadie.

—¿Por qué me lo enseñaste a mí?

Se encogió de hombros, pero el gesto se sintió cargado de significado.

—Supongo que quería que vieras cómo te veo yo.

El aire entre nosotras cambió, cargado de algo a lo que no estaba lista para ponerle nombre.

—Debería volver al trabajo —dije, aunque era lo último que quería hacer.

—¿Quieres llevarte el té al sillón? —dijo Riley—. Iba a poner un capítulo de ese programa de pasteles que finges que no te gusta.

Dudé un instante y luego asentí.

—Un capítulo.

Nos sentamos en extremos opuestos del sillón, sin tocarnos, pero lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradiaba su cuerpo. En la pantalla, unos pasteleros montaban pasteles elaboradísimos mientras un cronómetro corría en cuenta regresiva.

—Eso es estructuralmente inestable —comenté, cuando una concursante puso una escultura de chocolate sobre una torre precaria.

—Mira quién habla, la mujer que intentó hacer hot cakes con proteína en polvo.

—Eso fue un experimento culinario legítimo.

—Fue un crimen contra el desayuno.

Me reí a mi pesar y, en respuesta, a Riley se le arrugaron las esquinas de los ojos. Algo cálido se expandió en mi pecho.

Caímos en un silencio cómodo. El espacio entre nosotras en el sillón se sentía a la vez demasiado grande y no lo suficiente. Yo era dolorosamente consciente de cada pequeño movimiento que hacía. La forma en que metía los pies debajo de su cuerpo, cómo se enroscaba un mechón de pelo en el dedo cuando se concentraba.

Pensé en el dibujo que me había enseñado. En cómo me veía ella.

Un peso suave aterrizó en mi regazo y me sacó de mis pensamientos. Bajé la vista y encontré a Milo, el eterno gato naranja

y arisco de Riley, acurrucándose sobre mis piernas.

—Qué… —Me quedé helada, temiendo que cualquier movimiento lo asustara.

Los ojos de Riley se abrieron de par en par.

—No manches.

—¿Qué hago? —susurré, con las manos suspendidas torpemente sobre el gato.

—Acarícialo, mensa. —Riley sonreía de oreja a oreja—. Esto es algo importante. Lleva semanas evitándote.

Con cautela, bajé la mano para acariciar la cabeza de Milo. Él respondió con un ronroneo profundo que vibró contra mis piernas.

—Mira nomás —susurró Riley, como si temiera romper el hechizo —. Milo el Magnífico ha otorgado su aprobación real.

Seguí acariciando el suave pelaje del gato, sintiéndome extrañamente complacida.

—Es un honor.

—Pues deberías sentirlo. Le bufó a mi exnovia durante seis meses seguidos.

Mis dedos vacilaron en su ritmo al oír la palabra «exnovia», y Milo emitió un pequeño sonido de protesta. Reanudé las caricias de inmediato.

—Claramente tiene un gusto excelente —dije, intentando sonar casual.

—En ti, quizá. —Riley resopló—. Sus otros pasatiempos incluyen tomar agua de la taza del baño y atacar su propio reflejo.

—Un gato renacentista.

—No lo puedo creer —dijo Riley, recorriéndose en el sillón para observar el milagro—. Llevo semanas intentando que le caigas bien.

Enarqué una ceja.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. —Parecía un poco avergonzada—. Quería que se llevaran bien.

—¿Por qué?

—Porque… —Dejó la frase en el aire y se encogió de hombros—. No sé. Me importa lo que él piensa.

Le sonreí a Milo, que había empezado a amasar mi muslo con sus garras.

—¿Pues cómo no le iba a caer bien?

Como Riley no respondió, levanté la vista y la encontré observándome con una expresión inusualmente seria.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —dijo, demasiado rápido—. Solo que… es lo que me he estado preguntando.

El aire entre nosotras se espesó. Tragué saliva.

—¿Sobre si le gusto al gato?

—Sobre si me gustas tú.

Las palabras quedaron flotando en el aire, imposibles de ignorar. El corazón me latía con fuerza contra las costillas.

—Riley…

—Ya sé, ya sé —me interrumpió, levantando las manos—. El acuerdo de *roomies*, regla número cinco, nada de enredos románticos. Lo firmé con marcatextos morado y todo.

—Así es —asentí en voz baja.

—Y no estoy tratando de volver las cosas raras. Solo… —Suspiró, pasándose una mano por el pelo—. Supongo que solo digo que entiendo por qué le gustas a Milo. Eso es todo.

Miré al gato, ahora profundamente dormido en mi regazo, y sentí una extraña oleada de valentía.

—Sabes —dije con cuidado—, cuando redacté ese acuerdo, estaba tratando de protegerme.

—¿De qué?

—De… —Dudé, buscando las palabras adecuadas—. De cualquier cosa que pudiera complicar mi vida cuidadosamente ordenada.

Una comisura de los labios de Riley se curvó hacia arriba.

—Como yo.

—Como tú —admití—. Eres la complicación hecha persona.

—Vaya, gracias.

—No era un insulto. —Acaricié las orejas de Milo, concentrándome en su suave pelaje en lugar de en los ojos de Riley —. Me he pasado toda la vida evitando las complicaciones. Las emociones caóticas. Lo impredecible.

—¿Y qué tal te ha funcionado eso? —preguntó ella con delicadeza.

La miré entonces, encontrándome con su mirada.

—Bueno, tengo a una artista caótica y a su gato que bebe de la taza del baño en mi sala, así que claramente no como lo planeé.

Riley se rio, y el sonido me calentó por dentro.

—Perdón por eso.

—No te disculpes. —Las palabras salieron más suaves de lo que pretendía—. Estoy descubriendo que algunas complicaciones valen la pena.

Sus ojos se abrieron un poco más.

—¿Sí?

Asentí, incapaz de apartar la vista de su cara, de la luz esperanzada en sus ojos, del ligero sonrojo en sus mejillas, de la forma en que sus labios se separaron apenas un poco.

¿Qué estaba haciendo?

Quedarte viendo los labios de tu roomie *era DEFINITIVAMENTE una violación a alguna regla.*

El momento se alargó entre nosotras, delicado y peligroso. Milo se movió en mi regazo, su ronroneo era una vibración constante contra mi muslo. La mirada de Riley permaneció fija en la mía, su expresión tan abierta y vulnerable que tuve que apartar la vista.

—Debería irme a dormir —dije bruscamente, levantando con cuidado a Milo de mi regazo y dejándolo en el cojín a mi lado. Él hizo un pequeño ruido de protesta, parpadeando con ojos acusadores.

—Grace…

—Es tarde —la interrumpí, poniéndome de pie y alisándome los pantalones de la pijama con manos temblorosas—. Y mañana tengo una junta temprano.

La expresión de Riley se ensombreció, pero rápidamente enmascaró su decepción con un encogimiento de hombros casual.

—Cierto. La junta temprano. Cosas de abogadas muy importantes.

—Sí. —Di un paso atrás, necesitando distancia de ella, de este momento y de lo que fuera que se estaba construyendo entre nosotras—. Exacto.

—Grace —intentó de nuevo, esta vez más suave—. Podemos hablar de esto. No tiene por qué ser la gran cosa.

Pero lo era. Ya era algo muy grande, y eso me aterraba.

—No hay nada de qué hablar —insistí, retrocediendo otro paso hacia el pasillo—. Somos *roomies*. Eso es todo.

Riley ladeó la cabeza, estudiándome con esos ojos perceptivos que siempre parecían ver a través de mis muros cuidadosamente construidos.

—¿De verdad eso es todo lo que somos?

—Sí —dije con firmeza, aunque algo dentro de mí protestó contra la mentira—. Eso fue lo que acordamos.

—Los acuerdos se pueden modificar —replicó ella, poniéndose también de pie—. Es derecho contractual básico, ¿no? Tu mero mole.

Negué con la cabeza.

—Este no.

—¿Por qué no?

—Porque… —Me detuve, luchando por articular el miedo que se agitaba en mi estómago—. Porque no funcionaría.

Riley dio un paso cauteloso hacia mí.

—¿Cómo lo sabes si ni siquiera quieres intentarlo?

—Me conozco —dije, retrocediendo hasta que sentí la pared a mi espalda—. Y sé cómo acaba esto.

—¿Cómo acaba *qué*?

—Esto. —Hice un gesto vago entre las dos—. Lo que sea que crees que está pasando aquí. Acaba con alguien lastimado.

La expresión de Riley se suavizó.

—No todo tiene que acabar mal, Grace.

—En mi experiencia, sí. —La confesión se me escapó antes de que pudiera detenerla.

Se quedó callada un momento, absorbiendo mis palabras. Luego suspiró, pasándose una mano por su ya desordenado cabello.

—Está bien. Entiendo. Tienes miedo.

—No tengo miedo —protesté automáticamente—. Estoy siendo práctica.

—Claro. —Sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos—. Práctica.

Milo saltó del sofá y se acercó para enroscarse en los tobillos de Riley. Ella se agachó para levantarlo, enterrando brevemente la cara en su pelaje naranja.

—Para que conste —dijo, con la voz ligeramente ahogada—, creo que vales la pena el riesgo.

Sentí una opresión dolorosa en el pecho. Nadie me había dicho algo así antes; como si yo fuera algo precioso, algo por lo que valía la pena arriesgarse a pesar del potencial de salir con el corazón roto.

Sería tan fácil dar un paso adelante, cerrar la distancia entre nosotras y descubrir cómo se sentían los labios de Riley contra los míos. Dejarme caer en lo que fuera que esto se estaba convirtiendo.

Pero no podía. No lo haría.

—Necesito irme a la cama —dije con firmeza, abrazándome a mí misma—. Buenas noches, Riley.

Ella asintió, aceptando mi retirada con una elegancia que yo no merecía.

—Buenas noches, Grace.

Me di la vuelta y caminé por el pasillo; cada paso requería un esfuerzo consciente. Cuando llegué a mi cuarto, cerré la puerta y me apoyé en ella, con los ojos fuertemente cerrados.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué huía de la única persona que me hacía sentir viva por primera vez en años?

Porque sentirse viva significaba sentirlo todo, incluido el dolor. Y yo ya había tenido suficiente dolor para toda una vida.

Fui a mi escritorio y abrí mi laptop, necesitaba perderme en el trabajo en lugar de enfrentar las emociones que se arremolinaban dentro de mí. Pero en lugar de los archivos de mis casos, me encontré abriendo un nuevo documento.

Mis dedos flotaron sobre el teclado un momento antes de que empezara a escribir:

Huyó porque quedarse significaba vulnerabilidad. Significaba abrirse a la posibilidad del amor, sí, pero también a la certeza de un eventual dolor. Y ella había construido toda su vida para evitar el

dolor a toda costa, incluso si eso significaba evitar también la alegría.

Me quedé mirando las palabras en la pantalla, reconociéndome en ellas con una claridad incómoda. Era exactamente el tipo de personaje sobre el que escribía en mis novelas: mujeres con miedo a correr riesgos emocionales, a luchar por lo que de verdad querían.

¿De verdad iba a ser ese cliché? ¿La autora incapaz de seguir el viaje de sus propios personajes hacia la valentía emocional?

Cerré el documento sin guardarlo y bajé la tapa de la laptop con más fuerza de la necesaria. Luego, me metí en la cama, subiendo las sábanas hasta la barbilla como si pudieran protegerme de mis propios sentimientos.

En la silenciosa oscuridad, todavía podía oír el eco de las palabras de Riley: *Creo que vales la pena el riesgo*.

Si tan solo pudiera creérmelo yo misma.

14

RILEY

UNA SEMANA. Siete días enteros en los que Grace a duras penas me veía a los ojos. Siete mañanas en las que tomaba su café y se esfumaba antes de que yo terminara de servirme el mío. Siete noches escuchando el clic de la puerta de su recámara justo cuando yo salía de la mía.

Me estaba volviendo loca.

Estaba sentada en mi cama con las piernas cruzadas, dibujando distraídamente mientras hablaba por FaceTime con Ari, mi mejor amiga desde la universidad de arte. Mi cuaderno de dibujo estaba lleno de la misma cara —la de Grace— con un sinfín de expresiones. Riendo, con la cabeza echada hacia atrás. Concentrada, con esa pequeña arruga que se le formaba entre las cejas. Mirándome con esos ojos que decían todo lo que su boca callaba.

—¿O sea que llevas semanas viviendo en una comedia romántica y ni se te ocurrió contarme? —La cara indignada de Ari llenaba la pantalla de mi celular—. ¿Tuve que enterarme de tu situación con la *roomie* guapísima por una historia de Instagram sobre sus especias en orden alfabético?

—No es una comedia romántica —mascullé, borrando una línea con más fuerza de la necesaria—. Es más bien una película de terror donde dos personas están atrapadas en un departamento y una de ellas se está muriendo lentamente de incomodidad.

—¿No serás un poco dramática?

—Literal, adelantó su alarma treinta minutos para no toparse conmigo en la mañana.

Ari soltó un silbido.

—Vaya, eso sí es dedicación.

—He intentado de todo —dije, cerrando el cuaderno de golpe—. Le preparé su café favorito, limpié el baño sin que me lo pidiera, ¡hasta dejé de usar su aceite de oliva carísimo para freír huevos!

—¡Qué sacrificio!

—Hablo en serio, Ari. No sé qué hacer. Me gusta vivir aquí. Me gusta… —me interrumpí.

—Te gusta ella —terminó Ari por mí.

Me dejé caer de espaldas sobre las almohadas.

—No importa. Ya dejó muy claro que no le intereso.

—¿Te lo dijo así, con esas palabras?

—Dijo, y cito: «Somos *roomies*. Y ya está» —imité el tono preciso y cortante de Grace.

—Mmm… —Ari pareció meditarlo—. ¿Sabes qué necesitas?

—¿Una máquina del tiempo para no enamorarme de mi *roomie* estirada?

—Una cita.

Parpadeé.

—¿Una qué?

—Una cita. Con alguien que no sea Grace. Alguien que de verdad quiera salir contigo.

—¿Esa es tu solución? ¿Salir con alguien más para superar mi *crush* por mi *roomie*?

Ari asintió con énfasis.

—Es perfecto. O conoces a alguien increíble y te olvidas de Grace, o te ve arreglándote para una cita supersexy y se da cuenta de lo que se está perdiendo.

Lo consideré.

—Esa… la verdad no es la peor idea que has tenido.

—Soy un genio, ya sé —se pavoneó Ari—. ¿Qué tal la artista superlinda que conociste en la exposición de Dan? ¿La del *piercing* en el septo? ¿No me acabas de decir que hicieron *match* en una app?

—¿Ash? —Me imaginé su sonrisa amigable, su risa fácil—. No sé…

—¿Qué es lo peor que puede pasar? Pasas una noche agradable, comes rico, chance y hasta se besan un poco.

Me mordí el labio.

—¿Y lo mejor que podría pasar?

—Que te enamores perdidamente y vivan felices para siempre, obvio.

—¿Con Ash o con Grace? —pregunté con sequedad.

—Con quien te merezca —me señaló a través de la pantalla—. Pero no lo vas a saber si no te arriesgas.

Cuando colgamos, me quedé mirando el techo, sopesando mis opciones. Tal vez Ari tenía razón. Tal vez necesitaba dejar de obsesionarme con alguien que claramente no quería lo mismo que yo.

Agarré el celular y abrí Instagram para buscar el perfil de Ash. Antes de poder pensarlo demasiado, le envié un mensaje directo:

Oye, pregunta superrandom, pero ¿te gustaría que fuéramos a cenar algún día? En plan cita, no en plan "necesito más café".

Lancé el teléfono a un lado, arrepintiéndome al instante de todo. Pero vibró casi de inmediato con una respuesta:

¡Pensé que nunca me lo ibas a pedir! ¿Mañana en la noche?

Bueno. Pues ya estuvo.

15

GRACE

No levanté la vista de la laptop cuando Riley salió de su recámara. O al menos, ese era el plan: parecer totalmente absorta en el reporte para la junta de mañana. Pero el sonido de su taconeo sobre la duela me sacó de mi concentración y cometí el error de alzar la mirada.

Se me cortó la respiración.

Riley estaba parada en el pasillo con un vestido negro que le abrazaba cada curva y el pelo peinado en ondas sueltas en lugar de su típico chongo despeinado. Un delicado collar de plata brillaba en su cuello y traía los labios pintados de un rojo intenso que hacía que su sonrisa pareciera todavía más magnética de lo normal.

—¿Qué te parece? —dio una vueltecita, y la falda del vestido se abrió ligeramente alrededor de sus muslos—. ¿Es demasiado?

Me obligué a mantener una expresión neutral a pesar de la repentina opresión en el pecho.

—Te ves bien.

—¿Bien? —enarcó una ceja—. Esperaba por lo menos un «decente», o quizá hasta un «presentable».

Puse los ojos en blanco, intentando ignorar el vuelco que me dio el estómago al verla.

—¿A dónde vas, por cierto?

—Noche de cita —tomó su bolsita de la barra—. ¿Te acuerdas de la artista con la que hice *match* en Hinge? ¿Ash? Pues por fin vamos

a conocernos.

—¿La que está llena de tatuajes? —mantuve un tono deliberadamente desinteresado, pero sentía el corazón en la garganta.

—Aja. Mangas completas, *piercing* en el septum, anda en moto —Riley sonrió de oreja a oreja—. Básicamente mi persona ideal.

Algo afilado y desagradable se me retorció por dentro. Volví la vista a mi laptop.

—Suena a un cliché andante.

—Lo dice la mujer que tiene diecisiete blusas blancas idénticas —el tono de Riley era ligero, pero pude notar el filo debajo.

No respondí, concentrándome intensamente en el documento que tenía enfrente, aunque las palabras se habían convertido en formas sin sentido.

—No me esperes despierta —dijo, dirigiéndose a la puerta.

—Ni pensaba hacerlo.

La puerta se cerró tras ella con un suave clic que, de alguna manera, sonó más fuerte que un portazo.

Me quedé inmóvil durante varios minutos, con la vista fija en la pantalla, pero sin ver nada. Luego, cerré la laptop de un golpe y fui a la cocina a servirme una copa de vino bien generosa.

Esto era ridículo. Riley era mi *roomie*. Podía salir con quien quisiera. No tenía nada que ver conmigo.

Intenté trabajar. *De verdad que lo intenté*. Abrí el reporte de nuevo, hice algunas correcciones y respondí correos. Pero mi atención se desviaba una y otra vez hacia el reloj de la pantalla, contando cuánto tiempo llevaba Riley fuera.

Una hora. Dos horas.

¿Se la estaría pasando bien? ¿Ash la estaría haciendo reír, tocándole el brazo, acercándose a su oído para susurrarle algo que la hiciera sonrojarse?

La sola idea me hizo volver a tomar mi copa.

Para la tercera hora, había abandonado toda pretensión de estar trabajando. Me había cambiado al sillón con la laptop, donde abrí la aplicación «Encontrar» que Riley había insistido que ambas descargáramos «por si había una emergencia».

Esto no era una emergencia. Era patético.

Y, sin embargo, no pude evitar revisar el puntito azul que mostraba a Riley en un bar de cocteles en el centro, imaginándola sentada frente a alguien más, dedicándole a esa persona la sonrisa que le arrugaba las esquinas de los ojos.

Abrí un documento nuevo y empecé a teclear. Las palabras fluyeron con más facilidad que en las últimas semanas:

Observaba el paso de los minutos, cada uno una pequeña traición a su propio orgullo. No debía importarle. No tenía derecho a que le importara. Ella había tomado su decisión, había pintado su raya. Y ahora estaba sola de su lado de la línea, viendo cómo subía la marea.

Seguí escribiendo, volcando todos mis sentimientos encontrados en la página, creando un personaje más valiente que yo, uno que se daba cuenta de lo que quería antes de que fuera demasiado tarde.

16

RILEY

No debí ponerme estos zapatos.

Me apretaban los dedos con cada paso que daba mientras seguía a la *hostess* a través del restaurante con luz tenue. Los había elegido porque hacían que mis piernas se vieran espectaculares, pero ahora me arrepentía de la decisión. El estilo antes que la comodidad. La historia de mi vida.

Ash ya estaba en una mesa en la esquina, pasando el dedo por la pantalla de su celular. Mi estómago dio un vuelco cuando levantó la vista. Sus fotos no mentían: pómulos afilados, un *undercut* con la parte de arriba teñida de plateado y una manga de tatuajes que me había llamado la atención desde el principio.

—¿Riley? —Se puso de pie, ofreciéndome una media sonrisa—. Te ves increíble.

—Gracias —dije mientras me deslizaba en mi asiento, de repente cohibida por todo el esfuerzo que había puesto en mi apariencia—. Perdón por llegar unos minutos tarde. El camión venía retrasado.

—No te preocupes. —Ash señaló su vaso casi vacío—. Me adelanté.

Debí saber que esta cita estaba destinada al fracaso cuando Ash pidió su tercera copa antes de que llegaran las entradas. La conversación había empezado bastante bien. Conectamos gracias a nuestro amor compartido por los cómics independientes y los

artistas del tatuaje. Pero en algún punto entre los calamares y mi segunda copa de vino, todo se fue en picada.

—¿Así que te acabas de mudar con una abogada cualquiera que encontraste en Craiglist? —Ash levantó una ceja—. Suena como el inicio de una película de terror.

—Grace ya no es una «cualquiera» —dije, y me sorprendí sonriendo—. De hecho, es bastante increíble una vez que superas su especiero organizado por colores y el hecho de que acomoda sus libros por orden alfabético de autor *y* de título.

—Suena muy cuadrada.

—No, solo es… —Hice una pausa, buscando la palabra correcta —. Precisa. Deberías ver su caligrafía. Parece de imprenta. Y todas las mañanas prepara un café de prensa francesa que, literalmente, me ha cambiado la vida.

La mirada de Ash se entrecerró ligeramente.

—Hablas mucho de ella.

—¿En serio? —No me había dado cuenta—. Supongo que cuando vives con alguien, se vuelve una parte importante de tu vida.

—Claro. —Ash le dio otro trago a su bebida—. ¿Y qué más haces además de dibujar y obsesionarte con tu *roomie*?

Sentí que se me calentaban las mejillas.

—No me obsesiono con ella.

—La has mencionado seis veces en veinte minutos. Las conté.

—Eso no es… —Me detuve. ¿De verdad lo había hecho?—. Es que tenemos una dinámica extraña. Ella es tan estirada y yo soy… pues, yo. El agua y el aceite, ¿sabes?

—A mí me suena a otra cosa. —En la boca de Ash se dibujó una sonrisita de complicidad.

—¿Qué se supone que significa eso?

Se encogió de hombros.

—Solo que he tenido suficientes citas para saber cuándo alguien está clavado con otra persona.

—Eso es ridículo. Grace y yo apenas nos soportamos. —Incluso mientras lo decía, sabía que ya no era verdad. No del todo.

—Claro. —Ash le hizo una seña al mesero—. ¿Me trae la cuenta, por favor?

Se me revolvió el estómago.

—Ni siquiera han llegado los platos fuertes.

—Mira, Riley, pareces genial. Pero no me encanta la idea de ser el mal tercio en mi propia cita. —Sacó su cartera—. Sobre todo cuando ni siquiera te das cuenta de que, en tu cabeza, estás en una cita con tu *roomie*.

—Eso no es justo. —Mi voz se elevó lo suficiente como para que la pareja de la mesa de al lado volteara a vernos. La bajé—. Estoy aquí contigo, ¿no?

—Físicamente, sí. —Ash dejó varios billetes sobre la mesa—. Con esto debería alcanzar para nuestras bebidas y la entrada. Sin resentimientos, pero mejor me voy.

—¿Es en serio? —Lo miré con incredulidad—. ¿Así nada más te vas a ir?

—Créeme, es lo mejor. —Se puso de pie, ajustándose la chamarra—. Resuelve lo que sea que tengas con tu tal Grace. Y luego, quizá, intenta salir con alguien más.

Lo vi alejarse, sintiendo cómo la humillación me quemaba en el pecho. El mesero se acercó con cautela.

—¿Todo bien? ¿Todavía van a querer cenar?

—No. —Me terminé el resto de mi vino de un solo trago—. Solo la cuenta, por favor.

Para cuando llegué a casa, mi vergüenza se había transformado en un enojo puro. Azoté la puerta con más fuerza de la necesaria, me quité de una patada los zapatos de tortura y entré a la cocina pisando fuerte.

Grace estaba ahí, recargada en la barra con una taza humeante en las manos. Levantó la vista, sorprendida.

—Llegaste temprano.

—Qué observadora. —Abrí el refrigerador de un tirón, buscando cualquier cosa con alcohol.

—¿Pasó algo?

Tomé una botella de vino blanco a medio empezar y me di la vuelta para verla.

—Mi cita me plantó antes del plato fuerte porque, al parecer, hablo demasiado de ti.

Las cejas de Grace se dispararon.

—¿De mí?

—Sí, de ti. —Gesticulé efusivamente con la botella—. ¿No es divertidísimo? Creyó que estaba «clavada» con mi *roomie* estirada que seguro duerme en traje sastre.

—Yo no duermo en…

—¡Ese no es el punto, Grace! —Busqué a tientas una copa de vino y casi la tiro—. El punto es que me humillaron y me dejaron plantada porque, de alguna forma, te las arreglaste para arruinar mi cita sin siquiera estar ahí.

Grace dejó su taza y caminó hacia la alacena.

—Deja, te la doy yo antes de que rompas algo.

—No necesito tu ayuda. —Pero me temblaban las manos de coraje, así que dejé que me quitara la copa.

Sirvió el vino y me la entregó.

—Siento que tu cita no haya salido bien.

—¿En serio? —Le di un trago largo—. Porque no parecías muy emocionada cuando me estaba arreglando hace rato.

—Estaba trabajando. Tenía que entregar un texto.

—Claro. Trabajando. —Puse los ojos en blanco—. Escribiendo sobre gente ficticia que se enamora mientras tú evitas activamente cualquier conexión real.

Su rostro se endureció.

—Eso es injusto.

—¿Lo es? —El vino estaba haciendo efecto rápidamente en mi estómago vacío, alimentando mi frustración—. Te escondes detrás de tus reglas, tus horarios y tu seudónimo secreto, y Dios no quiera que alguien se acerque lo suficiente como para ver a la verdadera Grace Albright.

—No sabes de lo que estás hablando. —Se dio la vuelta y tomó la tetera—. ¿Quieres un té? Quizá te ayudaría a calmarte.

Algo en su tono mesurado me hizo explotar.

—¿Por qué te importa? —exigí—. ¿Por qué de repente te importa si estoy molesta, si mi cita salió mal o si quiero un puto té?

Grace se quedó inmóvil, de espaldas a mí.

—No me importa.

—Puras mamadas.

Se giró lentamente, con una expresión ilegible.

—¿Qué quieres de mí, Riley?

Nos quedamos mirando la una a la otra a través de la cocina, el aire entre nosotras se sentía denso con algo que no podía nombrar. O que quizá sí podía, pero me daba demasiado miedo hacerlo.

Antes de que pudiera pensarlo dos veces, dejé mi copa y me acerqué a ella. Contuvo el aliento, pero no se apartó.

—¿Quieres que te bese? —Las palabras salieron en un susurro apenas audible.

Los ojos de Grace se abrieron de par en par, y el pánico destelló en su rostro.

—No.

Una sola sílaba. Fue todo lo que se necesitó para romper ese momento que habíamos estado construyendo. Retrocedí, sintiendo como si me hubiera dado una bofetada.

—Claro. —Mi voz sonó hueca incluso para mis propios oídos—. Por supuesto que no. Error mío.

—Riley…

—No —dije, levantando una mano—. Solo… no digas nada.

Di media vuelta y salí de la cocina, dejando mi copa de vino. Ya en mi cuarto, cerré la puerta y me recargué en ella, deslizándome hasta quedar sentada en el suelo. Sentí cómo las lágrimas ardían en mis ojos, pero me negué a dejarlas caer.

¿En qué carajos estaba pensando? Por supuesto que Grace no quería que la besara. Apenas toleraba compartir un departamento conmigo. Acababa de arruinar la frágil paz que habíamos construido, todo porque una persona extraña me había metido ideas en la cabeza.

O quizá solo había señalado lo que ya estaba ahí.

Me arrastré hasta mi escritorio y tomé mi cuaderno de dibujo, abriéndolo en una página en blanco. Dibujar siempre había sido mi terapia, mi manera de procesar emociones demasiado complicadas para las palabras. Mi lápiz se movió con furia sobre el papel, dibujé a Ash con unos cuernos de demonio exagerados y una cola de

tridente, sonriendo con malicia mientras me abandonaba en el restaurante.

Y ahí, observando desde una nube esponjosa sobre la escena, estaba Grace, con las alas pegadas a la espalda, el rostro con esa típica expresión de desaprobación mezclada con algo más suave. Algo parecido a la añoranza.

Me quedé viendo el dibujo y cerré el cuaderno de golpe.

Esto iba a ser un problema.

GRACE

Me quedé mirando la humilde ofrenda de paz que tenía en las manos: una bolsa con las donas favoritas de Riley de la panadería artesanal que estaba a tres cuadras. La que tenía una fila que le daba la vuelta a la esquina cada fin de semana. En la que había esperado formada durante cuarenta y cinco minutos esa mañana, ensayando lo que le diría cuando por fin la viera.

Después de una semana de encuentros incómodos en el pasillo y forzados «buenos días», ya no podía más. Necesitábamos aclarar las cosas.

No había visto a Riley desde las seis de la mañana del día anterior, cuando entró de volada a la cocina por un café, me vio en la mesa y de inmediato decidió que «en realidad no tenía tanta hambre» antes de desaparecer de nuevo en su cuarto. El departamento se sentía extraño sin su caótica energía llenando cada rincón. Extrañaba el desorden, el ruido, las constantes interrupciones a mi rutina cuidadosamente ordenada.

La extrañaba a ella.

Me había dado cuenta a las tres de la mañana mientras miraba la pantalla de mi laptop, intentando escribir una escena entre mis protagonistas. Había tecleado la misma frase siete veces, borrándola cada vez porque en lo único que podía pensar era en el dolor en los ojos de Riley cuando le había dicho que no.

Respiré hondo y toqué la puerta de su habitación.

No hubo respuesta.

Toqué de nuevo.

—¿Riley? ¿Estás ahí?

Un quejido ahogado llegó desde adentro, seguido de un ruido de arrastrar de pies. La puerta se entreabrió para revelar a Riley con una camiseta holgada, el delineador corrido y el cabello hecho un desastre espectacular.

—¿Qué hora es? —murmuró, entrecerrando los ojos para mirarme.

—Casi las once.

—¿En sábado? Eso es prácticamente el amanecer. —Se recargó en el marco de la puerta y entonces se fijó en la bolsa que yo traía. Sus ojos se abrieron un poco más—. ¿Son de Frankie's?

Le extendí la bolsa.

—Ofrenda de paz.

Riley dudó un segundo antes de tomarla y asomarse adentro.

—¿Hiciste esa fila ridícula por mí?

—No tenía nada mejor que hacer —dije, encogiéndome de hombros como si no hubiera sido una decisión deliberada. Como si no hubiera estado planeando este gesto desde las cuatro de la mañana.

Sacó una dona de tocino con maple y le dio una mordida, cerrando los ojos por un instante.

—Dios, qué buena está. —Cuando volvió a mirarme, algo de la tensión había desaparecido de sus hombros—. Gracias.

—¿Podemos hablar? De la otra noche.

Su expresión se ensombreció.

—¿Tenemos que hacerlo?

—Creo que sí.

Soltó un suspiro dramático, pero se hizo a un lado y abrió más la puerta.

—Está bien. Pero no funciono bien sin café.

La seguí a su cuarto, esquivando con cuidado los montones de ropa y materiales de arte esparcidos por el suelo. Cada superficie estaba cubierta con algo: bocetos, tazas de café, tubos de pintura. El caos debería haberme puesto ansiosa, pero, en cambio, se sentía

extrañamente reconfortante. Este era el espacio de Riley, de principio a fin.

Se dejó caer en su cama sin hacer y me dio una palmadita en el lugar a su lado. Yo me senté en la orillita, manteniendo una cuidadosa distancia entre nosotras.

—Lo siento —dije. Las palabras salieron más abruptas de lo que pretendía—. Por lo de la otra noche. No lo manejé nada bien.

Riley jugueteó con el borde de su dona.

—¿Qué parte? ¿La parte en la que te hice una proposición o la parte en la que me bateaste como si te hubiera propuesto robar un banco?

—Entré en pánico.

—Sí, me di cuenta. —Levantó la vista hacia mí—. Mira, no pasa nada. Tuvimos un momento raro. Yo estaba molesta por mi cita, tú te estabas portando linda, leí mal la situación. La clásica incomodidad entre *roomies*. Mejor hagamos como que no pasó nada.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Hacer como que no pasó?

Riley me estudió el rostro, buscando algo. Luché contra el impulso de desviar la mirada.

—Lo que quiero —dijo con cuidado— es que las cosas dejen de ser raras entre nosotras. Me gusta vivir aquí. Me gusta nuestra rutina. Incluso me gusta discutir contigo sobre dónde van las tazas del café.

Sonreí a mi pesar.

—Van en la alacena de arriba de la cafetera. Es el único lugar lógico.

—¿Ves? Justo eso. Extrañaba eso. —Sonrió, y algo en mi pecho se aflojó—. He estado estresada por el trabajo y el dinero, y luego pasó ese desastre de cita y me desquité contigo. Lo siento.

—Yo también he estado estresada —admití—. La fecha de entrega de este libro me está matando, no estoy acostumbrada a compartir mi espacio y… —Me detuve antes de decir más—. Como sea, creo que las dos hemos estado con los nervios de punta.

Riley asintió, terminándose la dona.

—¿Entonces estamos bien? ¿Volvemos a nuestra programación habitual de peleítas?

—Estamos bien.

Se sacudió las migajas de la camiseta.

—Genial. Ahora, ¿puedo contarte lo espectacularmente horrible que fue mi cita? Porque me muero de ganas de desahogarme, y mi hermana no paraba de decir: «Te dije que las apps de citas no eran de fiar».

Me reí, esta vez de verdad.

—¿Tan mala estuvo?

—Ay, Grace —empezó Riley, preparándose con dramatismo—, no tienes ni idea.

Me recargué en la cabecera de la cama de Riley, relajándome por primera vez en días.

—A ver, ¿qué pasó exactamente con esta persona? Pensé que decías que en el papel era perfecta.

—Ash —gimió Riley, dejándose caer de espaldas sobre las almohadas—. Tatuadora, con unos bíceps de infarto y una perra rescatada llamada Pancake. Literalmente todo lo que se supone que debería querer.

—¿Pero?

—Pero me preguntó por mi situación de vivienda y le mencioné que tenía una *roomie*. Una *roomie* buena onda y lesbiana.

—O sea, yo —aclaré, innecesariamente.

—Sí, Grace, tú. —Riley puso los ojos en blanco—. Y entonces puso una cara… ya sabes, esa cara que pone la gente cuando cree que te ha descifrado por completo. Y luego va y me dice: «Así que vives con una mujer. ¿Te gusta?».

El corazón me dio un vuelco.

—¿Te preguntó eso? ¿Así nomás?

—Ajá. Cero sutileza. —Riley le dio una mordida enorme a otra dona y siguió hablando con la boca llena—. Le dije que no, que por supuesto que no, que solo somos *roomies*. Y se rio, te juro que se rio, y dijo: «Cariño, ya he pasado por eso. Nadie se altera tanto por las costumbres cafeteras de su *roomie* a menos que se la quiera coger».

Casi me ahogo.

—No es cierto que dijo eso.

—Claro que sí. Palabra por palabra. —Los ojos de Riley brillaban con picardía—. Aparentemente hablo mucho de ti. ¿Quién lo diría?

Sentí que el calor me subía por el cuello.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que estaba siendo ridícula y cambié de tema. Pero entonces… —Riley hizo una pausa para darle un efecto dramático—, pues supongo que decidió que no éramos compatibles, porque se fue antes de que siquiera comiéramos.

Me le quedé viendo, tratando de procesar la información. Aparentemente, Riley había hablado de mí lo suficiente como para que su cita asumiera que sentía algo por mí. Y en lugar de reírse o explicármelo ahora, me estaba observando con atención, con un destello de vulnerabilidad en los ojos.

—O sea —dije finalmente, intentando romper el hielo—, ¿supongo que no te acostaste con ella?

Riley se quedó con la boca abierta antes de captar el tono de broma. Agarró una almohada y me pegó con ella.

—¡No, no me acosté con la persona que me dejó plantada en un restaurante en la primera cita!

Me reí, esquivando su siguiente almohadazo.

—Solo confirmaba. Tus estándares han sido cuestionables en el pasado.

—Lo dice la mujer que ordena su cajón de la ropa interior por colores.

—¡Es eficiente!

—¡Es patológico! —Riley también se estaba riendo; su tensión de antes se había disuelto. —Además, ni siquiera era mi tipo.

—¿Ah, no? —Levanté una ceja—. ¿Y cuál es tu tipo?

Riley dudó y su sonrisa se suavizó.

—No sé. Alguien que entienda mis chistes. Alguien que no me haga sentir que soy demasiado intensa todo el tiempo. —Se encogió de hombros—. Alguien que haría fila cuarenta y cinco minutos para comprarme donas de disculpa.

Nuestras miradas se encontraron y, por un momento, el aire entre nosotras se cargó de electricidad. Entonces Riley rompió el hechizo, estirando la mano hacia la bolsa de nuevo.

—Tranquila, Albright, ¡es broma! Como sea, por eso llegué temprano y de malas a casa. Perdón por desquitarme contigo.

—No te preocupes —dije, aliviada de que hubiéramos vuelto a terreno seguro—. Para que conste, esa persona suena horrible.

—La peor —afirmó Riley, asintiendo enfáticamente—. Y pensar que me depilé las piernas para ella.

—Un desperdicio total.

—¿Verdad? —Sonrió—. ¿Y tú qué? ¿Alguna historia de terror de citas que quieras compartir? Apuesto a que las abogadas estiradas tienen unas anécdotas de locura.

Me reí.

—Te sorprenderías. Pero esa es una conversación para otro momento.

—Te tomaré la palabra. —Riley miró el reloj—. Mierda, tengo que arreglarme. Le prometí a mi hermana que cuidaría a la pequeña terrorista esta tarde.

—Tu sobrina es adorable.

—La última vez me puso plastilina en el pelo mientras dormía. —Se puso de pie y se estiró—. Pero gracias por las donas. Y por escuchar la historia de mi desastre de cita.

—Cuando quieras. —Yo también me levanté, de pronto consciente de lo cómoda que había estado en su espacio—. ¿Entonces estamos bien?

Riley asintió.

—Estamos bien. Volvemos a la programación habitual de ti juzgando mi consumo de café y yo dejando toallas mojadas en el piso del baño.

—Por favor, no dejes toallas mojadas en el piso.

—¿Ves? Ya todo volvió a la normalidad. —Sonrió, y esta vez la sonrisa le llegó a los ojos—. Ahora sal de aquí para que pueda ponerme presentable para una niña de cuatro años que no va a apreciar mis esfuerzos.

Mientras me dirigía a la puerta, Riley me llamó.

—Oye, ¿Grace?

Me giré.

—¿Sí?

—Y para que conste, si fuera a sentir algo por una *roomie*… —dejó la frase en el aire y su sonrisa se volvió traviesa—, podría elegir mucho peor.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar devolverle la sonrisa.

—Adiós, Riley.

Su risa me siguió por el pasillo y, por primera vez en días, el departamento se sintió como debía.

GRACE

Tenía la vista clavada en la pantalla de la laptop, revisando el último borrador de mi manuscrito. Las palabras se me nublaban después de tres horas de edición continua. Mi editora quería los capítulos corregidos para el lunes, lo que significaba sacrificar mi fin de semana para que todo quedara perfecto. Me había instalado en la mesa de la cocina, con mis notas acomodadas en pilas precisas y pestañas de colores que marcaban las secciones importantes.

El ruido de la puerta de la recámara de Riley al abrirse me sacó de mi concentración. Entró a la cocina con sus calcetines disparejos y el pelo recogido en un chongo despeinado, del que sobresalía lo que parecía ser un pincel.

—Buenos días, abogada —bostezó, yendo directo a la cafetera—. ¿O ya son tardes? El tiempo es un constructo social cuando no tienes trabajo.

Revisé mi reloj.

—Son las 11:37.

—Tan específica como siempre —sonrió mientras se servía café en su taza: la que decía «Maniática del control #1» y que, por supuesto, yo jamás usaba—. ¿Trabajando en sábado? ¿Ustedes los Godínez no creen en los fines de semana?

—Tengo una fecha de entrega —dije, volviendo a mi documento.

Riley se recargó en la barra y me observó por encima del borde de la taza.

—¿Sabes a qué me recuerda este lugar?

No levanté la vista.

—Seguro estás a punto de decírmelo.

—A una de esas oficinas de abogados de lujo donde ponen el aire acondicionado a dieciocho grados para que todos estén alertas y miserables —dijo, haciendo un gesto hacia la cocina—. Todas estas líneas limpias y espacios vacíos. Como si nadie viviera aquí.

Me molesté y mis dedos se detuvieron sobre el teclado.

—Algunos preferimos el minimalismo.

—El minimalismo es genial. La depresión clínica es otra cosa. —Dejó su taza en la barra y se acercó a la mesa—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí, Grace?

—Tres años, ¿por?

—¿Y en esos tres años nunca se te ocurrió pensar: «Oye, tal vez debería ponerle mi toque a este lugar»?

Fruncí el ceño.

—Tengo cuadros.

—Tienes tres impresiones idénticas en blanco y negro del *skyline* de Chicago. —Riley se sentó frente a mí—. ¿Cuándo fue la última vez que siquiera las viste?

Abrí la boca para discutir, pero la cerré. La verdad era que no recordaba haber notado esas impresiones en meses.

—¿Cuál es tu punto? —pregunté.

La expresión de Riley se suavizó.

—Mi punto es que esta es tu casa, no un cuarto de hotel. Debería sentirse como tú, no como un departamento de muestra para posibles compradores. —Señaló la pared de la sala—. ¿Y si pintamos una pared de acento? Algo que demuestre que tú también vives aquí.

—¿Pintar? —La palabra salió de mi boca como si estuviera hablando de lanzarme de un paracaídas sin paracaídas.

—Solo una pared —aclaró—. Le daría profundidad, personalidad. Podría ser algo sutil.

Miré la pared en blanco que señalaba. Estaba impecable, intacta… segura. Pero quizá ese era el problema. Toda mi vida estaba construida alrededor de la seguridad, el control, la

previsibilidad. Incluso mi carrera secreta como novelista romántica estaba compartimentada, escondida donde no pudiera alterar mi fachada cuidadosamente construida.

—Una pared —me oí decir—. Nada escandaloso.

Los ojos de Riley se abrieron de par en par.

—Espera, ¿en serio? ¿Estás diciendo que sí?

—Me reservo el derecho de vetar cualquier cosa neón o con brillantina.

Su rostro se iluminó con una sonrisa que provocó un aleteo en mi pecho.

—Trato hecho. Vamos a la tienda de pinturas.

—¿Ahora? Tengo trabajo…

—Necesitas un descanso. Y esto es importante. —Ya se había puesto de pie, recogiendo su cartera y sus llaves—. Ándale, abogada. Hay que vivir peligrosamente.

Noventa minutos después, estábamos en medio de una tienda de pinturas, rodeadas de muestras de colores. Riley sostenía un verde azulado vibrante junto a un borgoña intenso.

—¿Qué tal este? Es audaz, es pasional.

Negué con la cabeza.

—Definitivamente no. Sería como vivir dentro de la carpa de un circo.

—Bueno. —Se movió hacia otro exhibidor.

—¿Y estos? —Le mostré unas muestras, todas variaciones de beige y gris—. Estos podrían funcionar.

—Grace. —Riley parecía afligida—. El chiste es agregarle personalidad, no más beige. Ya eres el equivalente humano de la avena.

—La avena es nutritiva y confiable.

—Y aburridísima. —Me jaló hacia otra sección—. Tenemos que llegar a un acuerdo. Algo con color, pero no demasiado llamativo.

Discutimos sobre docenas de muestras hasta que vi un azul marino profundo. Era audaz sin ser estridente, sofisticado pero cálido.

—¿Qué te parece este? —Lo sostuve en alto.

Riley ladeó la cabeza, considerándolo.

—Es dramático. Inesperado. —Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro—. Me gusta. No es lo que yo habría elegido, y definitivamente no es lo que tú habrías elegido.

—¿Eso es bueno?

—Es perfecto. —Me quitó la muestra de la mano—. Es lo que pasa cuando nos encontramos a la mitad.

De regreso al departamento, Riley conectó su teléfono al estéreo de mi coche.

—Necesitamos una *playlist* para pintar.

—No creo que sea necesario…

—No es negociable. ¿Qué tipo de música te gusta? ¿Clásica? ¿Pódcasts sobre derecho fiscal?

Puse los ojos en blanco.

—Escucho más que solo música clásica.

—Pruébalo. Nombra a tres artistas que te gusten.

Dudé.

—Sara Bareilles, Brandi Carlile y… Taylor Swift.

Las cejas de Riley se dispararon.

—¿Swift? ¿Tú?

—Sus letras son impresionantes —me defendí, sintiendo que se me calentaban las mejillas—. Y la calidad de la producción…

—No puede ser, eres una swiftie de clóset. —Se rio, encantada—. Este es el mejor día de mi vida.

Durante el resto del camino, discutimos sobre música, cada una tratando de convencer a la otra de su gusto superior. Para cuando llegamos al condominio, Riley había creado una *playlist* que era una mezcla profana de su rock indie y mis cantautoras.

—¿Cómo le ponemos? —preguntó, con el pulgar suspendido sobre su teléfono.

Lancé una mirada a los botes de pintura en el asiento trasero y luego al rostro expectante de Riley.

—¿Pinceladas y malas decisiones?

Me miró por un momento y luego soltó una carcajada.

—¿Quién eres y qué hiciste con Grace Albright?

Sonreí a mi pesar.

—Una pared. Es todo lo que acepté.

—Una pared —confirmó ella mientras guardaba la *playlist*—. Por ahora.

GRACE

Extendí la lona sobre el piso de la sala con precisión militar, alisando cada arruga antes de fijar los bordes con cinta adhesiva. Mientras tanto, Riley revoloteaba por la cocina, poniendo a todo volumen nuestra bizarra mezcla musical y juntando las cosas con la misma organización que un huracán.

—¿Sabías —dijo en voz alta para que la oyera sobre la música de Phoebe Bridgers— que los antiguos egipcios hacían pintura azul con lapislázuli triturado? Por eso era tan cara. El azul valía, literalmente, más que el oro.

Me enderecé, sorprendida.

—No, no sabía.

—Es por mi especialidad en historia del arte. —Se dio un golpecito en la sien y apareció en el umbral de la puerta con dos tazas de café que no hacían juego—. Completamente inútil, excepto para soltar datos curiosos sobre pintura e identificar bebés del Renacimiento que parecen señores de cuarenta y tantos.

Me entregó una taza.

—El combustible para la pintada.

—Gracias. —Nuestros dedos se rozaron y retiré la mano demasiado rápido, casi derramando el café sobre la lona—. Bueno, ¿tenemos un plan de ataque?

Riley resopló.

—Claro que tú tenías que plantear el pintar como si fuera una operación militar.

—Prefiero verlo como una implementación estratégica.

—Ajá. —Dejó su taza y tomó un rodillo—. Estrategia: poner pintura azul en la pared. Implementación: esta cosa, el rodillo.

Suspiré.

—Primero hay que encintar los bordes. Y deberíamos aplicar una capa de imprimante…

—Ya lo hice. Lo puse mientras te escogías tu modelito para pintar. —Sonrió al ver mi cara de sorpresa—. Puedo ser responsable. A veces. Para las cosas importantes.

—¿Esta pared es importante?

Su expresión se suavizó.

—Hacer que este lugar se sienta como un hogar es importante.

Algo cálido se expandió en mi pecho. Me aclaré la garganta.

—Empecemos, entonces.

Abordé la tarea con la misma precisión que aplicaba a mis informes legales: bordes cuidadosos, brochazos uniformes, un progreso metódico. Riley, como era de esperarse, era el caos encarnado. Hundía demasiado el rodillo y salpicaba diminutas gotas de azul marino por toda la lona. Pintaba con arcos amplios y descontrolados, teniendo que regresar a cada rato para cubrir los huecos que dejaba.

—Lo estás haciendo mal —le dije, observando su patrón errático.

—No hay una forma incorrecta de pintar una pared.

—Hay aproximadamente diecisiete formas incorrectas, y tú estás haciendo doce de ellas al mismo tiempo.

Sacudió el rodillo en mi dirección, lanzando un rocío de gotitas que aterrizaron peligrosamente cerca de mi impecable conjunto de pants color crema.

—Relájate, abogada. Es pintura, no una declaración jurada.

—Si me manchas de pintura…

—¿Qué? —Hizo girar el rodillo como si fuera un bastón de porrista—. ¿Me demandarás? ¿Me harás dormir en el pasillo? ¿Ordenarás mis calcetines por orden alfabético?

Entrecerré los ojos.

—Te obligaré a escuchar mi análisis completo de la discografía de Taylor Swift. Canción por canción. Incluyendo la versión de diez minutos de «All Too Well».

—No te atreverías.

—Pruébame. —Sumergí mi brocha y volví a mi sección, conteniendo una sonrisa.

Trabajamos en un silencio agradable durante un rato, con la playlist saltando entre su rock indie y mis cantautoras. De pronto me di cuenta de que estaba tarareando una canción que no reconocía, pero que, de alguna manera, me gustaba.

—¿Quién es? —pregunté.

—The Japanese House. —Riley volteó a verme; tenía una mancha azul en la mejilla—. Sabía que te iba a gustar. Tiene esa onda melancólica que tú finges no tener.

—No soy melancólica.

—Dice la mujer que escribe libros donde los personajes se la pasan trescientas páginas suspirando el uno por el otro antes de besarse.

La salpiqué con pintura, sorprendiéndonos a las dos. Una franja azul marino aterrizó en su camiseta deslavada.

Se quedó con la boca abierta.

—¿Acabas de…?

—Fue un accidente.

—Mentirosa. —Sus ojos brillaron con una chispa peligrosa—. Esto es la guerra.

Lo que siguió solo podría describirse como un ataque de pintura a gran escala. Me lanzó un brochazo, lo esquivé y contraataqué. De alguna forma, terminamos riéndonos más de lo que pintábamos, corriendo por la lona como un par de niñas.

—¡Tregua! —grité al fin, sin aliento y con las manos en alto—. Esto es contraproducente.

—Está bien. —Bajó su arma—. Pero solo porque te ves ridícula con pintura azul en el pelo.

Me llevé una mano a la cabeza y sentí una mancha pegajosa cerca de la sien.

—No puede ser.

—Daños colaterales. —Se encogió de hombros, sin una pizca de arrepentimiento—. Te queda bien. Menos abogada corporativa y más contadora punk.

Para el mediodía, a pesar de nuestras payasadas, habíamos avanzado bastante. La pared estaba casi cubierta, y el intenso azul marino transformaba el espacio de una manera que no había anticipado. Se veía preciosa, intensa y audaz sin llegar a ser abrumadora.

—Hora del descanso —anunció Riley, dejándose caer en una parte limpia de la lona. Sacó una bolsa de papel de detrás del sillón —. Hice de comer.

—¿Cocinaste?

—No te alarmes tanto. Son sándwiches. —Dio unas palmaditas en el espacio a su lado—. Ándale, hasta las perfeccionistas necesitan comer.

Dudé un momento y luego me senté con cuidado en la lona, con las piernas cruzadas. Me pasó la mitad de un sándwich envuelto en papel encerado.

—No es nada del otro mundo. Pavo, aguacate y esa mostaza elegante que escondes detrás de la proteína en polvo que nunca usas.

Le di una mordida. Estaba sorprendentemente bueno.

—Gracias.

Comimos en un silencio cómodo, ambas manchadas de pintura y cansadas. La pared azul marino se alzaba frente a nosotras, casi terminada.

—La verdad es que se ve increíble —admití—. Tenías razón.

—Perdón, ¿qué dijiste? ¿Que tenía razón? ¿Me lo puedes dar por escrito? Notariado, de preferencia.

La empujé suavemente con el hombro.

—No te pases.

—Ya en serio —dijo, mirando la pared—. Lo cambia todo. Para bien.

—Sí, lo cambia. —Estudié su perfil, la forma en que la luz de la tarde resaltaba los reflejos azules en su cabello—. Gracias por sacarme de mi zona de confort.

—Para eso estoy aquí. —Se giró y me sostuvo la mirada con una sinceridad inesperada—. Alguien tiene que recordarte que a veces se vale hacer un desastre.

Después de comer, nos enfrentamos a la última sección: el borde superior donde la pared se encontraba con el techo. Me subí a un banquito, decidida a terminar yo misma esa línea precisa.

—Con cuidado —dijo Riley, rondando cerca—. Ese banquito se tambalea.

—Estoy bien. —Me estiré para alcanzar la última esquina intacta. El banco se movió un poco.

—Grace…

—Casi llego. —Me estiré un poco más, con la brocha en la mano.

El banco se sacudió. Riley se abalanzó para sostenerme, pero su pie se atoró con la charola de pintura. Una ola de azul marino se desbordó por la lona y explotó sobre mi conjunto color crema en una mancha tan espectacular como catastrófica.

Las dos nos quedamos congeladas. Me miré, vi la mancha irreversible que se extendía por mi ropa y luego levanté la vista hacia la cara de horror de Riley.

Sin decir una palabra, me bajé del banquito y salí de la sala.

En mi baño, me observé en el espejo. Tenía pintura azul en el pelo, en la cara, en mi ropa arruinada. Pero en lugar de la furia que esperaba sentir, sentí otra cosa: algo más ligero, casi como un alivio. Empecé a reírme, suave al principio, y luego más fuerte, hasta que las lágrimas asomaron a mis ojos.

Unos golpecitos tímidos sonaron en mi puerta.

—¿Grace? —La voz de Riley era apenas un susurro—. Lo siento *muchísimo*. Te traje ropa limpia.

Abrí la puerta. Estaba ahí parada con cara de miseria, sosteniendo un montón de ropa doblada.

—No pasa nada —dije, sorprendiéndonos a las dos—. Es solo ropa.

—Es tu conjunto elegante para… lo que sea. Y lo arruiné. —Me tendió la ropa—. Ten. No es exactamente tu estilo, pero está limpia.

Acepté la ofrenda: una camiseta de una banda llamada The Regrettes que me quedaba enorme y unos pants negros.

—Gracias. Ahorita salgo.

Cuando salí de mi cuarto, Riley estaba tallando la lona, de espaldas a mí. Se giró al oír mis pasos y se quedó quieta.

—¿Qué? —pregunté, sintiéndome de repente cohibida con su ropa. La camiseta me quedaba holgada, resbalándose por un hombro. Los pants estaban arremangados en mis tobillos.

Tragó saliva de forma visible.

—Nada. Es que… te ves diferente.

—¿Diferente para bien o diferente para mal?

—Solo diferente. —Sus ojos se detuvieron en mí un instante antes de desviarse—. De verdad, lamento lo de tu ropa.

—No te preocupes. En serio. —Señalé la pared—. Valió la pena. El cuarto se siente… vivo ahora.

La tensión entre nosotras cambió, se disipó. Riley me miró, luego a su teléfono. Tocó la pantalla y la música cambió a algo más movido, con un bajo potente. Caminó hacia la cocina, su cuerpo empezando a moverse con el ritmo.

—¿Pausa para bailar, abogada? —Extendió la mano, con las cejas arqueadas en señal de reto.

Puse los ojos en blanco.

—Yo no bailo.

—Todo el mundo baila. Algunos solo necesitan permiso. —Su mano seguía extendida—. Considera esto tu invitación formal para hacer el ridículo.

Dudé un segundo y luego puse mi mano sobre la suya.

—Si le cuentas a alguien de esto…

—Ya sé, ya sé. Análisis de la discografía de Swift. Soy una tumba.

Me jaló hacia la cocina y me hizo dar una vuelta bajo su brazo. Al principio me movía con torpeza, demasiado consciente de mi cuerpo, de mi falta de ritmo. Pero Riley bailaba con una alegría tan desenfrenada que era imposible no contagiarse. Se sacudía y giraba, haciendo caras exageradas hasta que me hizo reír.

—Eso es —me animó—. Siente el ritmo. Suéltate.

Poco a poco, me relajé. La música pulsaba a través de mí y me encontré moviéndome con más libertad, siguiendo su ritmo. Me hizo

girar de nuevo, esta vez más rápido, y tropecé, soltando una carcajada al caer contra ella.

Sus brazos me atraparon, estabilizándome. Nos quedamos inmóviles, de repente pegadas la una a la otra, mis manos en sus hombros, las suyas en mi cintura. La risa se desvaneció. Sus ojos, color avellana con destellos dorados, se clavaron en los míos.

—Grace —susurró, y mi nombre en sus labios sonó como una pregunta.

No tenía una respuesta, no con palabras. Me incliné hacia adelante, cerrando el espacio infinitesimal que nos separaba, y presioné mis labios contra los suyos.

El beso fue tentativo, inquisitivo. Sus labios eran suaves, con un ligero sabor a café y pintura. Por un instante no respondió, y estuve a punto de apartarme. Pero entonces sus manos se aferraron a mi cintura y me devolvió el beso.

Todo cambió. El beso se profundizó, se transformó de vacilante a hambriento. Sus dedos se enredaron en mi cabello mientras yo me pegaba más a ella, deseando más de su calor, de su sabor, de su todo. Se sentía inevitable, como el punto final de una oración que llevábamos escribiendo desde el día que nos conocimos.

Cuando finalmente nos separamos, ambas sin aliento, apoyó su frente contra la mía.

—Wow —murmuró—. Eso fue…

—Sí. —No pude encontrar más palabras. El corazón me martilleaba en el pecho.

—Y adiós al contrato de convivencia. —Su voz era juguetona, pero sus ojos escrutaban los míos, llenos de incertidumbre.

Mierda.

Cierto.

El contrato.

Mi mente se aceleró y, de repente, los cientos de posibilidades de todo lo malo que podría pasar se me vinieron encima de golpe.

—Eh, el contrato de convivencia —tartamudeé, rompiendo el hechizo—. No… no podemos…

Frunció el ceño y la confusión parpadeó en sus ojos.

—¿Grace?

Ya no podía mirarla. Di un paso atrás; mi pulso retumbaba tan fuerte que ahogaba la música.

—Yo… necesito irme.

Antes de que pudiera decir nada más, me di la vuelta y salí disparada de la cocina, con el corazón desbocado mientras corría por el pasillo hacia mi cuarto. La puerta se cerró de golpe a mis espaldas, sellando el caos que se arremolinaba en mi cabeza.

¿Qué acababa de pasar?

Apoyé la espalda contra la puerta, tratando de recuperar el aliento mientras el pánico se apoderaba de mí. ¿De verdad acababa de besar a Riley? ¿Y por qué se había sentido tan bien y, al mismo tiempo, tan mal?

Mis pensamientos chocaban como salpicaduras de pintura en un lienzo: desordenados y caóticos. El contrato de convivencia flotaba en mi mente como un salvavidas. Se suponía que este era un acuerdo seguro, nada más que dos personas viviendo juntas sin complicaciones.

Pero ¿ahora? Ahora todo se sentía irrevocablemente alterado. Cerré los ojos con fuerza, deseando una claridad que no llegaba.

20

RILEY

Me desperté con un nudo en el estómago, atrapada entre una emoción casi infantil y una angustia que me revolvía las tripas. El recuerdo de los labios de Grace contra los míos no dejaba de repetirse en mi cabeza, un bucle perfecto de suave presión y un suspiro de sorpresa. Me toqué la boca, casi convencida de que lo había soñado todo.

Pero no.

Nos habíamos besado.

Y luego había salido huyendo.

Me quedé mirando el techo, mientras la luz de la mañana se filtraba por las persianas a medio cerrar. El reloj digital marcaba las 7:23 a. m. Grace solía levantarse a las seis para preparar su café de especialidad y revisar sus correos con ese ligero ceño fruncido que se le formaba entre las cejas.

Quizá hoy sería diferente. Quizá se había quedado dormida, dándole vueltas a las mismas ideas que me habían mantenido en vela toda la noche. Quizá estaba acostada en su cama ahora mismo, pensando en mí también.

Me levanté y me arrastré hasta el baño, haciendo una mueca al ver mi reflejo. Tenía el pelo apuntando en todas direcciones y la pintura azul marino de ayer seguía aferrada a mis cutículas. Me lavé los dientes, me eché agua en la cara e intenté parecer una persona

que no se había pasado la mitad de la noche alternando entre sonreírle al techo y entrar en pánico por lo que vendría después.

El departamento estaba en silencio cuando salí. Demasiado silencioso. Caminé en silencio hasta la cocina, con la esperanza de encontrar a Grace allí, quizá incómoda, pero presente. En su lugar, encontré la barra impecable, la cafetera fría y sin usar.

El corazón se me encogió. Revisé la puerta de su cuarto. Cerrada. Toqué suavemente.

—¿Grace?

No hubo respuesta. Volví a tocar, un poco más fuerte.

—Oye, um, quería que habláramos de lo de ayer…

Silencio. Pegué la oreja a la puerta. Nada. Ni el roce de las sábanas ni el tecleo en la computadora.

Giré la perilla. Estaba sin seguro. El cuarto estaba vacío, la cama perfectamente tendida, como si nunca hubiera dormido en ella. Su laptop no estaba en su lugar de siempre sobre el escritorio.

Se había ido. Temprano. Sin tomar café. Sin decir una palabra.

—Mierda —mascullé, dejándome caer contra el marco de la puerta.

Tomé mi celular del cuarto y revisé si tenía mensajes. Nada. Escribí un texto, lo borré y lo volví a escribir.

Oye, te extrañé en la mañana. ¿Podemos hablar?

Le piqué a «enviar» antes de pensarlo demasiado, y al instante me arrepentí de no haber añadido un emoji. ¿Era demasiado serio? ¿Demasiado casual? Dios, qué mala era para estas cosas.

La cocina se sentía demasiado vacía sin sus movimientos precisos, sin su tarareo bajito cuando creía que no la oía. Preparé café en su cafetera carísima, tirando un poco de grano molido en la barra y limpiándolo antes de que pudiera llegar a casa y viera mi desastre. Si es que llegaba.

Las horas se arrastraron. Intenté trabajar en mi cómic, pero todos los personajes que dibujaba se parecían a Grace. Cada página nueva tenía su mandíbula afilada, sus ojos serios que se arrugaban cuando de verdad se reía. Dejé la tableta y me puse a caminar por el departamento, revisando el celular cada cinco minutos.

Para el mediodía, mi mensaje seguía sin respuesta. Le envié otro.

¿Todo bien?

Nada.

Le llamé a las dos de la tarde. Me mandó directo a buzón.

—Hola, soy yo. Solo quería saber cómo estabas. Sobre lo de ayer… Mira, creo que deberíamos hablarlo. ¿Me llamas?

Para las seis de la tarde, estaba mitad preocupada y mitad encabronada. Había pasado de ensayar discursos cursis sobre mis sentimientos a imaginar escenarios cada vez más dramáticos en los que le cantaba sus verdades sobre lo infantil que estaba siendo.

Pedí comida para llevar para una persona, dejando el menú sobre la barra por si llegaba a casa con hambre. Comí sola en la isla de la cocina, scrolleando sin pensar en Instagram mientras una comedia televisiva sonaba de fondo.

A las 9:30, mi celular por fin vibró. Casi se me cae por la prisa de revisarlo.

Trabajo hasta tarde. No me esperes.

Seis palabras. Ni siquiera una mención del beso, de su huida, de nada. Me quedé mirando el mensaje hasta que se me nubló la vista.

—Cobarde —le susurré al departamento vacío.

Le contesté: *Tenemos que hablar de lo que pasó*.

El mensaje apareció como leído al instante. La burbuja de «escribiendo» apareció, desapareció y volvió a aparecer. Finalmente:

No pasó nada.

Parpadeé, mirando la pantalla, mientras sentía una llamarada de coraje en el pecho. ¿Que no pasó nada? Yo no había imaginado ese beso, ni la forma en que se había derretido contra mí, ni el suave gemido que hizo cuando la atraje más cerca.

Pura mierda.

Esperé, pero no hubo más respuesta.

De repente, el departamento se sentía demasiado grande, demasiado silencioso. Tomé mi cuaderno de bocetos y dibujé con furia; esta vez no a Grace, sino líneas quebradas y sombras oscuras, el equivalente visual de gritar contra una almohada. La punta del lápiz se me rompió dos veces por la presión de mi mano.

Para la medianoche, había perdido la esperanza de que volviera a casa. Me acurruqué en el sofá con una cobija, todavía sin ganas de

refugiarme en mi cuarto. Lo último que vi antes de quedarme dormida fue la pantalla de mi celular, aún sin notificaciones.

Ella estaba huyendo. Y yo me había quedado aquí, inmóvil, esperando a que decidiera volver.

Me despertÉ de golpe con el sonido de las llaves en la cerradura. La sala estaba a oscuras, a excepción del brillo tenue de las luces de la ciudad que se colaba por las ventanas. Me dolía el cuello por haberme quedado dormida en el sillón y tenía la boca como lija.

La puerta se abrió despacio, como si alguien intentara no hacer ruido. Grace entró y su silueta se recortó contra la luz del pasillo. Se quedó helada al verme en el sillón.

—Sigues despierta —dijo, con la voz deliberadamente neutra.

Me incorporé, frotándome los ojos.

—No era mi plan. Me quedé dormida esperándote.

Cerró la puerta y dejó su bolsa con movimientos calculados. Todo en ella gritaba control, contención, hermetismo. Llevaba el cabello recogido en un chongo apretado, sin un solo pelo fuera de lugar. Su saco parecía recién planchado a pesar de lo tarde que era.

—No tenías que esperarme —dijo, sin mirarme a los ojos.

—Pues sí, pero… —Me levanté, estirando la espalda para quitarme lo entumido—. Se me hizo que debíamos hablar de cómo me estuviste evitando todo el día.

Se movió hacia la cocina.

—Tuve trabajo.

—Puras mamadas —dije mientras la seguía—. Tu oficina cierra los domingos. Me lo dijiste la semana pasada.

Grace prendió la tetera, dándome la espalda.

—Tenía que entregar algo.

—¿No podías contestar un mensaje? ¿Una llamada? ¿Nada?

No dijo nada. Se puso a medir té de hebra en un infusor con movimientos precisos.

—Grace. —Se me quebró un poco la voz—. Mírame.

Por fin se giró, con el rostro cuidadosamente inexpresivo. Pero sus ojos, sus ojos la delataban. Los tenía enrojecidos y se veían agotados.

—Nos besamos —dije, sin rodeos—. Significó algo. No finjas que no.

Se estremeció como si le hubiera dado una bofetada.

—Riley…

—No, no me digas «Riley» con ese tono, como si yo fuera la irracional. —Di un paso hacia ella—. Tú me besaste. Tú también querías.

La tetera chifló y Grace se volteó para servir el agua, ganando tiempo. Esperé con los brazos cruzados y el corazón martillándome en las costillas.

—Fue un error —dijo por fin, con la voz tan baja que casi no la oí.

—¿Un error? —repetí, y las palabras me supieron amargas—. Claro.

—Vivimos juntas. Tenemos un acuerdo. —Revolvió su té, sin mirarme—. Esto complica las cosas.

Me reí, pero fue una risa corta y sin gracia.

—La vida es complicada, Grace. La gente es complicada.

—Yo no le entro a lo complicado. —Por fin me miró a los ojos—. No así.

—¿Así cómo? ¿Como algo real? —Di otro paso hacia ella—. Porque para mí, esto se siente real.

Negó con la cabeza, y algo parecido al pánico le cruzó el rostro.

—No puedo con esto.

—¿No puedes o no quieres?

—Las dos cosas. —Su voz se endureció—. Te mereces a alguien que no le tenga miedo a todo, Riley. Alguien que sepa cómo hacer esto.

Sus palabras me cayeron como un puñetazo en el estómago. No porque fueran crueles, sino porque debajo del rechazo había algo honesto, algo vulnerable. No me estaba rechazando a mí. Me estaba protegiendo. De ella.

Me suavicé y descrucé los brazos.

—Entonces deja de tener miedo.

Grace se me quedó viendo, con los ojos muy abiertos e inciertos. Por un instante, solo un instante, pensé que iba a estirar la mano hacia mí. Que sus murallas por fin se vendrían abajo.

Pero en lugar de eso, desvió la mirada y sus hombros se tensaron.

—No es tan simple.

—Podría serlo —susurré.

No dijo nada, solo se quedó con la vista clavada en su té, como si contuviera todas las respuestas.

El silencio se extendió entre nosotras, denso con todo lo que no se atrevía a decir. Con todas las oportunidades que no estaba dispuesta a tomar. Esperé, con la esperanza de que me demostrara que estaba equivocada, de que fuera valiente solo por esta vez.

No lo fue.

—Claro —dije al fin, con la voz más firme de lo que me sentía—. Mensaje recibido.

Me di la vuelta y me fui, sin mirar atrás ni siquiera cuando la oí dejar su taza con un golpe seco. La puerta de mi cuarto se cerró a mis espaldas con un suave clic que de alguna manera se sintió más definitivo que un portazo.

Me recargué en ella y me deslicé hasta quedar sentada en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho. Al otro lado del departamento, me imaginé a Grace haciendo lo mismo: las dos solas, separadas por algo más que muros.

La fractura entre nosotras se había abierto por completo, y no estaba segura de que ninguna de las dos supiera cómo cerrarla.

GRACE

Había sido una retirada estratégica.

Eso fue lo que me dije el viernes por la noche mientras aventaba ropa a mi maleta de fin de semana, moviéndome con la precisión mecánica de quien realiza una cirugía. No estaba huyendo. Ni escondiéndome. Solo… replegándome para reagruparme.

—Necesito un poco de silencio para escribir —le escribí a Jules—. ¿Puedo quedarme el fin de semana?

Su respuesta llegó al instante: «La puerta está abierta. El vino está frío. Hablar es opcional».

Por eso amaba a mi hermana. Nunca me presionaba. No como Riley, que presionaba y presionaba hasta que…

Cerré la maleta con una fuerza innecesaria.

El departamento se sentía insoportablemente silencioso mientras recogía mi laptop y mis apuntes. Riley se había ido temprano esa mañana a una cafetería, murmurando algo sobre que necesitaba trabajar en unos encargos. Nos habíamos estado evitando como un par de gatos recelosos desde nuestro enfrentamiento de hacía tres noches.

Desde el beso.

Mis dedos me tocaron los labios antes de que pudiera evitarlo. Bajé la mano, molesta por mi propio sentimentalismo.

Garabateé una nota —«En casa de Jules el fin de semana. Regreso el domingo en la noche»— y la dejé en la barra de la

cocina. Formal. Impersonal. A salvo.

Dudé en la puerta, echando un vistazo al cuarto cerrado de Riley. Por un segundo, me imaginé tocando, despidiéndome como se debe. Quizá hasta explicando…

¿El qué?

¿Que estaba aterrada? ¿Que había pasado dos noches con la mirada clavada en el techo, reviviendo la suavidad de su boca contra la mía? ¿Que cada novela romántica que había escrito de pronto se sentía como una pálida imitación de lo que había surgido entre nosotras en esa cocina?

Me di la vuelta y me fui, cerrando la puerta con llave.

—Te ves fatal —dijo Jules cuando abrió la puerta. Me quitó la maleta sin más comentarios y me guio a su cuarto de huéspedes.

—Gracias. Qué gusto verte a ti también. —Apenas logré sonreír.

—¿Quieres hablar de eso?

—No.

Asintió.

—¿Quieres *no* hablar de eso con un plato de pasta?

—Por Dios, sí.

Más tarde, llena de carbonara y a media botella de Chianti, casi se lo cuento. Las palabras brotaron. Sobre Riley, sobre el beso, sobre cómo llevaba años escribiendo historias de amor, pero no tenía idea de cómo vivir una.

—Mi nuevo libro no está funcionando —dije en su lugar.

Jules me rellenó la copa.

—¿Qué tiene de malo?

—Se siente… hueco. —Me quedé mirando mi copa—. Como si estuviera escribiendo en automático.

—A lo mejor necesitas un nuevo libreto —dijo ella con suavidad.

La fulminé con la mirada.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. —Bebió un sorbo de su vino—. O todo. Depende de qué estés huyendo.

Me puse a la defensiva.

—No estoy huyendo.

—Ok.

—No lo estoy.

Levantó las manos en señal de rendición.

—Ya dije que ok.

Nos quedamos en silencio. Jules nunca presionaba, pero no le hacía falta. Solo creaba espacios donde la verdad podía encontrar la salida por sí sola, si así lo quería.

—Mi compañera de depa y yo nos besamos —solté de sopetón.

Jules no pareció sorprendida.

—¿La artista? ¿Riley?

Asentí, incapaz de mirarla a los ojos.

—¿Y?

—Y fue un error.

—¿Lo fue?

Levanté la vista de golpe.

—Claro que lo fue. Vivimos juntas. Tenemos un acuerdo.

—Ah, sí, el sagrado acuerdo de compañeras de depa. —Jules puso los ojos en blanco—. Más vinculante que los votos matrimoniales.

—No es gracioso.

—Es un poquito gracioso. —Se inclinó hacia adelante—. Grace, ¿cuándo fue la última vez que te permitiste querer algo que te pusiera el mundo de cabeza?

No respondí. No pude.

—Eso pensé. —Se levantó, recogiendo nuestros platos—. El cuarto de huéspedes es todo tuyo. Intenta escribir algo que de verdad te dé miedo decir.

No escribí ni una palabra esa noche. Ni a la mañana siguiente. Me quedé sentada en el soleado cuarto de huéspedes de Jules, con la vista fija en un documento en blanco, el cursor parpadeando de forma acusadora.

Cada vez que lo intentaba, veía el rostro de Riley. El dolor en sus ojos cuando la aparté. La forma en que me había mirado en la cocina, bailando, con la mano extendida como una invitación a algo más que solo un movimiento.

Entonces deja de tener miedo.

Cerré la laptop y rebusqué en mi maleta hasta sacar mi primera novela de Scarlet Aster. La había traído como referencia, pero ahora me encontré pasando las páginas, buscando... ¿qué? ¿Permiso? ¿Valor?

Al final del libro, metido entre las páginas, encontré un viejo cuaderno. Mi diario de planificación de hacía años, lleno de bocetos de personajes y esquemas de la trama. Lo hojeé, sonriendo ante mis meticulosas notas.

Entonces la vi: una página con el título «El interés amoroso perfecto».

Había escrito eso antes de mi primer libro, tratando de descifrar qué tipo de persona desafiaría a mi estirada protagonista. La lista hizo que se me detuviera el corazón:

Caótica. Brillante. Imposible. Bondadosa.

Había subrayado «imposible» tres veces.

Era Riley. Años antes de conocerla, la había creado en papel; la persona exacta que obligaría a mis personajes a enfrentar sus miedos, a abrirse, a vivir.

Y ahora era real, y yo estaba huyendo.

Mi teléfono vibró con un mensaje. Riley.

«Le marqué al número que dejaste. Hablé con tu hermana y me dijo que estás "procesando". Signifique lo que signifique eso. Solo quería decirte que lamento si te presioné demasiado. Entiendo si necesitas espacio. Pero cuando termines de procesar, aquí voy a estar. Sin presiones. Sin expectativas. Solo… aquí».

Me quedé mirando el mensaje con la vista nublada.

Tantos años escribiendo sobre el amor y nunca había entendido el terror que implicaba. El vértigo de estar al borde de algo real.

Volví a abrir la laptop y empecé a teclear.

Me quedé mirando el cursor parpadeante, con los dedos suspendidos sobre el teclado. Las palabras no salían. En lugar de brotar como

solían hacerlo cuando era Scarlet Aster, se sentían atrapadas dentro de mí, detrás de un muro de pánico infranqueable.

Después de una hora de escribir y borrar el mismo párrafo, cerré la laptop de un portazo y empecé a caminar de un lado a otro por el cuarto de huéspedes de Jules. La luz de la mañana se colaba por las cortinas de tela vaporosa, haciendo que el espacio se sintiera amplio y luminoso; justo lo contrario a como me sentía yo por dentro.

—Vas a hacer un surco en mi piso de madera —dijo Jules desde el umbral, con dos tazas de café en la mano. Me pasó una—. Observación de terapeuta: has revisado el celular diecisiete veces en la última hora.

—No es cierto. —Tomé el café, evitando su mirada.

—Veintitrés si contamos las veces que lo has agarrado y vuelto a dejar sin siquiera desbloquearlo.

Me dejé caer en el borde de la cama.

—Odio que te des cuenta de todo.

—Gajes del oficio. —Se sentó a mi lado—. ¿Quieres hablar de lo que de verdad te molesta o seguimos fingiendo que esto es por tu bloqueo de escritora?

Bebí un sorbo de café para ganar tiempo.

—Ambas cosas, supongo. Están conectadas.

—¿Cómo?

—No puedo escribir porque no puedo pensar en nada que no sea… —Dejé la frase en el aire.

—Excepto Riley —terminó Jules por mí.

Asentí, con la vista fija en mi taza.

—La compañera de piso a la que besaste y de la que después saliste huyendo.

—No salí huyendo —protesté—. Me estoy dando un espacio para pensar.

Jules hizo un sonido que era mitad risa, mitad bufido.

—Grace, te dedicas a escribir sobre mujeres que se enamoran y, mírate, aquí estás ahora que el amor toca a tu puerta.

Sus palabras me cayeron como una bofetada. Me levanté, a la defensiva.

—No es lo mismo. Mis libros son ficción. Esto es la vida real.

—Y en la vida real, ¿a qué le tienes tanto miedo?

—A nada. A todo. —Dejé la taza sobre la mesa con un golpe seco —. No tengo miedo.

—Puras mentiras. —La voz de Jules era suave pero firme—. Estás aterrada. Solo quiero saber de qué.

Volví a caminar de un lado a otro, sintiéndome acorralada.

—No funcionaría. Somos demasiado diferentes.

—Esa no es una respuesta.

—Vivimos juntas. Complicaría todo.

—Sigue sin ser una respuesta.

—Ella es caótica e impulsiva y…

—Grace. —Jules me sujetó del brazo al pasar, obligándome a detenerme—. ¿De qué tienes miedo en realidad?

Algo dentro de mí se rompió.

—¡De que se vaya! —Las palabras salieron disparadas, más fuertes de lo que pretendía—. O peor: que se quede y vea quién soy en realidad.

Jules no dijo nada, solo esperó.

—La verdadera yo, la controladora, la fría, la que le tiene miedo a todo. —Se me quebró la voz—. La que ahuyentó a Lauren. La que se ha estado escondiendo detrás de Scarlet Aster porque es más seguro escribir sobre el amor que arriesgarse a vivirlo.

Me desplomé de nuevo en la cama, de pronto exhausta.

—Riley es… tan llena de vida. Tan valiente. Se merece a alguien que pueda igualar esa energía, no a alguien que entra en pánico porque le cambian de lugar el especiero.

Jules se quedó en silencio un momento. Cuando por fin habló, su voz era suave.

—Grace, ¿no se te ha ocurrido que ella ya te ve? ¿A la verdadera tú, no solo a la abogada impecable o a la escritora secreta de novelas románticas, sino todo el paquete? Y aun así, sigue ahí.

Levanté la vista, confundida.

—Piénsalo —continuó Jules—. Lleva semanas viviendo contigo. Ha visto tu clóset organizado por colores y tus listas del súper en blocs de notas legales. Te ha visto enloquecer por manchas de

pintura y tazas de café reorganizadas. Y después de todo eso, aun así quiso besarte.

No lo había pensado de esa manera.

—Me mandó un mensaje, ¿sabes? —dijo Jules—. Después de que llamó para acá.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Le contestaste?

—Anoche, después de que te fuiste a dormir. Y sí, le contesté. Estaba preocupada por ti, y ella también parecía estarlo.

—¿Qué te dijo? —No pude ocultar la urgencia en mi voz.

Jules sonrió.

—Preguntó si estabas bien. Dijo que le preocupaba haber presionado demasiado. Y luego me dijo que te dijera que «la pelota está totalmente de tu lado, sin presiones», pero que cree que vale la pena esperarte.

Algo cálido se expandió en mi pecho.

—No estás usando la lógica, Grace. Estás usando el miedo como un escudo. —Jules me apretó la mano—. Riley te aterra porque te importa.

Me quedé con esa verdad, dejando que se asentara en mis huesos. Riley me importaba. Más de lo que me había permitido admitir.

—¿Y si lo arruino? —susurré.

—Podrías —dijo Jules, encogiéndose de hombros—. Ese es el riesgo. Pero ¿y si no?

Tomé mi celular y me quedé mirando el último mensaje de Riley. Mi pulgar flotaba sobre la pantalla.

—Sabes —dijo Jules, poniéndose de pie—, todas esas mujeres de tus libros son, de alguna manera, una versión de ti. La tú que es lo suficientemente valiente como para ir por lo que quiere.

Caminó hacia la puerta y se detuvo.

—Quizá ya es hora de que Scarlet Aster siga su propio consejo.

Cuando se fue, volví a abrir la laptop. Pero en lugar de intentar escribir mi novela, abrí un documento nuevo. Una carta para Riley. Ahora las palabras salían con facilidad, fluyendo desde un lugar de honestidad que había estado evitando.

Cuando terminé, la leí una vez y luego agarré el celular.

Mañana regreso a casa. ¿Podemos hablar?

Su respuesta llegó casi al instante.

Mi agenda está sospechosamente libre. Algo sobre una roomie que me abandonó toda la semana.

Sonreí, sintiéndome más ligera que en días.

Me lo merezco.

Aparecieron tres puntos, desaparecieron y volvieron a aparecer.

Solo regresa a casa, Grace.

Casa. La palabra se instaló en mi pecho como una promesa.

RILEY

Llevaba tres horas con la vista clavada en el mismo lienzo en blanco. Por lo general, el arte era el único lugar donde mi caótico cerebro cobraba sentido. Pero hoy, cada pincelada se sentía equivocada; cada elección de color, un error. Al final, arrojé el pincel al otro lado del cuarto y lo vi dejar un satisfactorio manchón azul en la impecable pared blanca de Grace.

Mierda.

Ahora tendría que limpiarlo antes de que volviera.

Si es que volvía.

Habían pasado días desde el beso. Días desde que Grace prácticamente había salido corriendo del departamento con el pretexto chafa de que «necesitaba espacio para escribir». Días en los que yo había alternado entre el enojo, el dolor y esa clase de esperanza desesperada que me hacía revisar el celular cada cinco minutos.

Le llamé a mi hermana.

—¿La Reina de Hielo sigue de prófuga? —contestó Mia, con el griterío de su hijo pequeño de fondo.

—Sip —contesté, dejándome caer en el sillón. Me acurruqué en la esquina donde Grace solía sentarse. Todavía olía un poco a su perfume—. Soy patética. Estoy olfateando su cojín.

—Qué asco. Y sí, eres patética.

—Gracias por el apoyo.

—¿Quieres apoyo o quieres la verdad? —preguntó Mia. El ruido de fondo disminuyó; seguro se había ido a otro cuarto.

—¿Ambas? ¿Se pueden ambas?

—Bien. Apoyo: es una idiota por haber salido huyendo. Verdad: sabías perfectamente en lo que te estabas metiendo.

Solté un quejido.

—¡Claro que no! ¿Cómo iba a saber que saldría disparada como venado asustado después de un solo beso?

—Porque es Grace. Te sorprende que la mujer que te entregó un contrato legal para ser *roomies* se paniqueara cuando cruzaste la línea.

Me incorporé, a la defensiva.

—¡Ella me devolvió el beso! No fui solo yo. Estaba… —me interrumpí al recordar cómo Grace se había derretido contra mí, con sus manos en mi cabello, el sonidito que hizo cuando la atraje más cerca—. Ella también lo quería.

—Seguro que sí. Y luego su cerebro alcanzó a su cuerpo y entró en pánico total.

Suspiré, desinflándome.

—Entonces, ¿qué hago ahora?

—Pues, ¿tú qué quieres?

—Quiero que vuelva para poder decirle que está siendo ridícula.

—Uf, sí, seguro funciona de maravilla —pude escucharla poner los ojos en blanco—. Riley, sé honesta. ¿Estás molesta por el beso o por lo que significa?

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Significa… —hizo una pausa y la oí decirle a Ollie que dejara de meterle Cheerios en la oreja al perro—. Significa que no solo estás molesta porque huyó. Estás molesta porque de verdad te importa. O sea, de verdad te importa.

No respondí.

—¿Riley?

—No sé qué siento —dije al fin, pero las palabras sonaron huecas.

—Puras mamadas. Sabes perfectamente lo que sientes. Solo te da miedo.

—No tengo miedo —protesté—. Yo soy la que se quedó, ¿recuerdas? No la que salió huyendo.

—No, tú solo eres la que siempre elige a personas que nunca se van a comprometer por completo, y luego te haces la sorprendida cuando no lo hacen. Llevas haciendo eso desde la prepa.

—Eso no es… —empecé a decir, y me detuve.

¿Tenía razón? ¿Me había estado saboteando a mí misma todo este tiempo?

—¿Te acuerdas de Jen? ¿La chica «hetero» que solo se besaba contigo en las fiestas? ¿O de Dani, que estaba «demasiado concentrada en su carrera» para una relación? ¿O de esa DJ que literalmente se iba del país en tres meses?

—Ok, ok. Ya entendí —me pasé una mano por el pelo, frustrada —. Pero Grace es diferente.

—¿Lo es? ¿O solo es otra mujer hermosa e inalcanzable por la que puedes suspirar sin arriesgar el corazón?

La pregunta me cayó como un balde de agua fría. Me quedé en silencio, dejando que la verdad me inundara.

—No mames —susurré finalmente.

—Ahí está.

—Estoy enamorada de ella —las palabras salieron en un susurro temeroso—. De verdad enamorada. No solo es atracción o capricho o lo que sea.

—No me digas.

—¿Qué hago?

Mia suspiró.

—Podrías empezar por ser honesta contigo misma sobre lo que quieres. Y luego, tal vez, con ella.

—¿Y si ella no quiere lo mismo?

—Pues al menos ya lo sabrás. Y podrán dejar de vivir en este limbo extraño en el que ambas fingen ser solo *roomies* que intercambiaron saliva por accidente.

Me reí a mi pesar.

—Qué bárbara, tienes un don con las palabras.

—Aprendí de la mejor. Ahora ve a limpiar el desmadre que seguro hiciste en su departamento antes de que vuelva.

—¿Cómo su…

—Te conozco, ¿recuerdas? Eres mi hermana, la artista del desastre que expresa sus sentimientos causando daños a la propiedad.

Después de colgar, me quedé viendo el manchón azul en la pared. Luego me levanté, busqué cosas para limpiar y, con cuidado, eliminé toda evidencia de mi arrebato emocional.

Mi celular vibró con un mensaje. Casi se me cae de la prisa con la que lo agarré.

Mañana regreso a casa. ¿Podemos hablar?

Mi corazón hizo una complicada rutina de gimnasia en mi pecho. Escribí y borré tres respuestas diferentes antes de decidirme por algo que se sintiera casual y honesto a la vez.

Mi agenda está sospechosamente libre. Algo que ver con una roomie que me abandonó todo el fin de semana.

Su respuesta llegó rápido.

Me lo merezco.

Sonreí, con una mezcla de alivio y nerviosismo inundándome. Era el momento. Se acabó el huir… para las dos.

Solo vuelve a casa, Grace.

GRACE

No tenía planeado volver a ver el stream de Riley. Era solo ruido de fondo mientras empacaba, algo para llenar el silencio del cuarto de visitas de Jules, que después de tres días empezaba a sentirse claustrofóbico.

—Para los que apenas van llegando, estamos trabajando en el número cuatro de «Corazones de tinta» —resonó la voz de Riley desde las bocinas de mi laptop—. La semana pasada dejamos a Piper y a Max en una situación un tanto complicada, después de su casi beso en el estudio de arte.

Me detuve, con la blusa perfectamente doblada a medio meter en mi maleta de viaje. Un casi beso en un estudio de arte. Eso me sonaba familiar.

En la pantalla, Riley ajustó la cámara y hojeó su cuaderno de dibujo.

—Muchos de ustedes han estado preguntando por Piper. Que por qué es tan estirada, que por qué no puede simplemente decirle a Max lo que siente. —Se rio; esa risa cálida y un poco ronca que se había convertido en la banda sonora de mis noches—. Créanme, yo me hago la misma pregunta todos los días.

Me senté al borde de la cama, enganchada a pesar de mí misma.

—Pero este es el rollo con Piper —continuó Riley, mientras su lápiz se movía con seguridad sobre la página—. No es que sea solo

una estirada. Tiene miedo. Ha pasado toda su vida siendo perfecta porque cree que si comete un solo error, todo se va a desmoronar.

Sentí un nudo en la garganta.

—¿Y Max? Bueno, Max también está aterrada. Actúa toda confiada y despreocupada, pero está igual de asustada que Piper. Solo que es mejor para ocultarlo.

La cámara hizo zoom en el boceto de Riley. Dos mujeres, una frente a la otra, la tensión palpable en cada trazo. Una alta, serena, con el cabello pulcramente recogido; la otra más baja, más desaliñada, con una media sonrisa que parecía un desafío. No éramos nosotras, no exactamente, pero el parecido era inconfundible.

—Max cree que no es suficiente —dijo Riley en voz baja, mientras sombreaba un detalle—. Cree que Piper merece a alguien que tenga su vida en orden. Alguien que no derrame café sobre documentos importantes ni se olvide de pagar la cuenta de la luz.

Me incliné hacia la pantalla, observando cómo los personajes tomaban forma bajo las manos de Riley. La mujer más alta —Piper— tenía mi postura, mi expresión cautelosa. Pero Riley la había dibujado con algo que yo rara vez veía en mí misma: vulnerabilidad.

—Pero lo que Max no entiende es que Piper no quiere la perfección. Se está ahogando en la perfección. Lo que necesita es a alguien que le enseñe a respirar.

Entonces, Riley levantó la vista hacia la cámara y, aun a través de la grabación, sentí como si me estuviera mirando directamente a mí.

—A veces lo que más asusta no es fracasar. Es tener éxito en algo que nunca creíste que podrías conseguir.

Cerré los ojos, dejando que sus palabras calaran hondo.

Cuando los volví a abrir, Riley estaba respondiendo preguntas de los espectadores.

—Sí, SapphicStardust, Piper definitivamente está basada en alguien real —se rio—. No, no les voy a decir quién. Pero sí, es igual de frustrante en la vida real.

Hizo una pausa mientras leía otro comentario.

—¿Van a terminar juntas? Todavía no lo sé. Eso espero. Pero eso no depende solo de mí, ¿o sí? A veces las historias tienen vida

propia.

Alargué la mano y toqué la pantalla, delineando el contorno del rostro de Riley. Todo este tiempo, ella había estado procesando lo nuestro —a mí— a través de su arte. Exponiéndose ante cualquiera que quisiera ver, mientras yo me escondía detrás de puertas cerradas y cláusulas legales.

El stream continuó, pero ya casi no estaba escuchando. Abrí una nueva pestaña y busqué el archivo de cómics de Riley. Número uno, número dos, número tres… Empecé a leer desde el principio, queriendo perderme en su versión de nuestra historia.

Dos horas después, estaba sentada en medio del contenido de mi maleta a medio empacar, completamente absorta. La historia no era solo sobre nosotras —era más grande, más compleja—, pero el núcleo, el corazón de todo, era sin duda nuestro baile. Cada paso hacia adelante, cada retirada. Cada momento de conexión y cada muro que yo había construido.

En el número tres, Piper encontraba el cuaderno de Max, lleno de páginas y páginas de dibujos de ella.

«Me ves», susurraba la Piper del cómic. «Nadie me ve».

«Siempre te he visto», respondía la Max del cómic. «He estado intentando mostrarte cómo te veo».

Cerré la laptop, y de repente sentí que me faltaba el aire. Riley me había estado mostrando, *le había estado mostrando a todo el mundo*, cómo me veía. No como la persona perfecta y controlada que pretendía ser, sino como alguien digna de ser la heroína de una historia de amor. Alguien lo suficientemente valiente como para ser amada.

Mi celular vibró con un mensaje de Jules: *La cena en diez. ¿Bajas o sigues escondida?*

Miré mi maleta a medio hacer, luego la laptop cerrada. Pensé en Riley, sola en nuestro departamento, esperando a que yo volviera a casa o saliera huyendo otra vez.

Ya bajo, le respondí. *Y después de eso, me voy a casa*.

Ya era hora, respondió Jules al instante. *Por cierto, es linda. Busqué su cómic*.

Sonreí y negué con la cabeza. Claro que lo había hecho.

Mientras bajaba las escaleras, me sentí más ligera de lo que me había sentido en días. Quizá en años. Todavía no sabía qué le iba a decir a Riley cuando la viera mañana, pero, por primera vez, no estaba aterrada de descubrirlo.

Había pasado toda mi vida escondiéndome detrás de palabras perfectas en una página. Quizá era hora de escribir un tipo de historia diferente. Una en la que no supiera el final de antemano.

GRACE

Me quedé parada en el pasillo, afuera de la puerta de nuestro departamento, por casi cinco minutos. Con las llaves en la mano y la bolsa al hombro, inmóvil. A través de la puerta se escuchaba una música tenue. Algo indie y melancólico.

La playlist triste de Riley.

Pasé todo el camino de regreso desde casa de Jules ensayando qué decir. Cómo explicarle. Pero cada frase que había practicado se sentía hueca ahora que por fin estaba aquí.

Cuando por fin abrí, el departamento estaba más oscuro que de costumbre. Riley había cerrado las cortinas y solo había dejado encendida la luz de la cocina. Estaba sentada en la barra, dibujando algo, de espaldas a mí. No se volteó cuando entré.

—Hola —dije, dejando la bolsa en el suelo con cuidado—. Ya regresé.

El lápiz de Riley se detuvo un instante y luego continuó su trazo sobre el papel.

—Ya veo.

Su voz era plana. Sin calidez, sin vida, sin nada del brillo habitual de Riley que siempre llenaba cada rincón de este lugar. Me lo merecía.

—¿Qué tal tu semana? —pregunté, avanzando hacia la cocina como si fuera un día cualquiera, como si no hubiera salido huyendo después de besarla, como si todo estuviera bien.

Riley por fin se giró, con una expresión cuidadosamente neutra.

—¿De verdad vamos a hacer esto?

—¿Hacer qué?

—Esto —dijo, señalando el espacio entre las dos—. La platiquita. Fingir que no pasó nada.

Me entretuve con la tetera eléctrica, necesitaba hacer algo con las manos.

—Solo preguntaba por tu semana.

—Mi semana fue una mierda, Grace. Me la pasé preguntándome por qué la persona que besé salió corriendo como si yo fuera contagiosa.

La tetera hizo clic al encenderse. Me le quedé viendo, observando cómo el agua empezaba a burbujear.

—No salí corriendo.

—Te fuiste de la ciudad, literal.

—Fui a casa de Jules a escribir. Te lo dije.

Riley soltó una risa seca, sin rastro de humor.

—Claro. Porque es imposible que escribieras aquí. No conmigo contaminando tu espacio perfecto.

—Eso no es justo.

—No, lo que no es justo es besar a alguien y luego desaparecer por días. —Cerró su cuaderno de dibujo de un golpe—. Lo que no es justo es hacerme sentir que hice algo mal cuando lo único que hice fue…

—¿Lo único que hiciste fue qué? —Me giré para encararla—. ¿Poner todo de cabeza? ¿Hacer que me cuestione cada límite que he construido con tanto cuidado? ¿Hacer que sienta cosas que llevo años intentando no sentir?

Riley me miró fijamente, con los ojos un poco más abiertos por la sorpresa.

—¿Eso fue lo que hice?

—Tú sabes que sí.

—No, de hecho, no sé nada porque no me dices nada. —Se bajó del banco de la barra, y cada uno de sus movimientos irradiaba frustración—. Escribes esas historias preciosas sobre mujeres que se enamoran, pero en cuanto alguien intenta quererte, sales huyendo.

La tetera hizo clic detrás de mí; se había apagado y yo ni cuenta me había dado.

—Yo no huyo.

—¡Estás huyendo ahora mismo! Ahí parada, fingiendo que somos *roomies* que de vez en cuando platican del clima.

—¿Qué quieres de mí, Riley? —mi voz se alzó a pesar de mis esfuerzos por mantener la calma—. ¿Una declaración? ¿Una promesa? No puedo darte eso.

—Quiero que seas honesta. Conmigo y contigo misma.

—Bien. ¿Quieres honestidad? —Las palabras se me escaparon antes de poder detenerlas—. Estoy aterrada. ¿Eso es lo que quieres oír? ¿Que llegaste aquí con tu caos, tu pintura y tu estúpida sonrisa perfecta y lo arruinaste todo?

Riley se estremeció, pero mantuvo la mirada firme.

—Yo no arruiné nada. Solo te mostré lo que ya estaba ahí.

—¿Y qué es eso?

—Que no eres tan fría como aparentas. Que quieres cosas caóticas y reales, como todo el mundo. —Dio un paso hacia mí—. Que me deseas.

Retrocedí hasta topar con la barra.

—Desear no es suficiente.

—Es un comienzo.

—No, es un desastre anunciado. —Me crucé de brazos con fuerza —. No te tomas nada en serio, Riley. Ni tu carrera, ni tus finanzas, ni las relaciones. Para ti todo es un chiste, una aventura o algo para dibujar.

Su rostro se endureció.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

—Pienso que vives como si las consecuencias no existieran. Como si, cuando algo se pone difícil, pudieras simplemente pasar a lo que sigue.

—Qué curioso que lo digas tú, que sales corriendo en cuanto las cosas se ponen serias. —La voz de Riley se quebró ligeramente—. ¿Crees que no me tomo las cosas en serio? Yo te tomo en serio a ti. Nos tomo en serio a nosotras.

—No hay un «nosotras».

En el instante en que las palabras salieron de mi boca, supe que había ido demasiado lejos. Riley retrocedió como si la hubiera abofeteado.

—Vaya. —Asintió lentamente, con los ojos brillantes por las lágrimas que no derramaba—. Mensaje recibido.

—Riley…

—No, tienes razón. No hay un «nosotras». Solo estás tú, escondida detrás de tus reglas, de tu departamento perfecto y de tus libros secretos. Y estoy yo, pensando que podría ser suficiente para que te atrevieras a ser valiente.

—¿Crees que soy fría? —Las palabras brotaron desde algún lugar muy profundo—. Estoy asustada. Tú me das miedo.

Riley me observó por un largo momento, y su expresión se suavizó un poco.

—Entonces estamos a mano. Porque eres la primera persona por la que he querido quedarme.

El silencio que siguió pareció eterno. Nos quedamos ahí, las dos con la respiración agitada, con el peso de todo lo dicho y lo no dicho suspendido entre nosotras.

Finalmente, Riley se dio la vuelta. Agarró su chamarra del respaldo del sofá y sus llaves del cuenco junto a la entrada.

—¿A dónde vas? —pregunté, con el pánico subiéndome por la garganta.

—A la calle. Lejos. No sé. —Se encogió de hombros mientras se ponía la chamarra—. Ya encontraré otro lugar donde vivir.

—Riley, no…

—¿Que no haga qué? ¿Que no me vaya? ¿Que no espere más? ¿Que no te quiera? Demasiado tarde para todo eso.

Quería moverme, detenerla, decir algo —*lo que fuera*— que pudiera arreglar esto. Pero me quedé congelada, viendo cómo abría la puerta.

Se detuvo en el umbral, sin mirar atrás.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre nosotras, Grace? Yo también tengo miedo. La diferencia es que yo estoy dispuesta a tener miedo e intentarlo de todos modos.

La puerta se cerró tras ella con un suave clic. Sin portazos dramáticos, sin un último estallido. Simplemente… se había ido.

Me quedé de pie en la cocina, mirando el espacio vacío que había dejado, sintiendo como si todo el aire hubiera sido succionado de la habitación. De repente, el departamento parecía demasiado grande, demasiado silencioso, demasiado vacío.

Un maullido suave me hizo bajar la vista. Milo estaba sentado a mis pies, mirándome con lo que sentí como una acusación.

—Va a volver —le dije, aunque mi voz sonó hueca hasta para mis propios oídos—. Tiene que volver. Sus cosas están aquí.

Milo solo se me quedó viendo, luego se dio la vuelta y caminó sigilosamente hacia la puerta, donde se acomodó, con la cola enroscada alrededor de sus patas, observando y esperando.

Me deslicé hasta el suelo de la cocina, con la espalda contra los gabinetes, y por fin dejé que las lágrimas corrieran.

25

GRACE

La puerta se cerró con un clic que resonó por todo el departamento como un disparo. Me quedé paralizada, con la mirada fija en el lugar donde Riley había estado hacía solo unos instantes.

Esperaba que azotara la puerta. Que gritara. Que hiciera una salida dramática, digna de su arrolladora personalidad. La forma silenciosa en que se fue me dolió más de lo que cualquier berrinche hubiera podido hacerlo.

—Va a volver —le dije a la habitación vacía; mi voz sonó hueca hasta para mis propios oídos—. Tiene que volver por sus cosas.

Pero yo sabía que esto era diferente. La mirada en sus ojos cuando dijo que ya no podía esperarme más… no era de enojo. Era de resignación.

Caminé a la cocina en piloto automático y me serví una copa de vino. Era la botella que Riley había traído la semana pasada, diciendo que tenía *notas de chocolate y rebeldía*. En ese momento puse los ojos en blanco. Ahora daría lo que fuera por haberme reído en su lugar.

El departamento se sentía ajeno sin ella. Demasiado silencioso. Demasiado limpio. Demasiado vacío.

Vi al gato de Riley, Milo, sentado junto a la puerta de entrada. Su cola naranja se movía de un lado a otro mientras la miraba con expectación.

—Hoy no va a volver —le dije con la voz quebrada.

Me ignoró y continuó con su vigilante guardia.

Me dejé caer en el sofá, olvidando el vino sobre la mesita de centro. El cojín aún conservaba la hendidura del lugar donde Riley había estado sentada antes, dibujando con las piernas dobladas debajo de ella. Tarareaba en voz baja una de esas canciones indie que yo fingía odiar, pero que en secreto había añadido a mi playlist.

¿Por qué no pude decírselo? ¿Por qué no pude decirle que me aterraba porque ella me importaba? ¿Que me estaba enamorando de su energía caótica, de su creatividad sin límites, de su corazón valiente?

Porque era una cobarde. Porque admitir lo que sentía significaba arriesgarlo todo.

Mi vista se desvió hacia la pared donde Riley había colgado una de sus pinturas: un torbellino de azules y morados que, de alguna manera, capturaba exactamente lo que se sentía estar en el balcón durante una tormenta eléctrica. Cuando la colgó, me quejé del hoyo del clavo en la pared. Ahora no podía imaginarme ese espacio sin ella.

Las horas pasaron. Milo permaneció en su puesto junto a la puerta, maullando lastimeramente de vez en cuando. Cuando llegó la hora de la cena, abrí una lata de su comida y la puse en su plato.

—Vamos, amiguito. Ya volverá.

Me miró con lo que me pareció una mirada de reproche en sus ojos amarillos y luego regresó a la puerta.

—Bueno. Muérete de hambre, pues —dije, aunque de todos modos le dejé el plato cerca.

Las lágrimas llegaron sin previo aviso. En un momento estaba de pie en la cocina y, al siguiente, me deslizaba por el refrigerador hasta quedar en el suelo, sollozando con la cara hundida en mis rodillas. Lloré por la mujer que se había ido, por el desastre que yo había provocado, por la felicidad que había alejado por tener demasiado miedo de alcanzarla.

Cuando por fin cesaron las lágrimas, me sequé la cara con el dorso de la mano y levanté la vista. Milo estaba sentado frente a mí, con la comida intacta.

—Tú también la extrañas, ¿eh?

Parpadeó lentamente, se acercó con sigilo y se subió a mi regazo, algo que nunca antes había hecho. Siempre había sido el gato de Riley; a mí, en el mejor de los casos, me toleraba. Ahora, amasaba mis muslos, ronroneando suavemente como si intentara consolarme.

Acaricié su pelaje naranja, recordando cómo Riley se burlaba de que poco a poco me lo estaba ganando. «Él sabe», había dicho ella con esa sonrisa chueca que hacía que mi corazón diera un vuelco.

—La regué —le susurré a Milo—. La regué espantosamente.

Mi celular estaba sobre la barra, provocándome. Podía llamarla. Mandarle un mensaje. Pedirle que volviera a casa.

Casa. ¿Cuándo había empezado a pensar en este lugar como nuestro hogar y no solo como mi departamento?

Tomé el celular y abrí nuestra conversación. Los últimos mensajes de verdad eran de la semana pasada; Riley preguntaba si quería algo de la cafetería. Una pregunta tan ordinaria. Entonces no sabía que todo se derrumbaría horas después.

Escribí un mensaje tras otro, borrándolos todos.

Lo siento.

Por favor, vuelve.

Ya te extraño.

Me da miedo lo mucho que te necesito.

Ninguno parecía correcto. Ninguno parecía suficiente.

Al final, dejé el celular sin enviar nada. ¿Qué derecho tenía de pedirle que volviera si no podía darle lo que necesitaba? ¿Si ni siquiera podía admitirme a mí misma lo profundo que eran mis sentimientos por ella?

Con el tiempo, Milo saltó de mi regazo y volvió a su vigilia junto a la puerta. Lo observé durante un largo rato y luego caminé hacia mi recámara.

El departamento estaba impecable, tal como era antes de que Riley se mudara. Sin pinceles en los vasos. Sin bocetos pegados en el refri. Sin calcetines desparejados abandonados en la mesita de centro.

Estaba perfecto. Y perfectamente vacío.

Me senté en mi escritorio y abrí la laptop. Por primera vez en mi carrera, de verdad no tenía palabras. Los personajes se sentían planos; sus emociones, ecos huecos de lo que yo estaba sintiendo.

Porque la verdad era que nunca había entendido el amor hasta que llegó Riley. Había escrito sobre él, lo había creado para mis personajes, pero nunca me había permitido sentirlo. No de verdad.

Y ahora que lo había encontrado, lo había alejado.

Cerré la laptop y miré a mi alrededor, a mi perfecto y vacío departamento.

—¿Qué estoy haciendo? —susurré para mis adentros.

Milo maulló desde el pasillo, sin quitarle los ojos a la puerta, esperando a la única persona que había traído caos, color y vida a nuestro mundo cuidadosamente ordenado.

La única persona de la que no podía admitir que estaba perdidamente enamorada.

RILEY

Me tapé hasta la cabeza con el edredón para que no me diera la luz de la tarde que se colaba entre las persianas del cuarto de visitas de mi hermana. La almohada bajo mi mejilla estaba húmeda, llevaba horas así, pero no tenía ni la energía para darle la vuelta y usar el lado seco. ¿Qué caso tenía? Acabaría empapando ese lado también.

La puerta del cuarto se abrió de golpe con la misma sutileza de un meteorito.

—Se acabó —anunció Mia—. Son las dos de la tarde de un miércoles y no has salido de este cuarto en veinticuatro horas.

Solté un quejido y me hundí más bajo las sábanas.

—Déjame en paz.

Me arrancó el edredón de las manos, exponiéndome a la cruda realidad de la luz del día y a la cara de pocos amigos de mi hermana.

—Apestas —me informó, arrugando la nariz—. Y este cuarto huele a tristeza y a comida para llevar de hace tres días.

—Solo ha sido un día —mascullé, haciéndome bolita.

—Un día es más que suficiente. —Mia se sentó en el borde de la cama y su peso creó un hundimiento en el colchón que casi me hizo rodar hacia ella—. A ver, entiendo. Tuvieron una pelea. Una muy fuerte. Pero no puedes simplemente evaporarte.

Por fin la miré, con los ojos hinchados y en carne viva.

—No la oíste, Mia. No le viste la cara. Ya no quiere saber nada de mí.

—¿Te lo dijo así, tal cual?

—No hizo falta. —Me senté y me pasé una mano por el pelo enmarañado—. Dijo que la asusto. Que no se le dan los sentimientos ni que la conozcan a fondo. —Tragué saliva con dificultad—. Y tiene razón. Presiono demasiado. Soy demasiado intensa.

Mia bufó.

—Eso es pura mamada y lo sabes.

—¿Ah, sí? Todas mis relaciones han terminado igual. Me pongo demasiado intensa, muy rápido, y salen huyendo.

—O a lo mejor —dijo Mia con cuidado—, escoges a personas que no están listas para lo que ofreces. Encuentras a las que tienen murallas y te convences de que puedes escalarlas.

La miré fijamente.

—Eso no es… cierto.

—¿No? Nómbrame a una sola persona con la que hayas salido que no tuviera algún tipo de bloqueo emocional.

Abrí la boca y volví a cerrarla.

—Exacto. —Se levantó y abrió las cortinas, inundando el cuarto con la luz de la tarde—. Pero esta vez es diferente.

—¿Por qué? —pregunté, cubriéndome los ojos.

—Porque a Grace de verdad le importas. Solo está asustada.

—Todo el mundo tiene miedo —dije con amargura—. Yo también tengo miedo. Pero aun así, yo sí di la cara.

Mia se giró para mirarme, con una expresión más suave.

—Lo sé. Y estoy orgullosa de ti por eso. —Volvió a sentarse—. Pero quizá Grace necesita que des la cara de otra forma. No todo el mundo sabe amar como tú: de golpe y sin reservas.

Me puse a jalar un hilo suelto de la sábana.

—¿Y entonces qué? ¿Se supone que me quede aquí esperando a que ella decida si valgo la pena el riesgo?

—No. Se supone que *tú* decidas si vale la pena esperarla *a ella*.

Sus palabras quedaron flotando entre nosotras, cargadas de verdad.

—No sé —susurré—. No sé si puedo volver a pasar por esto.

Mia me tomó la mano y me la apretó.

—Bueno, pues mientras lo averiguas, te tengo una noticia que chance y te saca de la cama.

—Si es otra cita a ciegas, te juro que…

—No es eso. —Sonrió de oreja a oreja—. ¿Te acuerdas de Eliza, la de mi club de lectura? ¿La que es dueña de esa galería en Wicker Park?

Asentí lentamente.

—Puede que le haya enseñado tu portafolio. El digital que tenías en la tablet que dejaste en mi mesita de centro.

—¿Que hiciste qué? —Me enderecé de golpe.

—Y puede que le haya encantado tu serie de cómics. Sobre todo las páginas nuevas de la abogada y la artista.

Me dio un vuelco el corazón.

—Mia…

—Quiere exponer tu obra en la exhibición del próximo mes. Una pared entera, Riley. Para tus cómics e ilustraciones.

La miré parpadeando, segura de que había oído mal.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. Dijo que es «cruda e íntima» y que captura el anhelo queer de una forma que no había visto antes. —La sonrisa de Mia se ensanchó—. Tienes que llamarle hoy mismo.

—No puedo… yo no estoy… —hice un ademán vago hacia mí misma, hacia el desastre de pañuelos y botes de comida que rodeaban la cama.

—Claro que puedes. Después de que te bañes. —Se levantó y me puso de pie de un tirón—. Para esto has estado trabajando, Ri. No dejes que una pelea te quite esta oportunidad.

Dejé que sus palabras calaran. Una exposición en una galería. Mi trabajo, en paredes de verdad, donde la gente pudiera verlo. La idea me provocó una mezcla de terror y emoción a partes iguales.

—¿Y si a nadie le gusta? —pregunté en voz baja.

—Pues son unos idiotas. —Mia se encogió de hombros—. Pero Eliza no es ninguna idiota y a ella le fascina. Eso ya es una victoria.

Asentí despacio y sentí que algo además de la pena se removía en mi pecho por primera vez desde que salí del departamento de

Grace.

—Hay algo más —dijo Mia, con un tono más dulce—. La exposición se inaugura el 15. Esa fecha es…

—El lanzamiento del nuevo libro de Scarlet Aster —terminé la frase—. El libro de Grace.

Mia asintió.

—Chance y es una señal.

Ya no estaba segura de creer en las señales. Pero mientras me dirigía a la regadera, no pude evitar preguntarme si Grace vería el anuncio de la exposición. Si reconocería a los personajes que había dibujado, esos que se parecían sospechosamente a nosotras. Si entendería que cada viñeta era una carta de amor que no había sabido cómo escribir de otra forma.

Y, por primera vez desde nuestra pelea, me permití la esperanza de que tal vez, solo tal vez, este no era el final de nuestra historia.

GRACE

Le clavé la mirada a la pantalla de mi laptop. El cursor parpadeaba, como si se burlara de mí desde una página casi en blanco. Habían pasado tres días desde que Riley se había ido y apenas había logrado escribir una frase coherente. Mi fecha de entrega estaba a la vuelta de la esquina y yo solo tenía fragmentos, intentos fallidos y un hueco en el pecho.

El café a mi lado ya estaba frío. Milo se enroscó en mis tobillos, maullando de vez en cuando, como para recordarme que él también la extrañaba.

—Lo sé —le susurré—. Yo también la extraño.

El departamento se sentía… raro sin el caos de Riley. Demasiado silencioso. Demasiado vacío. Demasiado parecido al espacio estéril que era antes de que ella llegara con sus calcetines disparejos y todo lleno de salpicaduras de pintura.

Le eché un ojo al reloj: 2:17 a. m. Tampoco iba a poder dormir esta noche. Con un suspiro, cerré el archivo de mi manuscrito y abrí el navegador. Antes de que pudiera arrepentirme, entré al canal de arte de Riley.

No había publicado nada nuevo desde nuestra pelea. Pero sus videos viejos seguían ahí, un archivo digital de su genialidad que había tenido demasiado miedo de apreciar por completo cuando la tenía justo enfrente de mí.

Le di clic a uno de hacía dos meses, titulado «Por qué dibujo historias de amor queer (y por qué debería importarte)».

La cara de Riley llenó mi pantalla. Tenía el pelo recogido en un chongo despeinado y una mancha de pintura azul en la mejilla. Miraba directo a la cámara con esa sinceridad que me desarmaba y que me había aterrorizado desde el principio.

—Pues alguien me preguntó ayer por qué solo dibujo personajes queer enamorándose —empezó, mientras apartaba unos papeles fuera de cámara—. Y estuve piense y piense toda la noche, porque la respuesta no es tan simple, ¿saben?

La observé gesticular con las manos mientras hablaba, tan animada y sin filtros, de una forma en la que yo nunca me había permitido ser.

—Dibujo estas historias porque yo las necesitaba cuando era más joven. Porque los finales felices no deberían ser solo para la gente hetero. Porque la representación importa, claro, pero es más que eso. —Hizo una pausa, pensativa—. Las dibujo porque el amor le da miedo a todo el mundo, pero da todavía más miedo cuando te han dicho que tu forma de amar está mal, es diferente o vale menos.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Y aun así —continuó Riley—, la gente queer se enamora de todos modos. Nos arriesgamos. Nos elegimos en un mundo que no siempre nos elige. Y eso no solo es valiente, es… revolucionario.

Pausé el video. Sus palabras resonaban en mi cabeza: *Nos arriesgamos de todos modos*.

Todo este tiempo me había estado escondiendo detrás de mi ficción, creando mundos donde mujeres como yo encontraban el amor, mientras yo lo evitaba sistemáticamente en mi vida real.

Y Riley… Riley lo vivía. Dibujaba lo que sentía y lo subía a internet para que un montón de extraños lo juzgaran. Plasmaba sus emociones en lienzos y viñetas de cómic. Intentó acercarse a mí a pesar de mis barreras, a pesar de saber que podía rechazarla.

Qué equivocada había estado. Creí que escribir romance me hacía valiente, pero en realidad lo usaba como un escudo. Una forma de vivir el amor, pero a una distancia segura.

Cerré el video y volví a abrir mi manuscrito. El cursor parpadeante ya no parecía burlarse de mí, sino que se mostraba paciente. A la espera.

Las palabras comenzaron a fluir, no en frases cuidadosas y medidas, sino como un torrente. Escribí sobre una mujer que se escondía detrás de las reglas y la perfección, aterrada del desastre que implicaba una conexión real. Escribí sobre la artista que veía más allá de sus defensas y la amaba de todas formas.

Escribí nuestra historia.

Pasaron las horas. Salió el sol y pintó mi oficina con una luz dorada. Me dolían los dedos, pero no podía parar. Por primera vez en mi carrera, no estaba inventando una fantasía, estaba contando la verdad.

Para el mediodía, ya había escrito más que en las últimas semanas. Para la noche, había terminado el borrador. No era perfecto, pero era real. Crudo. Honesto de una forma en la que mi trabajo nunca lo había sido antes.

Me recliné en la silla, agotada y extrañamente ligera, y me quedé viendo la página de la dedicatoria:

Para la chica que me hizo creer que era real.

Simple. Cierto. Todo lo que debí haberle dicho en persona.

Tomé mi celular, pero dudé. Un mensaje o una llamada se sentían insuficientes después de todo lo que había pasado. Riley merecía más que palabras en una pantalla. Merecía a alguien que estuviera ahí para ella, por completo y sin reservas.

De la misma forma en que ella había estado ahí para mí.

Miré a mi alrededor, a mi departamento demasiado silencioso, al espacio vacío donde había estado su caballete, a la barra de la cocina donde habíamos bailado, a la puerta por la que se había ido hacía tres días.

Y supe lo que tenía que hacer.

Primero le llamé a una amiga en común, que me dio la dirección de Mia con un mínimo de preguntas y una máxima dosis de juicio.

—Nada más no la vayas a regar más —me advirtió antes de colgar.

El trayecto a casa de Mia duró veinte minutos, pero se sintió como si fueran veinte años. Ensayé lo que iba a decir, lo descarté y volví a intentarlo. Nada sonaba bien. Nada podía deshacer lo que había hecho.

La casa de Mia era alegre, con un gnomo de jardín que les pintaba dedo a las visitas desde abajo de un arbusto de hortensias. Muy del estilo de Riley. Me alisé el pelo sin lavar, me estiré la blusa arrugada y toqué antes de darme tiempo de arrepentirme.

La puerta se abrió de par en par. Mia Quinn estaba ahí, de brazos cruzados, con una expresión neutra pero con una mirada penetrante. Se parecía a Riley, pero con el caos contenido, los bordes definidos.

—Tú debes de ser Grace —dijo, sin moverse del umbral.

—Sí. Perdón que aparezca sin avisar, pero necesito hablar con Riley.

—No está aquí.

—¿Sabes dónde está? Es importante.

Mia me estudió por un largo momento.

—¿Importante para quién?

—Para las dos, espero. —Tragué saliva—. Cometí un error.

—¿Solo uno? —Enarcó una ceja de una forma que me recordó tanto a Riley que me dolió el pecho.

—Varios miles, probablemente. —Me pasé una mano por el pelo —. Mira, sé que no merezco que me dedique ni un minuto, pero necesito disculparme, por lo menos. Explicarle.

La expresión de Mia se suavizó un poco. Se hizo a un lado y me indicó que pasara.

—Pasa. Tenemos que hablar.

La sala estaba desordenada pero era acogedora, con juguetes regados por el piso y ropa a medio doblar en el sofá. Hizo un espacio para que me sentara.

—Riley no se está quedando aquí —dijo Mia, sentándose frente a mí—. Anda viendo un lugar nuevo.

Sentí un hueco en el estómago.

—¿Se va a mudar?

—¿Qué esperabas? Te amaba y le cerraste la puerta en la cara. —La voz de Mia no fue grosera, pero sí directa—. Mi hermana siempre pone el corazón sobre la mesa. Siempre lo ha hecho. Y cuando la gente rechaza eso…

—No la rechacé —protesté—. Tenía miedo.

—Da lo mismo para quien sale herida.

Contra eso no tenía argumentos. Me quedé mirando mis manos, recordando la cara de Riley cuando la aparté. El dolor que le había causado por mi miedo a ser vulnerable.

—Hay algo más —dijo Mia, ahora con un tono más suave—. La exposición se inaugura el quince.

—¿Qué exposición? —pregunté, sintiendo cómo me ardían las orejas al oír la fecha que llevaba casi un año marcada en un círculo en mi calendario.

—Los cómics de Riley. Una galería independiente del centro va a presentar su trabajo. Es la gran cosa, sobre todo después del año que ha tenido. —Mia se inclinó hacia adelante—. Van a exhibir su serie completa, «Corazones de tinta». La de Piper y Max.

Sentí que se me subían los colores a la cara.

Era nuestra historia, filtrada a través de su arte.

—Nos ha estado dibujando todo este tiempo —dije en voz baja.

—Cada viñeta es una carta de amor para ti. —Mia se levantó, caminó hacia una mesita auxiliar y recogió una postal. Me la entregó —. La inauguración. Siete en punto.

Me quedé mirando la invitación. Una imagen estilizada de dos mujeres, una pulcra y controlada, la otra vibrante y caótica, con las manos a punto de tocarse. La dirección de la galería y la fecha estaban impresas debajo.

—¿Por qué me dices esto? —pregunté.

Mia volvió a cruzar los brazos.

—Porque, a pesar de todo, haces feliz a mi hermana. O la hacías. Y se merece esa felicidad, ya sea contigo o sin ti.

—Quiero arreglar las cosas.

—Entonces, más te vale estar segura. —Entornó los ojos—. Si vas a aparecer, que sea para quedarte. No más huidas cuando las cosas se pongan serias. Ya ha tenido suficiente de eso.

Asentí, aferrando la invitación.

—Entiendo.

—¿De verdad? Porque Riley cree en las segundas oportunidades. Y en las terceras. Y en las infinitas. Y yo no estoy tan segura de que deba hacerlo.

—No debería tener que darme otra oportunidad —acepté—. Pero si lo hace, no la voy a desperdiciar.

Mia me estudió un largo momento y luego asintió una sola vez.

—La inauguración es a las siete. Ella va a estar ahí desde antes para ayudar a montar todo.

Me puse de pie y guardé la invitación con cuidado en mi bolsillo.

—Gracias.

—No lo hago por ti —dijo Mia mientras me acompañaba a la puerta—. Lo hago por ella. Porque amarte la ha hecho más valiente. Y si existe la más mínima posibilidad de que tú la ames como se merece, tiene que saberlo.

En la puerta, me giré.

—Sí la amo. Es solo que nunca he sabido cómo demostrarlo.

—Pues aprende —dijo Mia, sin más—. Y rápido.

Regresé a mi coche, devastada por el dolor que había causado, pero decidida a arreglar las cosas. Riley había sido lo suficientemente valiente como para exponer su corazón, viñeta por viñeta. Lo menos que podía hacer era aparecer y darle la cara.

RILEY

Estaba hecha un desastre.

No el desastre adorable y bohemio que la gente espera de una historietista, sino del tipo que acaba en un ataque de pánico con todas las de la ley. Las manos no paraban de temblarme mientras intentaba enderezar el marco que contenía la viñeta final de *Corazones entintados*.

—Riley, se ve perfecto —dijo Eliza con voz suave, posando una mano tranquilizadora en mi hombro—. Ya lo revisaste tres veces.

—Perdón —mascullé, dando un paso atrás para contemplar la pared con mi obra—. Solo quiero que todo esté bien.

La galería estaba transformada. Las viñetas de mi cómic cubrían las paredes en orden cronológico, contando la historia de Piper y Max: la abogada estirada y la artista caótica que se enamoran a pesar de sus diferencias. A pesar de sus miedos.

A pesar de todo.

Igual que Grace y yo. Solo que nuestra historia no tenía el final feliz que yo había dibujado.

—Deberías ir a cambiarte —dijo Eliza, revisando su reloj—. Abrimos en cuarenta y cinco minutos.

Asentí y tomé mi bolsa de detrás del mostrador. El baño era pequeño, pero estaba limpio, y yo había colgado mi ropa en la parte de atrás de la puerta desde temprano: unos jeans negros, una

camisa de botones color vino y un saco que me hacía parecer que tenía todo bajo control.

Mientras me cambiaba, el celular vibró con una notificación del calendario.

¡Lanzamiento del libro de Scarlet Aster!

Se me hizo un nudo en el estómago. Se suponía que hoy sería diferente. En algún universo alterno, yo estaría ahora mismo formada en una librería, abrazando la nueva novela de Grace, quizá hasta esperando a que me la firmara. En ese universo, yo estaría a su lado, y ella estaría orgullosa de mí por mi exposición, y esta noche celebraríamos nuestros dos éxitos.

En cambio, estaba sola en un baño, intentando no llorar para no arruinarme el delineador mientras ella estaba… ¿dónde? ¿En una librería, rodeada de fans que no la conocían como yo? ¿O en su casa, escondida del mundo como siempre?

—Ya basta —le susurré a mi reflejo—. Esta es tu noche. Concéntrate.

Terminé de cambiarme y volví a la galería, que ahora se estaba llenando de personal. Mia llegó con una botella de champán y su esposo a cuestas.

—Te ves increíble —dijo, envolviéndome en un abrazo—. ¿Cómo vas?

—Estoy bien —mentí—. Solo me preocupa que no venga mucha gente.

—Esto se va a llenar —me aseguró, descorchando el champán—. Tu trabajo es brillante.

—Gracias. —Acepté un vaso de plástico con burbujas, intentando calmar mis nervios—. ¿Has sabido algo de… alguien?

La expresión de Mia se suavizó.

—No. Pero eso no significa que no vaya a venir.

—No pregunté por Grace —dije de inmediato.

—No tenías que decirlo. —Me apretó el brazo—. Intenta disfrutar este momento, ¿sí? Te lo has ganado.

Asentí y tomé un sorbo de un champán que no me supo a nada. La galería empezaba a parecer un evento de verdad: las luces ajustadas, música suave de fondo, una mesa con vino y quesos

junto a la entrada. Mi nombre estaba en una manta sobre la puerta: RILEY QUINN: CORAZONES ENTINTADOS.

Esta debería haber sido la mejor noche de mi vida.

—Cinco minutos para abrir —anunció Eliza, mientras acomodaba una pila de portafolios con copias para la venta.

Respiré hondo y me coloqué cerca de la entrada, lista para recibir a los invitados. La primera oleada llegó puntual a las siete: amigos, colegas artistas, un par de periodistas locales. Sonreí, di la mano, acepté felicitaciones.

Pero mis ojos no dejaban de desviarse hacia la puerta.

Una hora después, la galería ya estaba bastante concurrida. La gente se arremolinaba en torno a diferentes viñetas, riéndose de los momentos más graciosos entre Piper y Max, asintiendo en los puntos más emotivos. Escuché fragmentos de conversaciones:

«Esta escena en la que están pintando el depa, ahí es cuando te das cuenta…».

«Me encanta cómo Max sigue intentando, aunque Piper la rechace…».

«La verdad, el gato es el mejor personaje…».

Debería haber estado eufórica. En lugar de eso, no paraba de revisar el celular, no dejaba de mirar hacia la entrada.

—Riley, ven —me llamó Eliza, haciéndome una seña desde donde estaba con una crítica de una revista de arte en línea—. Sarah quiere preguntarte sobre tu proceso.

Forcé una sonrisa y me acerqué, lanzando mi discurso ensayado sobre el entintado digital contra el tradicional, sobre cómo encontrar el equilibrio entre el diálogo y la narrativa visual. Las palabras salían solas mientras mi mente divagaba.

Hoy, en algún lugar de esta ciudad, el libro de Grace estaba llegando a las estanterías. La gente lo estaba comprando, leyendo sus palabras, enamorándose de sus personajes. Y ella se estaba perdiendo mi momento, igual que yo me estaba perdiendo el suyo.

—¿Qué inspiró esta historia? —preguntó Sarah, señalando una viñeta donde Max está sentada sola en su departamento después de que Piper la ha alejado.

Tragué saliva.

—Quería explorar qué pasa cuando alguien valiente se enamora de alguien que tiene miedo —dije—. Cómo el amor exige valentía por parte de las dos.

—Bueno, es increíblemente conmovedor —dijo Sarah, anotando algo en su libreta—. Sobre todo el final.

El final. Donde Max se aparece en la oficina de Piper con el corazón en la mano, y Piper por fin, por fin, elige el amor por encima del miedo.

Pura ficción.

—Con permiso —dije, con una necesidad repentina de aire—. Tengo que ver cómo va todo con las bebidas.

Me refugié en un rincón tranquilo, respirando profundamente. La exposición era un éxito. A la gente le gustaba mi trabajo. Esto era todo lo que había deseado.

Entonces, ¿por qué se sentía tan vacío?

La puerta de la galería se abrió y el corazón me dio un vuelco antes de poder evitarlo. Pero solo era otro grupo de estudiantes de arte, no Grace.

No iba a venir. Y tenía que aceptarlo.

Me enderecé y volví a meterme entre la gente, decidida a estar presente en mi momento, aunque no fuera el que había imaginado.

GRACE

ESTABA parada afuera de la galería, abrazando mi portafolio de piel contra el pecho como si fuera un escudo. A través de los ventanales, podía ver a un montón de gente reunida alrededor de las obras de Riley, con copas de champaña en la mano, sonriendo y asintiendo con aire de aprobación. El corazón me martilleaba en el pecho.

Era su momento. Su triunfo. Y yo estaba a punto de arruinárselo después de haberle roto el corazón.

—Estás siendo ridícula —me susurré, repitiendo las palabras que Jules me había dicho antes—. Solo entra.

Pero mis pies seguían plantados en la banqueta. ¿Y si no quería verme? ¿Y si me decía que me fuera? ¿Y si…?

Mi celular vibró. Un mensaje de mi publicista: *El lanzamiento va increíble. Los fans están decepcionados de que no estés aquí, pero les encanta el rollo del misterio. Llama en cuanto puedas.*

Ya había tomado una decisión. Se acabó el esconderse.

Respiré hondo, empujé la puerta y entré. La galería era un lugar cálido y vibrante, lleno de conversaciones y risas. Las viñetas de Riley cubrían las paredes, iluminadas por focos colocados estratégicamente. Reconocí a los personajes de inmediato: Piper y Max.

Nosotras.

Nuestra historia, contada a través de los ojos de Riley. Cada discusión, cada casi beso, cada instante de conexión. Lo había

capturado todo con una honestidad tal que sentí un nudo en la garganta.

—¿Puedo ayudarla en algo? —Una mujer de pelo plateado y corto se me acercó, con un portapapeles en la mano.

—Busco a Riley —dije, con la voz más firme de lo que me sentía.

Me lanzó una mirada evaluadora.

—Está hablando con unos críticos, junto a la pared del fondo. ¿Es usted coleccionista?

—No, soy… —«¿Qué era yo?»—. Soy su *roomie*.

La mujer enarcó las cejas.

—Ah. *Tú* eres Grace.

La forma en que lo dijo hizo que me ardieran las mejillas.

—Sí.

—Mia mencionó que tal vez vendrías —dijo, extendiéndome la mano—. Soy Eliza, la dueña de la galería. Riley es la del vestido azul, está junto a la mesa de bocadillos.

Le di las gracias y me abrí paso entre la gente, con el corazón desbocado. Y entonces la vi: Riley, con un vestido azul marino que hacía resplandecer su piel, gesticulando animadamente mientras hablaba con una pareja mayor. Se veía hermosa. Segura de sí misma.

Feliz.

Hasta que levantó la vista y me vio.

Su expresión se congeló y abrió los ojos como platos, impactada. Se disculpó con la pareja y caminó hacia mí, con movimientos rígidos.

—¿Grace? ¿Qué estás…? ¿No es el lanzamiento de tu libro esta noche?

Asentí, de pronto incapaz de articular palabra. La gente a nuestro alrededor comenzaba a darse cuenta, cuchicheando y cubriéndose la boca con la mano.

—¿Podemos hablar en privado? —logré decir.

Riley dudó un instante y luego asintió.

—Sígueme.

Me guio a través de una puerta con un letrero que decía «Solo personal» hasta una pequeña oficina con un escritorio y dos sillas.

En cuanto la puerta se cerró detrás de nosotras, la máscara de amabilidad se desvaneció de su rostro.

—¿Qué haces aquí? —Su voz era queda, pero intensa—. Tu libro sale hoy. Deberías estar en tu fiesta de lanzamiento.

Dejé mi portafolio sobre el escritorio.

—Envié actores en mi lugar.

—¿Qué hiciste qué?

—Le dije a mi editorial que quería aprovechar el misterio de la identidad de Scarlet Aster. Contrataron actores para que hicieran las lecturas dramatizadas. Es todo un rollo.

Riley se me quedó viendo.

—¿Pero por qué te perderías tu propio lanzamiento?

—Porque necesitaba estar aquí —abrí el cierre del portafolio con los dedos temblorosos—. Porque he estado escribiendo el final equivocado de nuestra historia.

Saqué un ejemplar de mi nueva novela, todavía tibio por el calor de mi cuerpo.

—Esto es para ti. No sale oficialmente hasta la medianoche, pero…

Riley lo tomó y sus dedos rozaron los míos. Abrió el libro en la dedicatoria y leyó en voz alta:

—«*Para R, que me enseñó que el amor de verdad es más caótico y valiente que la ficción*».

Sus ojos se encontraron con los míos, recelosos pero suavizándose.

—Grace…

—Hay más. —Saqué un librito encuadernado en tela—. Este no se va a publicar. Este es solo para ti.

Lo tomó y pasó los dedos por el título grabado en relieve: *El pacto de las roomies*.

—Es nuestra historia —le expliqué—. La de verdad. No la versión censurada que cuento en las entrevistas ni la fantasía perfecta que escribo en mis libros. Trata de una mujer a la que le aterra que la vean de verdad, y de la artista que la ve de todos modos.

Riley lo abrió y recorrió con la vista la primera página.

—¿Escribiste sobre nosotras?

—Escribí sobre cómo me enamoré de ti —dije, y las palabras empezaron a salir a borbotones ahora que había empezado—. Sobre cómo me he pasado toda la vida escondiéndome detrás de frases perfectas porque le tenía miedo a la caótica verdad. Sobre cómo entraste a mi departamento con tus memes de ranas, tus calcetines disparejos y tu absoluta negación a seguir las reglas, y de repente todos mis muros, construidos con tanto cuidado, dejaron de significar nada.

Riley cerró el libro. Le brillaban los ojos.

—¿Por qué no me dijiste esto antes de que me fuera?

—Porque tenía miedo. Todavía lo tengo. —Tomé una bocanada de aire temblorosa—. Pero me da más miedo perderte que amarte. Y así es como sé que es de verdad.

Riley dejó los libros sobre el escritorio con cuidado.

—¿Qué es lo que me estás pidiendo, Grace?

—Una segunda oportunidad —dije, sin más—. Sé que no la merezco. Sé que te lastimé. Pero si pudieras encontrar en tu corazón la voluntad para intentarlo de nuevo, te prometo que esta vez seré más valiente.

Se acercó más, tanto que pude oler su perfume, algo floral y cálido.

—¿Te saltaste el lanzamiento de tu propio libro para venir a decirme esto?

Asentí.

—Hay cosas más importantes que las ventas de libros.

—¿Cómo qué?

—Como tú —susurré—. Como nosotras.

Riley levantó las manos y me acunó el rostro. Su contacto fue tan tierno que me dolió el corazón.

—Tienes razón, ¿sabes? En lo de tener miedo. Las dos lo teníamos. A mí me aterraba que me calaras, que te dieras cuenta de que solo estaba fingiendo ser una adulta.

—Nunca pensé eso —dije—. Pensé que eras extraordinaria.

Su sonrisa fue pequeña, pero real.

—Dilo otra vez.

—Eres extraordinaria, Riley Quinn. Y te amo.

Se inclinó hacia mí y sus labios se encontraron con los míos en un beso que empezó suave, pero que no tardó en profundizarse. La rodeé con mis brazos por la cintura para atraerla más, vertiendo meses de anhelo, miedo y esperanza en el beso. Sabía a champaña y a nuevos comienzos.

Cuando por fin nos separamos, sin aliento, Riley apoyó su frente en la mía.

—Yo también te amo, mujer imposible.

Me reí, sintiéndome más ligera de lo que me había sentido en semanas.

—¿Eso significa que volverás a casa?

—A casa —repitió, como si probara el sabor de la palabra—. Sí, creo que me gustaría.

Me besó de nuevo, haciéndome retroceder hasta el escritorio. Mis manos encontraron la piel bajo su vestido y las suyas ya se enredaban en mi pelo cuando la puerta se abrió de golpe.

—Riley, la gente está preguntando dónde… oh. —Mia estaba parada en el umbral, con los ojos muy abiertos.

Riley y yo nos separamos de un salto, arreglándonos la ropa. La expresión de asombro de Mia se derritió para dar paso a una sonrisita de complicidad.

—Vaya, esto sí que es nuevo.

—Mia —gimió Riley—. ¿No sabes tocar?

—Es una galería pública —señaló Mia—. Y tú eres la invitada de honor. La gente está esperando para hablar contigo. Las dos pueden seguir con esto cuando termine la exposición.

Riley suspiró, pero asintió.

—Está bien. Diles que ya voy.

Mia nos dedicó una última mirada divertida antes de cerrar la puerta.

—Tu hermana tiene un pésimo sentido de la oportunidad —mascullé, alisándome el pelo.

Riley se rio, y el sonido me abrigó por dentro.

—Aunque tiene razón. Debería volver. —Recogió los libros que le había traído—. ¿Puedo enseñarle esto a la gente?

—La novela, sí. El otro es solo para ti.

Asintió y guardó el libro más pequeño en su bolso.

—¿Te quedarás? ¿Para el resto de la exposición?

—Claro que sí —dije—. Quiero ver cada una de las obras. Quiero que me cuentes qué pensabas cuando nos dibujabas.

Riley sonrió. Una sonrisa lenta y radiante que me robó el aliento.

—Estaba pensando en que te amaba, incluso cuando quería estrangularte por ordenar mis pinturas alfabéticamente.

—¡Estaban hechas un desastre! —protesté—. ¿Quién pone el rojo de cadmio junto al azul de ftalo?

—¿Ves? Por eso tenía que dibujarte. —Me dio un beso rápido y luego tomó el pomo de la puerta—. ¿Lista para enfrentar a la multitud, Scarlet Aster?

Tomé su mano y entrelacé nuestros dedos.

—Lista.

Al volver a entrar en la galería, no sentí ni una pizca del pánico que esperaba. En su lugar, solo había certeza. Por primera vez en mi vida, no me estaba escondiendo. Estaba exactamente donde debía estar, con quien debía estar.

Y no era ficción en absoluto.

30

RILEY

La celebración se había trasladado de la galería a este bar a unas cuadras de distancia, un lugar de ambiente con series de luces colgando del techo y pósteres de películas antiguas. Nuestro pequeño grupo se había adueñado de la salita del rincón: Mia y su esposo, Eliza y un par de mis amigos artistas. La música palpitaba a nuestro alrededor, lo suficientemente alta como para crear una burbuja de privacidad para nuestras conversaciones.

La exposición había sido un éxito que superaba mis sueños más locos, y ahora Grace estaba sentada a mi lado, con su muslo presionado contra el mío y su mano descansando casualmente sobre mi rodilla por debajo de la mesa.

¿En qué clase de sueño estaba? Si me pellizcara, ¿me despertaría?

—Bueno, todos cállense —anunció Mia, poniéndose de pie y levantando su copa de vino. La conversación se apagó mientras ella carraspeaba de forma dramática—. Necesito decir algo.

—Ay, no —me quejé—. Mia, por favor, no lo hagas.

—Tú cállate, este es tu momento. —Me dedicó una sonrisa y luego miró al resto de la mesa—. Mi hermanita acaba de tener su primera gran exposición de arte. Cómics queer, gente. Historias sobre chicas como nosotras que encuentran el amor, luchan por él y son imperfectas, hermosas y reales.

Sentí que se me encendían las mejillas cuando todos se giraron para verme. Los dedos de Grace apretaron mi rodilla con suavidad.

—Riley ha dibujado desde que pudo sostener una crayola —continuó Mia, con la voz cada vez más suave—. Y esta noche le demostró al mundo de lo que es capaz. Así que brindo por mi hermana, que nunca se rindió con las historias de amor, incluso cuando el amor parecía imposible.

Levantó su copa aún más.

—Por Riley, y por el tipo de historias que nos salvan.

—¡Por Riley! —corearon todos, chocando sus copas.

—Y por Grace —añadió Mia, lanzándole una mirada cómplice—, por fin dejar de hacerse pendeja.

Grace rodó los ojos, pero se rio.

—Gracias por el elocuente brindis.

—Por eso sí brindo —dije, dándole un codazo juguetón antes de tomar un sorbo de mi coctel.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas al levantar mi propia copa.

—Gracias, de verdad. Toda esta noche ha sido…

—Perfecta —terminó Grace en voz baja, entrelazando sus dedos con los míos bajo la mesa.

—Sí —dije, mirándola—. Perfecta.

Eliza, la dueña de la galería, se inclinó hacia adelante.

—El crítico del *Tribune* quiere hacer un reportaje especial. Y ya recibí tres consultas sobre impresiones.

—¿Impresiones? —parpadeé—. ¿La gente quiere comprar impresiones de mis cómics?

—La gente quiere comprarlo todo —se rio—. Vas a tener que empezar a pensar en grande, Riley. ¿Quizá una colección de novelas gráficas?

La conversación fluyó a mi alrededor, pero yo solo escuchaba a medias. El pulgar de Grace trazaba pequeños círculos en la palma de mi mano. Cuando la miré, me estaba observando con esa expresión tierna que me provocaba un aleteo en el estómago. Tenía una mirada que nunca le había visto antes de esta noche; una que ahora quería ver cada una de mis noches.

Cuando levanté la vista hacia ella, ya me estaba mirando, con los ojos oscurecidos por algo que me revolvió el estómago.

—Y bueno… —Mia se inclinó sobre la mesa—. ¿Para cuándo llega el camión de la mudanza? ¿O ustedes se saltaron ese paso porque ya viven juntas?

—Ni siquiera hemos hablado de… —empezó Grace.

—Claro que sí —la interrumpí, apretándole la mano—. Esta noche. A detalle.

Las cejas de Grace se dispararon.

—¿Ah, sí?

—Cuando dije «quiero llevarte a casa y quedarme contigo para siempre» y tú dijiste «sí, por favor» —sonreí—. Fue un contrato de palabra, y que conste que hay testigos.

—¿Con que esas tenemos? Puedo vivir con eso —se rio Grace, pero su mano libre se deslizó hasta mi muslo por debajo de la mesa.

Sus dedos subieron un poco más, justo hasta el dobladillo de mi vestido, y casi me ahogo con mi bebida. Pero dos podían jugar a lo mismo. Me moví un poco para que mi mano cayera sobre su rodilla y luego la deslicé lentamente por la cara interna de su muslo. Su jadeo fue casi inaudible por encima de la música.

—Necesito otra copa —anunció Eliza, saliendo de la salita—. ¿Alguien más quiere algo?

Mientras todos gritaban sus órdenes, Grace se inclinó y sus labios rozaron mi oreja.

—Si sigues así, no vamos a aguantar otra ronda.

—¿Lo prometes? —le susurré de vuelta.

Grace se acercó más, su aliento cálido contra mi oreja.

—Te sonrojaste.

—Me pregunto por qué será —mascullé, hiperconsciente de su cercanía, del aroma a vainilla y a algo que era distintivamente suyo.

—Chicas —interrumpió Mia con una mirada de complicidad—, ¿por qué no se guardan el faje para cuando lleguen a la casa?

—No estamos… —empezó a decir Grace, pero sus dedos no se habían movido de mi muslo.

—De veras que no son nada discretas —observó Mia—. Para nada.

Podía sentir el calor que irradiaba el cuerpo de Grace, podía ver cómo se le había subido un poco el vestido cuando se giró hacia mí. De repente, el bar se sentía demasiado caliente, demasiado lleno, demasiado lejos de nuestro departamento.

—Necesito ir al baño —anuncié de golpe, levantándome tan rápido que casi tiro mi copa.

—Voy contigo —dijo Grace de inmediato.

—Pues claro que vas con ella —nos gritó Mia mientras nos abríamos paso entre la gente.

Por suerte, el baño estaba vacío cuando entramos. Apenas tuve tiempo de ver los azulejos blancos y negros antes de que las manos de Grace estuvieran en mi cabello y su boca sobre la mía.

—Dios —respiró contra mis labios, empujándome hasta acorralarme contra el lavabo—. Llevo toda la noche queriendo hacer esto.

—¿Solo esto? —pregunté, atrayéndola más hacia mí.

Su risa fue grave y ronca.

—Entre otras cosas.

Podía saborear el vino en su lengua, sentir el rápido latido de su pulso donde mis manos sujetaban sus muñecas. El espejo estaba frío contra mi espalda mientras ella se apretaba más, su cuerpo cálido y sólido contra el mío.

—Deberíamos regresar —dije, aun cuando incliné la cabeza para darle mejor acceso a mi cuello.

—¿Deberíamos? —Sus labios encontraron el punto justo debajo de mi oreja que me hizo temblar.

—Sí —jadeé cuando sus dientes rozaron mi piel—. La gente se va a dar cuenta.

—Ya se dieron cuenta. —Su mano se deslizó por mi costado, rozando la parte inferior de mi pecho a través del vestido—. Seguro que Mia ya está haciendo apuestas sobre cuánto tiempo nos vamos a tardar.

—Grace… —Mi cabeza se echó hacia atrás mientras ella me recorría el cuello a besos—. Si sigues con esto, voy a necesitar mucho más que un faje rápido en el baño.

Se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos; sus pupilas estaban dilatadas.

—Entonces vámonos a casa.

La palabra «casa» me inundó de una calidez que no tenía nada que ver con la excitación. Casa. Nuestra casa.

—Sí —asentí—. Pero primero hay que despedirnos. Seamos adultas.

Grace se rio y apoyó su frente contra la mía.

—Cinco minutos. Y luego nos vamos.

Intentamos recomponernos antes de volver a la mesa. Me salpiqué las muñecas con agua fría mientras Grace intentaba alisarse el pelo. Pero cuando me miré en el espejo, mis labios seguían hinchados y mis mejillas, sonrojadas.

—Parece que nos acabamos de fajar en el baño —observé.

—Es que nos acabamos de fajar en el baño —señaló Grace.

—Cierto. Okay. Cinco minutos y nos pelamos.

Regresamos por separado: yo primero y Grace un par de minutos después. Su pelo seguía ligeramente alborotado y Mia me lanzó una mirada que decía que sabía exactamente lo que habíamos estado haciendo.

—¿Divirtiéndose? —me susurró mientras me deslizaba de nuevo en mi asiento.

—Cállate —mascullé, tomando un largo sorbo de agua para calmarme.

Grace apareció a mi lado y su mano encontró la mía de inmediato. El simple contacto envió otra sacudida de deseo a través de mí.

—Bueno —dijo Grace, con la voz cuidadosamente casual—, ha sido un día largo. Probablemente ya deberíamos irnos.

Eliza bufó en su bebida.

—Discretas.

—No me interesa para nada ser discreta —dije con una sonrisa—. Somos obvias de a madres.

—Esa boca —me regañó Grace automáticamente, y luego se sonrojó cuando todos se rieron.

—Está bien —dijo Mia, haciéndonos un gesto para que nos fuéramos—. Órale, ya váyanse. Vayan a ser empalagosas a otro lado. Nosotros nos acabamos sus bebidas.

—Eres la mejor —le dije, dándole un abrazo rápido mientras nos levantábamos.

—Lo sé —respondió—. Llámame mañana. Con detalles.

—Claro que no —dijo Grace con firmeza, pero sonreía mientras me tomaba de la mano.

Nos despedimos rápidamente, soportando miradas cómplices y comentarios sugerentes. El aire fresco de la noche nos golpeó al salir, un alivio después del calor del bar.

—¿Un taxi? —preguntó Grace, buscando uno con la mirada.

—Está a solo quince minutos caminando —señalé.

Me lanzó una mirada que hizo que me temblaran las rodillas.

—No creo poder aguantar quince minutos.

Terminamos en un taxi, con mi mano en su muslo y sus dedos enredados en mi pelo. El taxista mantuvo la vista fija en el camino mientras Grace me susurraba al oído todas las cosas que quería hacerme cuando llegáramos a casa.

Para cuando entramos tropezando por la puerta principal, yo estaba que vibraba de las ganas. Milo y Darcy nos saludaron con un maullido, enredándose entre nuestras piernas.

—Dales de comer a los gatos —dije, quitándome los zapatos—. Te veo en tu cuarto.

—Nuestro cuarto —corrigió Grace, sujetándome de la muñeca y atrayéndome de nuevo para un beso—. Quédate conmigo esta noche. Y mañana. Y la noche siguiente.

—¿Me estás pidiendo que me mude a tu cuarto, Grace Parker?

Ella asintió, de repente seria.

—Sí. Quiero dormirme contigo y despertarme contigo y pelear por ver a quién le toca hacer el café.

—Eso es lo más romántico que me han dicho en la vida —me reí, besándola de nuevo—. Sí. Pero me voy a traer mi póster de *Bob's Burgers*.

—La decoración la negociamos después —murmuró contra mis labios—. Ahorita tengo otras prioridades.

—Primero dales de comer a los gatos —le recordé, apartándome a regañadientes—. Te estaré esperando.

RILEY

Caminaba de un lado a otro por la recámara de Grace, de repente nerviosa. Su recámara siempre había sido territorio prohibido, y yo había hecho todo lo posible por respetar esa línea. Ahora estaba aquí, de pie en medio de todo, esperando a que volviera, a que me tocara, a que…

El lugar era exactamente como lo había imaginado: minimalista, elegante, con sábanas de un blanco impecable y un librero organizado por autor. Pero también había sorpresas. Una pequeña pila de novelas románticas en el buró. Una foto enmarcada de ella y Jules en la adolescencia. Y la mayor sorpresa de todas: uno de mis bocetos, enmarcado sobre su escritorio. No era nada especial, solo un dibujo rápido de Darcy que había hecho una mañana mientras tomábamos café.

Lo había conservado. Y no solo eso, lo había *enmarcado*.

La puerta se abrió y apareció Grace, con la respiración un poco agitada.

—Gatos alimentados, puertas con seguro y celulares en silencio.

—Eres muy metódica —dije, con un nudo en la garganta.

—Me gusta estar preparada. —Se detuvo en el umbral, de pronto insegura—. ¿Estás… esto es…?

—Sí —dije, cruzando la habitación hasta ella—. Quiero esto. Te quiero a ti.

Su mirada se oscureció y me atrajo hacia ella, besándome con una intensidad que me hizo flaquear las rodillas. Había imaginado este momento tantas veces, pero la realidad de la boca de Grace sobre la mía, de sus manos en mi pelo, era mejor que cualquier fantasía.

—Llevo tanto tiempo queriendo hacer esto —murmuró contra mis labios.

—Yo también —jadeé cuando su boca encontró mi cuello—. Desde esa noche de las velas.

Se apartó, con los ojos muy abiertos.

—¿Tanto tiempo?

—Probablemente más. Solo que no quería admitirlo.

Sonrió; una curva lenta y segura en sus labios que provocó que el calor se acumulara en mi vientre.

—Esa noche te metí en la novela.

—¿De verdad?

—¿La escena donde Evelyn se da cuenta de que se está enamorando de su mejor amiga? Eras tú. Éramos nosotras.

La besé de nuevo, esta vez con más fuerza, haciéndola caminar hacia atrás hasta que sus piernas chocaron contra la cama.

—Te deseo.

Se sentó en el borde, mirándome con una mezcla de deseo y vulnerabilidad que me estrujó el corazón.

—No sé qué estoy haciendo —admitió—. Ha pasado mucho tiempo.

—Lo resolveremos juntas —le prometí, colocándome entre sus rodillas—. Sin prisas.

Sus manos encontraron mi cintura y luego se deslizaron hacia el cierre de mi vestido.

—¿Puedo?

Asentí, conteniendo la respiración mientras bajaba lentamente el cierre, sus nudillos rozando mi columna. El vestido se aflojó, cayó de mis hombros y lo dejé resbalar hasta el suelo para quedarme frente a ella solo en ropa interior.

Los ojos de Grace se abrieron de par en par, su mirada recorriendo mi cuerpo con una apreciación tan desnuda que sentí

cómo me sonrojaba.

—Eres hermosa —susurró.

—Tu turno —dije, tirando del borde de su blusa.

Dudó un instante, luego asintió, levantando los brazos mientras yo le quitaba la blusa de seda por la cabeza. Su brasier era sencillo, de encaje negro sobre su piel pálida. No pude resistirme a delinear el borde con la punta de mi dedo, viendo cómo se le ponía la piel de gallina a mi paso.

—Estás preciosa —dije en un susurro.

—No es cierto —respondió por instinto.

—Claro que sí. —La empujé suavemente sobre la cama y me deslicé sobre ella—. Déjame mostrarte lo preciosa que estás.

La besé despacio, profundamente, dejando que mi cuerpo se presionara contra el suyo. La sensación de piel contra piel nos hizo jadear a ambas, y cuando ella arqueó la espalda contra mí, sentí una oleada de deseo tan fuerte que me mareó.

Sus manos estaban por todas partes, como si estuviera memorizando cada curva y cada contorno. Yo era menos metódica, más impulsiva, tocándola donde podía, absorbiendo los pequeños sonidos que hacía cuando encontraba un punto sensible.

—¿Puedo quitarte esto? —pregunté, mis dedos trazando la banda de su brasier.

Asintió y llevó las manos a la espalda para desabrocharlo. La ayudé a quitárselo y luego me senté sobre mis talones para mirarla. Se sonrojó bajo mi mirada, pero no apartó los ojos.

—Me estás viendo mucho —murmuró.

—No puedo evitarlo. —Me incliné para besar el hueco de su garganta, y luego más abajo, entre sus pechos—. He pensado en esto tantas veces.

—Dime —dijo, con la voz ronca—. En qué pensabas.

—En cómo te verías —dije entre besos—. A qué sabrías. —Tomé uno de sus pezones en mi boca y ella soltó un gemido, arqueando la espalda—. Cómo sonarías cuando te tocara.

Sus manos se enredaron en mi pelo, sujetándome contra ella mientras yo continuaba mi exploración. Estaba improvisando a

ciegas, guiándome por sus reacciones, aprendiendo qué le cortaba la respiración y qué la hacía gemir.

—Riley —jadeó mientras yo bajaba más, repartiendo besos por su abdomen—. Espera.

Me detuve en seco y la miré.

—¿Muy rápido?

—No —dijo, atrayéndome de nuevo para besarme—. Es que… yo también quiero tocarte.

—Ah. —Sonreí contra su boca—. No te estoy deteniendo.

Se rio y luego nos giró en un movimiento suave, dejándome atrapada debajo de ella. El gesto fue tan inesperado, tan seguro, que no pude evitar sentirme impresionada.

—Wow —solté sin aliento—. Qué sexy.

—Estoy llena de sorpresas —dijo, con un brillo travieso en los ojos mientras me desabrochaba el brasier.

Y vaya que lo estaba. Grace, la que planeaba todo al minuto, la que organizaba nuestras idas al súper por pasillo, era *sorprendentemente* espontánea en la cama. Me besó por todas partes, sus manos y su boca explorando con una curiosidad que me dejaba sin aliento.

Cuando sus dedos se deslizaron bajo la cinturilla de mis calzones, asentí frenéticamente antes de que pudiera pedir permiso.

—Sí, por favor, sí.

Sonrió contra mi cadera.

—Impaciente.

—¿Por ti? Siempre.

Su tacto fue tentativo al principio, explorador, de aprendizaje. Pero aprendía rápido, observando mis reacciones, ajustando su ritmo hasta que estuve aferrada a las sábanas, con la espalda arqueada sobre la cama.

—Grace —jadeé—. Necesito…

—¿Qué necesitas? —preguntó, su voz baja e íntima—. Dime.

—Más —logré decir—. Necesito más de ti.

Entendió. Deslizó un dedo dentro de mí, luego otro, mientras su pulgar seguía trazando círculos con un ritmo que me hacía ver

estrellas. Nunca me había sentido tan expuesta, tan vulnerable, pero con Grace se sentía bien. *Segura*.

—Te ves tan hermosa así —murmuró, observándome temblar bajo su tacto.

Cuando finalmente exploté, me aferré a ella con tanta fuerza que me preocupó lastimarla. Mis manos se enredaron en su pelo, atrayéndola para un beso que se tragó mis gemidos.

Me abrazó durante las réplicas, su tacto volviéndose más suave, sus besos delicados contra mi sien, mi mejilla, mis labios.

—Esto ya se había tardado demasiado —me reí suavemente, dándome cuenta de lo absurda que me habría parecido esta noche apenas veinticuatro horas antes.

—Sí —concordó ella, todavía con una expresión de satisfacción—. Ya se había tardado.

Me di un momento para recuperarme, luego nos giré de nuevo y me senté a horcajadas sobre sus caderas.

—Y la noche es joven, muy, muy joven.

Su falda y sus calzones se unieron a la creciente pila de ropa en el suelo, y me tomé mi tiempo para explorar su cuerpo, aprendiendo qué hacía que su respiración se agitara y qué la hacía gemir mi nombre.

Siempre había pensado en Grace como alguien controlada, mesurada en todo lo que hacía. Pero aquí, en la penumbra de su recámara, dejó que ese control se desvaneciera. Era receptiva, vocal; sus manos me guiaban cuando yo dudaba, su cuerpo arqueándose hacia mi tacto.

Cuando finalmente deslicé mis dedos dentro de ella, soltó un gemido ahogado y sus ojos se abrieron de golpe para encontrarse con los míos. La vulnerabilidad en su mirada me dejó sin aliento.

—¿Está bien así? —pregunté.

—Sí —respiró—. No te detengas.

Y no lo hice. Acompasé mi ritmo al de sus movimientos, observando con asombro cómo se deshacía bajo mi cuerpo. Se veía deslumbrante así, con el pelo esparcido por la almohada, la piel sonrojada y los ojos entrecerrados de placer.

Cuando llegó al orgasmo, fue con un grito suave que atrapé con mi boca, besándola a través de él, sintiendo los temblores que recorrían su cuerpo.

Después, nos quedamos enredadas, mi cabeza sobre su pecho, sus dedos trazando patrones en mi espalda. El silencio entre nosotras era cómodo, lleno del sonido de nuestras respiraciones volviendo lentamente a la normalidad.

—Eso fue… —empezó Grace, y luego soltó una risa suave—. A mí tampoco me alcanzan las palabras.

—Lo sé —asentí, dándole un beso en la clavícula—. Y eso que tú eres la escritora.

Murmuró un sonido de satisfacción y me apretó más contra ella.

—Creo que necesito revisar algunas escenas de mi libro. La realidad es mucho mejor que la ficción.

—Son grandes halagos, viniendo de Scarlet Aster.

—No dejes que se te suba a la cabeza —murmuró, pero pude oír la sonrisa en su voz.

Me apoyé en un codo para mirarla. Tenía el pelo hecho un desastre, el maquillaje corrido, y nunca se había visto más hermosa.

—¿Qué? —preguntó, cohibida bajo mi mirada.

—Nada —dije, inclinándome para besarla suavemente—. Solo que te amo.

Su expresión se suavizó y levantó una mano para apartarme el pelo de la cara.

—Yo también te amo.

Nos quedamos así, intercambiando besos perezosos y caricias suaves, aprendiendo a conocer nuestros cuerpos en la tranquila calma del después. No fue perfecto. Hubo momentos incómodos, narices que chocaban, alguna que otra carcajada cuando algo no salía del todo bien. Pero éramos nosotras, reales, honestas y absolutamente perfectas en nuestra imperfección.

—Quédate —murmuró Grace cuando empecé a quedarme dormida—. Quédate conmigo esta noche.

Sonreí contra su piel.

—No pienso ir a ningún lado.

Y lo decía en serio. Después de todos nuestros tropiezos y oportunidades perdidas, por fin nos habíamos encontrado.

Y no pensaba soltarla.

GRACE

Me desperté con la extraña sensación de un cuerpo ajeno enredado con el mío. El brazo de Riley descansaba sobre mi pecho, su cara estaba hundida en mi hombro y su cabello oscuro se desparramaba por la almohada como tinta derramada. Por un instante, me entró el pánico. Yo no dormía así. No compartía mi cama. Yo tenía rutinas, límites, sistemas.

Entonces Riley se movió, murmurando algo incomprensible contra mi piel, y cada pizca de ansiedad se esfumó.

Esto es real.

Nosotras somos reales.

La luz del sol se filtraba por las cortinas de mi cuarto, bañándolo todo en tonos dorados. La piel de Riley se veía increíblemente suave bajo la luz de la mañana, salpicada de pecas que no le había notado antes. Sentí el impulso repentino de querer mapear cada una con la punta de mis dedos.

—¿Me estás viendo dormir? —Su voz sonaba ronca por el sueño, ahogada contra mi hombro.

—No —mentí.

Levantó la cabeza, entrecerrando los ojos para mirarme.

—Mentirosa. ¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—Cinco minutos. Quizá diez.

—Acosadora. —Pero estaba sonriendo, con esa clase de sonrisa perezosa y satisfecha que me oprimía el pecho con algo que no

sabía nombrar. Felicidad, quizá. O alivio.

Se movió para apoyarse en un codo y la sábana se le resbaló por el cuerpo. Hice un gran esfuerzo por mantener el contacto visual y fracasé de forma espectacular.

—¿Ves algo que te guste, abogada?

El calor me subió a las mejillas.

—Eres imposible.

—Te encanta —dijo, inclinándose para darme un beso suave en los labios.

Y así era. *Dios me ayude, de verdad me encantaba.*

Mi celular vibró en el buró, pero lo ignoré. Luego vibró de nuevo. Y otra vez.

—Qué popular andas esta mañana —observó Riley.

Lo tomé, entrecerrando los ojos para ver la pantalla. Diecisiete llamadas perdidas de mi publicista, cuarenta y tres mensajes de texto y sesenta y dos correos. Se me revolvió el estómago.

—Ay, no. ¿Y si se filtró algo? Del libro, o de nosotras, o…

—Grace. —Riley me tomó la mano—. Respira. ¿Qué pasa?

Revisé los mensajes, sintiendo cómo se me aceleraba el corazón con cada notificación. Entonces vi los asuntos de los correos y mi pánico se convirtió en incredulidad.

¡LAS VENTAS DE «SCARLET ASTER» POR LOS CIELOS!

El truco del lanzamiento del libro se vuelve viral.

El debut romántico más exitoso en cinco años.

—Riley —respiré—. Mira esto.

Le enseñé los mensajes, viendo cómo sus ojos se abrían de par en par mientras leía.

—No mames, Grace. Tu libro es el número uno en Amazon.

—Eso no puede ser.

Pero lo era. Riley buscó la lista de los más vendidos en su celular y ahí estaba, orgullosamente posicionado en la cima de las listas de romance.

—Los actores —dije, mientras las piezas encajaban—. La gente está obsesionada con la lectura dramatizada. Alguien lo grabó y lo subió a TikTok. Tiene tres millones de vistas.

Riley navegó por su celular, mostrándome un video tras otro. Las lectoras de romance se estaban volviendo locas con la «experiencia inmersiva», la llamaban revolucionaria y exigían que más editoriales hicieran lo mismo. Los blogueros literarios hablaban maravillas de la autenticidad de las emociones, de lo real que se sentía.

Si tan solo supieran.

—Grace, esto es increíble. —Riley dio un brinquito en la cama; su emoción era contagiosa—. Eres famosa. O sea, de verdad famosa.

—Estoy aterrada.

—¿Por qué? Son buenas noticias. Buenísimas.

—Porque ahora todo el mundo querrá saber quién es Scarlet Aster en realidad. ¿Y si lo descubren? ¿Y si se entera mi despacho? ¿Y si…?

Riley me silenció con un beso lento, profundo y muy efectivo para distraerme.

—¿Y si te permites ser feliz por cinco segundos? —murmuró contra mis labios.

Antes de que pudiera protestar, su celular empezó a sonar. Vio la pantalla y sonrió de oreja a oreja.

—Es Mia. —Contestó y puso el altavoz—. Por favor, dime que viste el desmadre en internet.

—¿Que si lo vi? Nena, lo estoy viviendo en carne propia. La página de la galería de Eliza se cayó por todo el tráfico. La gente quiere comprar impresiones de tus paneles del cómic. El crítico del *Tribune* quiere hacer un reportaje. Y escucha esto: una editorial se puso en contacto para convertir tu webcómic en una serie de novelas gráficas.

A Riley se le desencajó la cara.

—¿Qué?

—Varias editoriales, de hecho. Al parecer, alguien relacionó tu cómic con todo el revuelo de Scarlet Aster y ahora todo el mundo habla de «narrativas queer auténticas» y «romance transmedia». No sé qué significa ni la mitad de eso, pero suena a que es pura lana.

Observé cómo la expresión de Riley pasaba por la conmoción, la incredulidad y algo que podría haber sido esperanza.

—Mia, yo no puedo… esto no le pasa a gente como yo.

—¿Gente como tú? ¿Te refieres a artistas increíblemente talentosas que ponen el corazón en su trabajo? Sí, nunca les pasa. —El sarcasmo de Mia era amable—. Riley, te lo mereces. Las dos se lo merecen. Tu arte es brillante y, al parecer, el resto del mundo por fin se está dando cuenta.

Cuando Mia colgó, Riley se quedó mirando su celular como si fuera a explotar.

—Una serie de novelas gráficas —dijo en voz baja—. O sea, libros de verdad en librerías de verdad.

—Libros de verdad junto a los míos.

Me miró entonces, con los ojos brillantes por las lágrimas que no derramaba.

—¿De verdad está pasando todo esto?

En lugar de responder, la besé, vertiendo semanas de deseo contenido y alivio en el contacto. Respondió de inmediato, enredando sus manos en mi cabello, y de repente las buenas noticias pasaron a un segundo plano ante el asunto más urgente de la boca de Riley sobre la mía.

No salimos de la cama en todo el sábado.

Entre besos perezosos y caricias cada vez menos perezosas, leímos la avalancha de mensajes y reseñas. Riley se acurrucó a mi lado, con la tableta sobre las rodillas, leyéndome los comentarios más graciosos o efusivos.

—Escucha este —dijo, riendo—. «Lloré a moco tendido en la escena del balcón. Cuando el actor dijo "te amo como si fueras la única estrella en el cielo", lo sentí en el ALMA. Scarlet Aster entiende el amor».

Escondí la cara en su hombro, avergonzada y complacida a partes iguales.

—Qué vergüenza.

—Qué bonito. Escribiste algo que hizo que una desconocida llorara de felicidad. —Ladeó la cabeza para mirarme—. Aunque estoy casi segura de que esa línea fue improvisada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco. Jamás escribirías algo tan sincero sin ponerle al menos tres capas de armadura emocional alrededor.

Tenía razón, por supuesto. La línea en mi manuscrito original era más cautelosa, llena de condiciones y rutas de escape. Pero escucharla interpretada sin mis cuidadosas defensas había sido devastador de la mejor manera posible.

—El actor la mejoró —admití.

—El actor la hizo honesta —corrigió Riley—. Es diferente.

El resto de la mañana trajo noticias aún más surrealistas. Mi agente llamó para decirme que tres productores de televisión querían discutir los derechos de adaptación. Una importante editorial de romance estaba interesada en relanzar mis libros anteriores con nuevas portadas. Y, al parecer, alguien había usado la frase «la nueva *Bridgerton*» en un correo sobre mi trabajo.

—Esto es una locura —dije, caminando de un lado a otro de la habitación con una de las camisetas holgadas de Riley mientras ella me observaba desde la cama, con un aspecto deliciosamente despeinado y completamente feliz.

—Una locura maravillosa —corrigió—. Vuelve a la cama. Me estás mareando de tanto dar vueltas.

—No entiendo cómo cambió todo tan rápido.

—El buen arte siempre encuentra a su público —dijo Riley, extendiendo la mano para alcanzarme cuando pasé junto a la cama —. El tuyo simplemente encontró a un público muy grande y muy rápido.

Tiró de mí hasta que me senté a su lado, y me dejé llevar. Me dejé hundir en la calidez de su cuerpo, en el ritmo constante de su respiración, en la imposible realidad de que estaba aquí, en mi cama, mirándome como si yo fuera algo precioso.

—¿Te puedo decir algo? —preguntó, trazando patrones en mi hombro con la punta de su dedo.

—Siempre.

—He leído todos tus libros. Todos y cada uno de ellos. Y siempre pude sentir el anhelo en ellos, esa sensación de que la autora entendía lo que era querer algo que tenías miedo de pedir. —Hizo una pausa y su dedo se detuvo en mi piel—. Lo que nunca imaginé es que yo llegaría a ser aquello que dejarías de tener miedo de pedir.

La sencillez de sus palabras me golpeó como una cachetada. Tenía razón. Cada heroína que había escrito era una versión de mí, atrapada entre el deseo y el pánico, eligiendo siempre la seguridad por encima de la posibilidad.

—Tenía tanto miedo —susurré.

—Lo sé.

—No dejaba de pensar que te darías cuenta de que no valía la pena el esfuerzo.

—Grace. —Se movió para sentarse a horcajadas sobre mis caderas, sus manos enmarcando mi cara—. Escribiste un libro entero sobre una mujer que cree no ser digna de amor, y luego le vendiste ese libro a miles de personas que no están de acuerdo con ella. Quizá es hora de que consideres que no eres la narradora más confiable cuando se trata de tu propio valor.

Quise discutir, pero me estaba besando antes de que pudiera formar las palabras, y su boca era mucho más persuasiva que cualquier refutación lógica que hubiera podido articular.

Ese día pedimos comida a domicilio para cada comida, compartiendo charolas de comida tailandesa y *dumplings* chinos en la cama mientras leíamos teorías de fans cada vez más ridículas sobre mi libro y veíamos cómo el número de seguidores de Riley subía en tiempo real.

—Mira esto —dijo, mostrándome su Instagram—. Alguien hizo un *fanart* de Piper y Max. Las dibujaron idénticas a nosotras.

El dibujo era precioso, todo líneas suaves y colores de ensueño, y retrataba a dos mujeres cuyos rostros eran inconfundiblemente los nuestros. Estaban bailando en lo que parecía ser una cocina, riendo y claramente enamoradas.

El lunes por la mañana se cernía sobre nosotras con la promesa de regresar al mundo real, pero por ahora, existíamos en una burbuja de sábanas arrugadas, secretos compartidos y esa clase de intimidad sobre la que había pasado años escribiendo, pero que nunca creí que llegaría a experimentar.

—Probablemente deberíamos levantarnos en algún momento —dije, aunque no hice ningún esfuerzo por moverme de donde estaba acurrucada junto a Riley.

—¿Deberíamos? —Me dio un beso perezoso en la coronilla—. Me gusta bastante este plan de «quedarnos en la cama para siempre».

—Responsabilidades. Trabajo. La vida real.

—Sobrevalorada —murmuró, pero sentí su sonrisa contra mi cabello.

Mi celular vibró de nuevo. Otra solicitud de entrevista, otra oportunidad de negocio, otro recordatorio surrealista de que mi vida cuidadosamente controlada había estallado en algo irreconocible.

Pero mientras yacía ahí, escuchando los latidos del corazón de Riley y sintiendo el subir y bajar de su pecho, me di cuenta de que ya no tenía miedo. Abrumada, tal vez. Insegura sobre el futuro, sin duda. Pero sin miedo.

Por primera vez en mi vida adulta, quería las complicaciones. Quería el desorden y la incertidumbre y el hermoso caos de construir una vida con alguien más.

Quería quedarme dormida cada noche con el brazo de Riley a mi alrededor y despertarme cada mañana con su sonrisa soñolienta. Quería leer sus primeros borradores y que ella criticara mis acotaciones. Quería repisas de baño a juego y contraseñas de Netflix compartidas y todas las intimidades mundanas y mágicas de una relación real.

—¿Riley?

—¿Mmm?

—Cuando este fin de semana se acabe, cuando tengamos que volver a ser adultas funcionales con trabajos, fechas de entrega y ropa limpia…

—¿Sí?

—Quiero hacerlo juntas. Todo. Las partes que dan miedo y las partes aburridas y todo lo demás.

Levantó la cabeza para mirarme, con los ojos serios a pesar de su sonrisa.

—¿Estás segura, abogada? Soy bastante desordenada. Y tengo opiniones muy firmes sobre de qué lado debe colgar el papel de baño.

—Estoy segura —dije, y lo decía con toda el alma.

—Qué bueno —respondió, acomodándose de nuevo a mi lado—. Porque planeaba quedarme, tanto si querías como si no. Ya no te libras de mí.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Y mientras nos dejábamos llevar por el sueño de una tarde de domingo, enredadas la una con la otra en mi cuarto demasiado perfecto que por fin empezaba a sentirse como un hogar, le creí.

No era el final que yo había escrito.

Era mucho mejor.

ACERCA DEL AUTOR

Ava Wilde escribe el tipo de historias de amor sáficas que te hacen reír, suspirar y mandarle un mensaje a tu mejor amiga a medianoche. Sus libros están llenos de diálogos chispeantes, besos inesperados, confesiones torpes y esa sensación vertiginosa de enamorarse perdidamente.

Apasionada por los sentimientos complicados y los finales felices, Ava crea mundos vibrantes donde mujeres queer se enamoran con locura, ya sea que se trate de *roomies*, rivales o polos opuestos.

Cuando no está escribiendo, la encontrarás tomando demasiado café, creando *playlists* detalladísimas para sus personajes y planeando encuentros «accidentales» en las librerías de su colonia. Cree en las segundas oportunidades, en los romances que se cocinan a fuego lento y en el poder de un abrazo de los buenos.

Si lo tuyo son las bisexuales caóticas, las lesbianas estiraditas y la convivencia forzada que termina en una catarsis emocional, has llegado al lugar indicado.

¡SUSCRÍBETE AL NEWSLETTER DE AVA!

(A mí también me estresan los correos, así que no te preocupes: solo te escribiré para avisarte cuando publique un nuevo libro)